
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA DE VERANO

LOS ESTADOS UNIDOS DE

JOSE MARTI



FILOSOFIA
Y LETRAS

TESIS



FILOSOFIA
Y LETRAS

QUE PRESENTA EL ALUMNO

W. WARD SINCLAIR

PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRO EN ARTES

ESPECIALIZADO EN LENGUA Y LITERATURA CASTELLANAS

MEXICO, D. F.

1959



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

XN59

SS

ej.2

A C K N O W L E D G M E N T

Titles and degrees are only recorded steps of growth in the general process of learning; they mean so little in the wide picturewindow of life. For their guidance in the more important unrecorded progress, and for materially making this thesis reality, I sincerely thank my finest teachers, Ethel and Harold Sinclair, my parents.

A G R A D E C I M I E N T O

Vaya también mi agradecimiento al Sr. Ernesto Mejía Sánchez, por su valioso aliento y ayuda como consejero de esta tesis; sin su acertado criterio no hubiera sido posible la realización de este trabajo.

Uno al Sr. Mejía al señor director y catedráticos de la Escuela de Cursos Temporales, a quienes extiendomi más profundo agradecimiento.



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

DEDICATORIA

Para mi esposa, Elsa.

El yunque y "martiyo"
rompen los metales;
el juramento que yo a ti te he "jecho"
no lo rompe nadie.

Campanita "e" plata,
mira que no quiero
el que se sepa, compañera mía,
lo que nos queremos.

—seguiriyas gitanas (popular).

PROLOGO

Durante el presente año se reunirá en la Ciudad de Nueva York—con bastante retraso—un grupo de gente para rendir homenaje al más ilustre cubano de todos los tiempos, José Martí.

Está anunciado que en el otoño se descubrirá una estatua del mártir de la independencia cubana, que no debe ser considerada como un trozo de metal inerte, sino como el símbolo de un mayor entendimiento entre norte y sur. Esto es lo que más se puede esperar. Lo más probable es que la inauguración de la estatua del hombre de hombros cansados y de cuerpo frágil sea presenciada por un puñado de residentes cubanos en Nueva York, unos cuantos latinoamericanos, el alcalde de la ciudad o su representante, y tal vez algunos curiosos norteamericanos que por casualidad estén en la vecindad en el momento preciso de descorrer el velo. Duele pensar que el recuerdo neoyorquino de José Martí tenga que ser un frío pedazo de metal que carezca, para muchos, del significado espiritual que en sí lleva.

El que José Martí sea enteramente desconocido en los Estados Unidos—escena de sus más brillantes actuaciones—no es sorprendente. El hecho en sí abriga algo poético y trágico.

Como alguien ha dicho, el mártir de la China es eso y nada más: mártir de la China y los chinos. Lo mismo sucede en cuanto a Martí. Como héroe de la independencia cubana, pertenece a Cuba y a los cubanos. Pero como hombre, Martí pertenece a todos, a toda la humanidad. De ahí lo poético y lo trágico. Martí fue "todo un hombre," como quien dice; la tragedia de su vida es que no se le haya dado un justo reconocimiento como miembro ejemplar de la raza humana, como el pensador equilibrado que ponía lo recto y lo justo sobre todo, como el hombre que siempre fue fiel a sus propósitos e ideales. Lamentablemente, la demanda de estos personajes parece disminuir a diario en el mercado mundial de los valores humanos.

La personalidad de Martí es atrayente. Más que nada, fue esa personalidad tan humana lo que nos impulsó a escoger a este hombre como tema central de nuestro trabajo. No queremos decir que con el presente estudio se hayan descubierto nuevos hechos en la vida de Martí ni en su manera de pensar. Casi todo se conoce ya. Hemos querido reunir muchos de los pensamientos generales de distintas personas, y otorgar un orden generalizado a los pensamientos del propio Martí.

Mucho se ha escrito sobre nuestro personaje y su estancia en los Estados Unidos, pero no se ha dedicado un trabajo extenso a este período tan significativo de su vida. Esta tesis, esperamos, revelará un poco más a fondo lo que pensó Martí acerca de ese país. Ofrecemos cosas nuevas, cosas que

no se han publicado antes, y asimismo ofrecemos cosas ya conocidas que ya se han dicho, pero que valen la pena repetir. Para adentrarnos un poco más profundamente en el tema, hemos querido estudiar brevemente las circunstancias de la época de José Martí, o sea los sucesos anteriores y posteriores a su nacimiento y que fueron tan trascendentales en hacer de Martí lo que fue.

Es este trabajo un tributo sincero, confeccionado de la manera más franca y honesta que conozcamos, al mártir de Cuba, al hombre de la humanidad, José Martí.

México, abril, 1959.

I. DOS MUNDOS EN PUGNA

A. Una isla trágica

La situación geográfica de Cuba ha sido, muy probablemente, lo que más ha afectado a la turbulenta historia de la llamada Perla de las Antillas. En primer lugar, la isla queda en plena entrada al Caribe, lo que de por sí hace que Cuba sea un sitio estratégico, económica y militarmente. En segundo lugar, Cuba queda a unas cuantas horas de distancia de la frontera de los Estados Unidos--los límites sureños de la Florida--otro factor que, ya sea para bien o mal, ha facilitado el comercio, ha desarrollado las industrias y las relaciones íntimas entre los dos países.

Esta posición en el mapa, sin embargo, ha resultado dolorosa en muchos casos, y ventajosa en los menos, para los habitantes de la isla. Aparte de lo que el hecho geográfico ha influenciado en la historia de Cuba, ésta, en muchos aspectos, es igual en su fondo a la de todos los demás países hispanoamericanos; y probablemente si no hubiera sido por su ubicación, Cuba se hubiera liberado de las cadenas españolas muchos años antes de 1898.

Esta gran importancia física de la isla hizo que los españoles la cuidaran celosamente. La diferencia numérica actuaba en contra de Cuba y los cubanos, por mucho que quisieran ser libres: a pesar de que durante el siglo XIX los cubanos eran dos millones y aunque los españoles iban perdiendo más y más terreno en otras partes de la América, éstos

iban fortaleciendo con más hombres y armas su puerta de acceso al Caribe.

Otra razón por la cual la dominación española pudo seguir en la isla fue que la formación de una conciencia nacional cubana no se había realizado hasta años después de que los países hermanos de la América Latina habían logrado su independencia de la Corona. Las protestas formales y bélicas en contra del régimen extranjero en Cuba no tomaron forma hasta la segunda mitad del siglo, pero el historiador Emilio Roig de Leuchsenring ha señalado una serie de acontecimientos históricos como raíz de la lucha cubana por la independencia. Entre estos sucesos se encuentran:

1) Libertad de comercio, provocada por la conquista y la dominación británica de La Habana (1762-1763) y las disposiciones liberales de Carlos III, abriendo la isla al tráfico mundial y suprimiendo el monopolio de la Casa de Contratación, y a la vez aboliendo los impuestos que aprisionaban la industria.

2) Ascenso cultural del país desde la segunda mitad del siglo XVIII. La imprenta, la fundación de una universidad, la iniciación de bibliotecas y periódicos literarios eran muestra suficiente de esta preocupación cultural.

3) La influencia económica de los franceses en Haití a fines del siglo XVIII.

4) La difusión de ideas y doctrinas políticas,

económicas y sociales de los enciclopedistas, entre las clases ilustradas cubenas.

5) El ejemplo de las revoluciones francesas y norteamericanas y las luchas emancipadoras de los pueblos hispanoamericanos.

6) El despotismo metropolitano y la corrupción de los gobernantes que hundieron más en la miseria a los cubanos.

7) El convencimiento de los hombres que tenían que ganar su propia libertad para salir de la humillación y de su condición de colonia. (1)

Entonces, lo primero que los cubanos tenían que enfocar en sus actividades era la expulsión de los españoles del país. Pero durante el siglo pasado se cernía sobre Cuba otra amenaza para su independencia, la de los Estados Unidos aunque ésta no fue manifestada abiertamente hasta fines de siglo. Para los Estados Unidos Cuba significaba ni más ni menos que una gran fuente de riqueza natural, que debía ser explotada, si fuera posible, con manos, mentes y capitales norteamericanos. Pocos cubanos se daban cuenta de esa amenaza existente hasta que se manifestó claramente.

La verdad es, como ha señalado Roig de Leuchsenring, que

el estudio desapasionado de la actitud mantenida por los Estados Unidos desde 1805 hasta 1898, en lo que se refiere a la necesidad por ellos sentida de controlar o dominar, política, económica y militarmente la Isla de Cuba, lleva a la conclusión de que Norteamérica Estado fue en todo momento enemiga de Cuba Libre, manifestándose, en cambio, una

corriente general de simpatía y apoyo a la causa independentista cubana por parte del pueblo norteamericano.(2)

Hay mucha razón en esta teoría. El pueblo norteamericano, a pesar de sus dirigentes políticos y comerciales, mostró simpatías por los cubanos. Existía en los Estados Unidos a mediados del siglo un espíritu general en pro de la libertad, sin duda provocado por la misma situación del país. Es historia que este sentimiento de libertad corría tan libremente en las venas de los norteamericanos que se tuvo que dar una orden a los capitanes de los barcos de transporte que llevaban tropas norteamericanas desde Veracruz hasta Estados Unidos que no tocaran puertos cubanos. Los voluntarios estadounidenses habían manifestado sus intenciones de desertar en masa para ayudar a sus coetáneos cubanos.(3) En otra ocasión en la primavera del año 1850, la bandera cubana de una estrella y cinco listas ondeaba sobre las oficinas de The Sun en Nueva York, periódico que simpatizaba con la causa cubana, cuando así también un ex-oficial del ejército español, el capitán Narciso López, organizaba bandas de voluntarios que prestarían su ayuda a los cubanos. López salió con un pequeño ejército de cien hombres en agosto de 1851 para "liberar" la isla, pero el viaje fracasó y López fue condenado a muerte.(4)

Sin embargo, no fue hasta 1868 que los cubanos propiamente se levantaron en armas contra sus opresores. El 10 de octubre un centenar de criollos inició la llamada Guerra de

Diez Años, que fue dirigida por el abogado Céspedes y los terratenientes de la sociedad cubana. Lo más importante de esto fue que, aunque querían mantener sus bienes, reconocían los derechos del hombre y abolieron la esclavitud. El conflicto terminó con el Pacto del Zanjón, que garantizaba a los cubanos los mismos derechos que habían ganado los portorriqueños y que fue lleno de imposiciones españolas. Los líderes, por supuesto, perdieron sus tierras y riquezas. Después de la guerra de 1868-1878, hubo la protesta de Baraguá y la Guerra Chiquita, que fracasó casi al nacer. La Guerra Chiquita fue sumamente sangrienta, con más de 2,000 pérdidas. La fuerza de más de 25,000 militares españoles, con sus armas y equipos superiores, fue demasiado para los rebeldes, quienes a la vez también tenían que luchar contra los cubanos miembros del Partido Autonomista, hecho que fue objeto del agradecimiento del gobernador español, el General Blanco. "Los autonomistas han sido más eficaces que veinte batallones españoles," declaró.⁽⁵⁾

La creciente influencia e importancia norteamericana comenzó a dejarse sentir después de 1878, cuando el comercio del norte desplazaba al de España, en parte por su proximidad geográfica y en parte por el expansionismo norteamericano. Ejemplo de esto son las revelantes cifras del comercio en el año 1894:

Importaciones

De España : 30,620,210 dls.
De Estados Unidos: 32,948,200 dls.

Exportaciones

A España : 8,331,661 dls.
A Estados Unidos : 93,420,411 dls. (6)

Pero las intenciones norteamericanas en cuanto a Cuba quedaban al descubierto en esos días. El gobierno de Washington durante mucho tiempo, aunque no tenía una política fija lationamericana, sí cuidaba que otros poderes extranjeros no intervinieran en el área del Caribe y varias veces tuvo que recordarles a los gobiernos de Inglaterra, Francia y la propia España que la Doctrina Monroe se observaba aún. Esto quería decir "America for Americans." Los intereses expansionistas, anexionistas y comerciales que tenían tanta influencia en la política norteamericana se manifestaban abiertamente en contra de, o a favor de, más control del Norte sobre Cuba. Pocos cubanos se enteraron de esto. Hasta en el año 1854 los ministros norteamericanos a España, Inglaterra y Francia se habían reunido en Ostend para formar su Manifiesto de Ostend, que urgía al gobierno de los Estados Unidos que comprara a Cuba por unos 120 millones de dólares. Esta petición fue rechazada por el Departamento de Estado por estar "fuera de tiempo." (7) Los intereses del Sur apoyaban la anexión de Cuba, mientras los del Norte la negaban principalmente por considerar a los cubanos seres inferiores e inmerecidos de gobernarse a sí mismos. Cabe decir que también había

personas que consideraban cualquier política de anexión injusta e incorrecta.

En el mismo Estados Unidos durante esta época se organizaba la resistencia cubana para la prolongación de la Guerra de Diez Años, o sea la fase final de la revolución que disolvió el control español sobre la isla. El hombre más instrumental en este esfuerzo fue José Martí. Martí, además de ser el organizador y director de las actividades del vasto Partido Revolucionario Cubano, salió en defensa de sus compañeros más de una vez en las conferencias internacionales y en la prensa norteamericana, que se iba contaminando más y más (en muchos casos) con la fiebre anexionista.

Todo este nuevo movimiento revolucionario giraba alrededor de la esperanza de un esfuerzo bien planeado, bien ejecutado, bien apoyado económicamente—para que no fallara como los intentos anteriores. El movimiento que dirigía Martí no difería del levantamiento de 1868 (en el cual también tomó parte el Apóstol cuando era todavía muy joven)—era una continuación de la Guerra de Diez Años por perseguir ideales idénticos de "la separación de la Isla de Cuba de la monarquía española y su institución como estado libre e independiente, con gobierno propio con autoridad suprema con el nombre de República de Cuba."⁽⁸⁾

Desde su llegada a los Estados Unidos en 1880, Martí trabajó hasta 1895 en los preparativos de esta nueva guerra.

Durante sus últimos cuatro años en ese país se dedicó de lleno a la revolución y a la organización de la red de propaganda que fue tan eficaz en animar y alentar a los cubanos de la isla a levantarse en armas en 1895.

Los historiadores están generalmente de acuerdo en que los cubanos hubieran ganado la batalla contra España por sí solos, aun si los Estados Unidos no hubieran intervenido. Era simplemente una cuestión de tiempo. Sin embargo, las voces expansionistas exigían la entrada norteamericana a esa guerra que no les afectaba en absoluto. Con la difusión de las noticias de las atrocidades cometidas durante la revolución, el pueblo norteamericano se identificaba con los cubanos y clamaba por la justicia y la expulsión de los españoles de América. Pero si no hubiera sido por la actitud de esos hombres expansionistas, los Estados Unidos con toda probabilidad no hubieran intervenido en la disputa hispanocubana. El Presidente McKinley no deseaba la guerra; España no quería que Estados Unidos se metiera; el país necesitaba paz y descanso. Pero en 1898 el "Maine" de la armada norteamericana fue volado—no se sabe por quién—en la bahía de La Habana con 266 marineros norteamericanos; esto fue suficiente para que el gobierno de Estados Unidos declarara la guerra contra España. Cuando la fuerza militar del Norte apareció en escena, la guerra duró poco tiempo, finalizando el mismo año.

Y todo esto fue lo que temía Martí. Estados Unidos intervino y lo que siguió en la historia de Cuba constituye la página negra de los anales: Estados Unidos ocupó la isla con sus fuerzas militares, se apoderó de la base naval de Guantánamo y les fue impuesto a los cubanos la Enmienda Platt, que suprimió a la Resolución Teller de 1898 que dejaba "el gobierno y control de la isla a sus habitantes." Estos hechos, junto con los politicueros y los oportunistas que se aliaron a las fuerzas de ocupación, fueron de poco aliento a los patriotas revolucionarios a quienes les había costado sangre y años de miseria el tratar de liberarse, habiendo padecido y luchado sólo alumbrados por la esperanza de tener una Cuba libre—libre en todo sentido de la palabra. Pero como toda cosecha da fruto, el acendrado esfuerzo de los hijos de Cuba no había sido en vano, y un día pocos años más tarde la isla se vio alumbrada con la aureola de la libertad.

B. La tempestad que conmovió al Continente

Tal vez la palabra que más acierte a denominar a la historia de los Estados Unidos de Norteamérica durante el siglo pasado sea "transformación."

Desde principios del siglo, empezaba a sentirse este gran cambio no sólo del carácter del país, sino de su fisonomía, hasta que cobró tal velocidad que pareció haber ido en carrera con el tiempo para ver cual de los dos, el tiempo

o el cambio, llegaría primero al final de la centuria. En cien años los Estados Unidos habían alcanzado lo que ningún país en la historia había logrado en cuanto a progreso económico, social y quizá hasta cultural.

Esta corriente transformista comenzó lentamente durante los primeros lustros del siglo; la expansión territorial asumía suma importancia en la mente del norteamericano y poco a poco iba ensanchando sus fronteras. Siguió a esta expansión física, la expansión comercial. Alrededor de la mitad del siglo iba ganando terreno esta transformación, ayudada grandemente por la guerra entre México y los Estados Unidos, que terminó con los Tratados de Guadalupe y aseguró para los Estados Unidos aproximadamente la mitad del territorio mexicano, lo suficiente para la inmediata expansión deseada por el país del Norte. Once años después se vieron los primeros resultados de esta corriente transformista que todavía continuaba: la Unión se dividió en dos bandos, Norte y Sur, y durante cuatro largos años se luchó una de las más sangrientas batallas en la historia del hombre—la Guerra de Secesión. Al poner fin al brutal conflicto entre hermanos, los norteamericanos se dedicaron de nuevo a la sagrada carrera, innovación y adelanto, con cuerpo y alma. En los últimos treinta años del siglo se logró lo imposible en avance material.

Ya se sabe el resultado final: ganó la transformación, o sea el cambio. Antes de finalizar el siglo XIX se dejaron

traslucir estos cambios de tan transcendental importancia en la historia y formación del país: se había agotado la frontera, y el territorio estadounidense se extendía del Atlántico al Pacífico; tomaba más fuerza la revolución industrial que pronto puso a los Estados Unidos al timón comercial del mundo; y llegó simultáneamente con esta revolución y la riqueza económica la subsiguiente necesidad de nuevos mercados en donde vender el exceso del producto fabricado. Además se vio nacer al primer millonario (el "self-made man"), a la formación de las grandes compañías y los monopolios y más importante, la consecuencia social de esto—el nacimiento de una conciencia y lucha entre las nuevamente formadas "clases."

Entrelazada con el fenomenal crecimiento de la industria y el comercio estaba la política del Estado, que necesariamente por las condiciones de transformación del país tenía que adherirse en cierta manera a las demandas y a las necesidades de éste. La política, en muchos aspectos, es sólo una consecuencia de las condiciones sociales, o más bien dicho, las condiciones físicas del país. La política tiene que ser un apoyo al pueblo, no sólo moral sino también real.

Pero la política del gobierno norteamericano del siglo XIX seguía dos caminos—el del pueblo, y el muy privilegiado de los intereses mezquinos y egoístas de ciertos grupos limitados que representaban la gran parte de la riqueza material del país. Por un lado, esa política tenía que aventurar el

camino del pueblo porque esa era su función y su propósito: servir al pueblo. Por otro lado, los hombres detrás de la política en los últimos años del siglo tenían sus intereses más en común con los grupos pequeños y consecuentemente seguían la política que les convenía más.

Un historiador norteamericano ha visto la época así:

Entre la guerra civil y la década de 1890 se pasaba por un período complejo y vagamente insatisfactorio que aun hoy en día encontramos difícil de acordarnos o interpretar. Era un período...que faltaba definidad de propósito y de progreso; no había unanimidad de opinión ni en cuanto a los hechos de la vida económica ni en cuanto a la política nacional. Las viejas planillas políticas no eran adaptables a los problemas nuevos...El resultado fue la inseguridad, la vacilación y la inconsistencia. (9)

Desde comienzos del siglo pasado el Caribe en general, y Cuba en particular, habían jugado papeles estelares en la política norteamericana. En el año 1820 los Estados Unidos se encontraban en una situación extraña y nueva: con crecientes intereses por las costas del Golfo de México y todo el Caribe. (10) Esta es la razón principal detrás de las actitudes básicas hacia Cuba y los otros países circundantes. Thomas Jefferson en 1805 había manifestado que era necesario que los Estados Unidos tuvieran una "esfera de influencia" pero que no veía la necesidad de luchar por Cuba porque "la primera guerra por otras cuentas nos la dará, o la isla se nos ofrecerá cuando se encuentre necesitada de hacerlo." (11)

Entonces en esa expresión tan franca de Jefferson se trazó lo que iba a ser la política norteamericana respecto a Cuba hasta más de 100 años después cuando el Presidente Franklin D. Roosevelt dio los primeros pasos en la política de la buena vecindad.

Hacia mediados del siglo los norteamericanos se dieron cuenta de su poder y fuerza en el mundo, y la política tomó rasgos nuevos y distintos, virando hacia el expansionismo en contraste con la vieja tendencia conservadora. Con este cambio vino la anexión del estado de Texas en 1836 y poco después la guerra con México por las tierras al occidente de Texas hasta el Pacífico. El Presidente Polk ordenó al Secretario de Estado Buchanan que comprara Cuba para satisfacer esa creciente demanda por tierras, pero el intento fracasó debido a que España rehusaba abandonar sus "derechos" a la isla. Con el tiempo el gobierno norteamericano quedaba más y más convencido de que su país era el "hijo del destino y que había heredado la obligación sagrada de dominar las áreas que creía necesarias para su propio desarrollo."⁽¹²⁾ Esta opinión cobra fuerzas después del informe del Senado en 1859:

La ley de nuestra existencia nacional es el crecimiento. No podemos, ni aun si quisieramos, desobedecerla. Aunque no debemos estimularla de una manera innatural, debemos tener cuidado en no imponernos un régimen tan estricto que impida un desarrollo vigoroso.⁽¹³⁾

La guerra civil frenó las ambiciones del país con relación al extranjero; pero con la elección de U.S. Grant a la presidencia en 1869, una vez más los ojos norteamericanos se fijaron en el horizonte no muy lejano del Caribe. Grant, que tenía el deseo de ser quizá un salvador nacional además de un constructor, investigó la posibilidad de adquirir territorio en Santo Domingo para bases navales. Este proyecto desapareció cuando se vio su impracticabilidad, pero al estallar la Guerra de Diez Años en Cuba, Grant reiteró la intención norteamericana de no permitir la transferencia de Cuba a otro poder europeo. Grant y el Congreso no llegaron a decidir si debían reconocer y ayudar a los rebeldes cubanos y el asunto murió así, con la política norteamericana referente al Caribe todavía indefinida. (14)

Sin embargo, una figura nueva surgió, James G. Blaine, hombre que varias veces mereció la crítica y observación aguda de Martí en sus crónicas periodísticas sobre los Estados Unidos. Blaine, nacionalista, egoísta con aspiraciones a la presidencia, fue nombrado Secretario de Estado en el régimen de Garfield en 1881. Afortunadamente, la muerte de Garfield abrevió su carrera política. Blaine consideraba que el comercio era razón suficiente para ser amigo de la América Latina e hizo todo lo posible para sofocar la influencia europea en el Caribe. Ese mismo año formuló sus planes para la primera conferencia panamericana, que se llevaría a cabo en 1882,

Blaine renunció a su puesto cuando Garfield fue asesinado y su sucesor, F.T. Freylinghuysen, decidió que los Estados Unidos no necesitaban por el momento ninguna alianza con los países latinoamericanos, sino paz y descanso. Se anuló la idea de la conferencia hasta 1888 cuando el Congreso autorizó tal reunión para 1889. La conferencia se llevó a cabo, bajo la dirección de Blaine, quien había vuelto como Secretario de Estado cuando los republicanos ganaron las elecciones de ese año. Blaine, sin embargo, no era el mismo hombre de antes; había cambiado de personalidad a tal grado que no sería exageración decir que presidía la conferencia de buena fe. Muchos problemas monetarios, de salubridad, de patentes e ideas y ventajas para las comunicaciones surgieron de la conferencia además de un acuerdo que negaba el derecho a la conquista como "objeto o consecuencia de la guerra." (15)

No obstante el notorio cambio de personalidad, Blaine era aparentemente en el fondo el mismo de siempre. Fue él quien inauguró el programa de "reciprocidad" que desniveló las economías de algunos países latinoamericanos. En la era de Blaine, importaciones norteamericanas de la América Latina llegaban a un total de 170 millones de dólares al año, mientras los Estados Unidos sólo exportaba a la misma región sesenta y ocho millones de dólares en productos. Además el ochenta y siete por ciento de las importaciones latinoamericanas entraba al país libre de impuestos. (16) Blaine,

cuidando los intereses de los industrialistas, impuso un programa de multas a los países que no conformaban con sus esfuerzos de aumentar las exportaciones norteamericanas. El Presidente Harrison escribió a Blaine en una carta que en cuanto a Centro y Sud América "tenemos que ganar su confianza a través de merecerla... Sólo hombres de experiencia, alto carácter y de amplio criterio deben ser enviados a los menos importantes de estos estados." (17)

Blaine renunció a la secretaría en 1892, pero el daño ya estaba hecho. El nuevo régimen del Presidente Cleveland en 1893 canceló los acuerdos de reciprocidad con Cuba y la economía de ese país quedó arruinada de la noche a la mañana. Como resultado de la política de su partido, se restauraron los impuestos sobre el azúcar (Estados Unidos en ese entonces era el más grande comprador de azúcar cubana debido a que su demanda se había cuadruplicado en pocos años). El movimiento revolucionario cubano cobraba fuerzas poco a poco durante el gobierno de Cleveland, pero éste les negaba el reconocimiento diplomático, probablemente por no querer intimidar al gobierno español. Además, los hombres de comercio norteamericanos tenían invertidos en la isla unos cincuenta millones de dólares, lo cual impedía aun más el reconocimiento de los revolucionarios. Cleveland y su Secretario de Estado, Richard J. Olney, hacían todo lo posible para cuidar las leyes de la neutralidad frente a un público sentimiento anti-españolista

cada vez más creciente. Al fin, Cleveland y el Congreso tuvieron que reconocer a los insurgentes el 12 de junio de 1895, y los legisladores ofrecieron su intervención neutral para poner fin a los problemas de la isla, la base siendo su independencia política y la Resolución Teller.

Había dos fuerzas poderosas detrás del reconocimiento oficial de los insurrectos cubanos: la opinión pública, que siempre estuvo al lado del Partido Revolucionario Cubano, y los anexionistas Roosevelt, Lodge, Depew, el millonario Wm. C. Whitney y otros hombres de finanzas. El más fuerte argumento de éstos era que si los Estados Unidos no se apoderaban de los territorios del Caribe, algún otro poder mundial lo haría—lo cual sería peor. La culminación de un siglo de "espera," como se sabe, se realizó en 1895 con la entrada de los Estados Unidos a la guerra con España, que terminó con los Tratados de París (en los cuales los cubanos no tomaron parte). Un diplomático norteamericano explica de esta manera la participación de su país en el conflicto:

Hablando estrictamente, desde luego, nos hubiera sido imposible decir que no nos importaba el asunto y haber dejado que las cosas tomaran su curso natural. Nuestra seguridad nacional, en términos de hoy, no fue amenazada. Pero intereses americanos fueron dañados; las actividades de los filibusteros americanos y vendedores de armas, actuando por los insurgentes, causaron muchas dificultades a nuestro gobierno. Y...la opinión pública americana fue gravemente ofendida por los relatos de violencia y miseria procedentes de la isla. (18)

Pero era demasiado tarde. Estados Unidos hizo precisamente lo que temían Martí y sus compañeros revolucionarios. Uno de los propósitos de su lucha había fracasado, y Cuba en realidad no pudo ser una república libre hasta muchos años después de haber ganado su propia independencia.

C. La estrella de un nuevo amanecer

1. Años formativos

Cuando el capitán Narciso López izó la bandera de cinco franjas y una estrella sobre el edificio del periódico neoyorquino en 1850, es probable que hubieran pocos que encontraran algo significativo entre ese suceso y el nacimiento tres años después del que iba a ser el más grande héroe cubano de todos los tiempos.

Nosotros, a pesar de ser poco supersticiosos, hemos encontrado una fuerte liga entre la bandera de Narciso López y el nacimiento, la vida y la muerte de José Martí. Su estrella era la estrella de la bandera cubana. Esa estrella de cinco puntas hizo que llegara a ser el gran hombre que fue. El destino manipula raros y de vez en cuando, incomprensibles, fenómenos. Uno de estos fenómenos fue José Julián Martí y Pérez. Pudiera haber nacido en cualquier punto del globo terrestre, pero como si lo hubiera querido así el destino, nació en La Habana el 28 de enero de 1853.

Decimos "destino" porque la vida de Martí parece haber sido guiada de una manera predestinada. Martí siempre sintió

que había nacido con una misión, que su cuerpo y su alma habían sido investidos de antemano con la etiqueta de mártir. En efecto, Martí fue un mártir. Sus escritos, desde muy joven, están impregnados de la idea del martirio de tal manera (a veces aborda la cursilería) que se ve de inmediato esta preocupación espiritual y, en este caso, patriótica, de Martí. El martirio le pesaba grandemente y al fin fue esto lo que probablemente más que nada hizo que se sometiera inconscientemente al fuego español que le cegó la vida el 19 de mayo de 1895.

Pero habían otras circunstancias en la vida de Martí que si no fueron maquinaciones del destino, eran curiosas coincidencias--coincidencias que ahora en retrospecto podemos considerar como influencias de importancia en su formación. Tomemos, por ejemplo, el hecho de que sus padres, Mariano Martí y Leonor Pérez de Martí, eran emigrados a Cuba.⁽¹⁹⁾ ¿No es curioso que su hijo José pasara la mayor parte de su vida fuera de su país natal (como ellos), desterrado a fuerzas o por su propia voluntad? Es significativo también el que naciera Martí en un barrio humilde, y que a pesar de habersele ofrecido múltiples oportunidades que le hubieran facilitado una vida más acomodada y más segura, nunca dejó de ser parte de, ni de luchar por, la clase humilde. La adherencia a sus principios y el hecho de que nunca se "vendió" han hecho aun más grande a Martí.

Mariano Martí llegó a Cuba como sargento en el ejército español y poco después alcanzó el grado de teniente, seguramente con cierto prestigio.⁽²⁰⁾ Allí se casó y tuvo un hijo, José, y dos hijas. Pero la vida militar no le complacía y renunció, consiguiendo un puesto después como celador del barrio de Templete en la capital cubana. Esto señaló el comienzo de una vida dura para los Martí. Mucho viajó el niño José al interior de la isla con su padre mientras éste buscaba empleo de cualquier clase. A los diez años José empezó su educación formal en el colegio particular "San Anacleto," donde se hizo amigo de un niño rico, Fermín Valdés Domínguez, quien durante toda su vida fue uno de sus más cercanos confidentes.⁽²¹⁾ Al año Mariano sacó a su hijo de la escuela, bajo el pretexto de "ya saber lo suficiente" y una vez más empezaron las andanzas fútiles en busca de trabajo.

Acertadamente se puede suponer que estos primeros años de inestabilidad familiar tuvieron su efecto en Martí. Por eso, cuando se inscribió en la Escuela Superior Municipal de Varones en 1866, cayó bajo la influencia, que llegó a ser casi patriarcal, del letrado profesor Rafael María de Mendive, poeta, traductor y fogoso luchador por la independencia de Cuba. Uno de los biógrafos martianos, el doctor Rafael Esténger, ha dicho:

Este señor Rafael María de Mendive había viajado por los Estados Unidos y Europa, no como viajan los turistas desocupados,

por ver las casas y retratarse junto a las reliquias históricas, sino para aumentar los conocimientos y trabar relaciones literarias. Entre sus amigos figuraba el gran poeta Longfellow, profesor de Harvard, que le tradujo algunos versos al inglés. Adquirió fama en Madrid de poeta fino, sin que ocultara a los madrileños su devoción patriótica. (22)

De tal corte era Mendive. Es difícil calcular cuán grande fue la influencia del profesor sobre el joven Martí. Fue Mendive quien inspiró en sus estudiantes la idea de que Cuba debería ser libre de la Corona Española, (23) y es muy probable que se pueda considerar a Mendive como el hombre que más influyó en la formación de Martí. A esto se puede añadir que Martí pensó, actuó y sufrió con Mendive, aunque éste le llevaba tantos años que a veces sus relaciones parecían irreales. Martí nunca dejó de pensar como su maestro en cuanto a lo nacional, a lo patriótico.

Mendive costeó los estudios de Martí en su propio colegio, el de "San Pablo," en 1866 y en ese año el joven criollo se reunió con los "bijiritas," muchachos que luchaban con Mendive por la independencia de Cuba. (24) Con el estallido de la revolución de Céspedes (la Guerra de Diez Años), Martí se metió enteramente a la causa de la libertad, colaborando en clandestinos periódicos estudiantiles, y buscando más apoyo moral en la casa de Mendive. El primer trabajo periodístico de Martí fue un soneto "Diez de octubre" que se publicó en una gacetilla que Jorge Mañach llamó El Siglo (25) y

que el doctor Esténger llamó El Siboney. El doctor Esténger escribió sobre la primera obrita de Martí:

El soneto no era una joya. Poco valor tendría en el mercado literario. Fue más, no obstante: una reliquia. Fue la primera manifestación de Martí en favor de la idea que sostuvo toda su vida: la de que Cuba debía ser cubana, la de obtener que el país donde nació fuera gobernado por los hombres del país, de acuerdo con las leyes que ellos mismos se dieran...(26)

Sin embargo, José Martí se había iniciado en el periodismo en la batalla por Cuba. Antes de tener dieciseis años, en 1869, ayudó a su amigo Fermín a publicar El Diablo Cojuelo, periódico revolucionario que publicó sólo una vez. En el mismo mes de enero Martí se encargó de la publicación de otro periódico, La Patria Libre, en el cual colaboraron Mendive, Fermín y Cristóbal Madan, y en el cual Martí publicó su ya famoso poema dramático en verso, "Abdala." La Patria Libre tampoco pudo publicarse más que una vez. Y en el mismo significativo mes de enero se clausuró "San Pablo" cuando Mendive fue encarcelado por creérsele líder de una manifestación pública en el Teatro Villanueva. Mariano Martí puso a José a trabajar en una tienda y la desesperación de éste al encontrarse sin su guía Mendive está bien trazada en una carta que le escribió:

Y si he tenido fuerzas para tanto y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, sólo a usted lo debo, y de usted y sólo de usted es cuanto de bueno y cariñoso tengo...(27)

Y en otra ocasión que cita Esténger, escribió:

Trabajo ahora de seis de la mañana a ocho de la noche, y gano cuatro onzas y media, que entrego a mi padre. Este me hace sufrir cada día más, y me ha llegado a lastimar tanto que confieso a Ud., con toda franqueza ruda que Ud. me conoce, que sólo la esperanza de volver a verle me ha impedido matarme, (28)



(De las dos últimas citas nos parece importante señalar aquí que la actitud de quererle quitar la vida es una actitud bastante grave para un joven de dieciseis años. Puede ser que fuera la exageración de un adolescente, pero hay un tono de gravedad en los escritos de Martí procedentes de este período de su vida que sugiere cierta falla, cierta debilidad en él. No somos psicólogos, pero lo que se nos ocurre de primera intención es pensar que la vida familiar de Martí era tal que le destruyó todo deseo de lograr una tranquilidad material; es como si actuara con resentimiento y rencor hacia la vida--aunque era sumamente tierno y después aparentemente quería mucho a sus padres--y sacrificó todo por realizar la obsesión fija que tenía en mente: la libertad absoluta de Cuba y los cubanos. El punto de vista de que su vida familiar creó un vacío en Martí cobra fuerzas al considerar que se enamoraba con facilidad y por donde fuera tenía amores con distintas mujeres.) (29)

El encarcelamiento de Menvive propiamente finalizó una fase de la vida de Martí. La siguiente etapa fue para él de intenso sufrimiento espiritual y físico, iniciándose con

un incidente absurdo que llevó a Martí a una condena eventual de seis años de destierro, precedido por unos meses de encarcelamiento y trabajos forzados. Salió de la cárcel a los diecisiete años, según Esténger, "medio ciego con una lesión inguinal producida por un golpe de la cadena, más delgado y pálido."⁽³⁰⁾ Con su destierro a España, empezó una larga serie de peregrinaciones, las cuales llevaron a Martí dos veces a Europa, a la mayoría de los países del Caribe y a los Estados Unidos. Después de llegar a Cádiz en enero de 1871, Martí se trasladó a Madrid, donde se inscribió en la Universidad Central mientras continuaba sus actividades revolucionarias. En la España de sus padres, llegó a tener cierta fama por sus folletos, discursos y artículos sobre Cuba y su movimiento independentista, y para cubrir sus gastos de manutención daba clases particulares a niños cubanos e hizo algunas traducciones del inglés al castellano.⁽³¹⁾ En 1872 su condiscípulo Fermín llegó a Madrid, también condenado al destierro por haber tomado parte en el profanamiento de la tumba de Castañón en La Habana. Al año siguiente los dos solicitaron admisión en la Universidad de Zaragoza, la cual los aceptó. En poco más de un año, Martí obtuvo los grados de Licenciado en Derecho Civil y Canónico y Licenciado en Filosofía y Letras, y decidió reunirse con su familia, que ya se encontraba en la Ciudad de México. A pesar de haber logrado una carrera en leyes, Martí parecía no haber culminado sus deseos, porque

en estos términos escribió a su amigo Manuel Mercado en una ocasión:

Yo odio el ejercicio del Derecho. Es tan grande en esencia cuanto pequeño en forma. (32)

Los títulos académicos tenían poca importancia para Martí, puesto que él nunca hizo uso del título de Licenciado ante su firma de nombre, ni lo usó en tarjetas impresas. Andrés Iduarte se ha expresado así sobre su estancia en España:

El escritor, el pensador, el político hizo en su fructuoso destierro español un aprendizaje fundamental de la cultura de que procedía y de las fuerzas políticas a las que seguiría combatiendo con su palabra y con su sangre. (33)

De Zaragoza Martí regresó a Madrid a fines de 1874, y después se trasladó al puerto de Veracruz en México, habiendo tocado anteriormente París, donde conoció a Víctor Hugo, y Southampton al salir de España. Su llegada a tierras aztecas en febrero de 1875 dio comienzo a una estadía corta pero fecunda en este país, el cual le ofreció la mano de la hospitalidad casi como si hubiera sido ciudadano mexicano. Los años entre 1875 y 1880 fueron para Martí años duros, años activos, desconsoladores y decisivos. El cubano sintió verdadero afecto y cariño por México y por sus amigos mexicanos. Llegó por ferrocarril a la estación de Buenavista, donde fue recibido por su padre y un amigo de la familia, Manuel Mercado. Mercado, después uno de los mejores amigos de Martí, lo recomendó a la Revista Universal, publicación que pronto reconoció

sus méritos y habilidades periodísticas, y le brindó la oportunidad de ser colaborador.⁽³⁴⁾ Las actividades de Martí en México fueron lo suficientemente importantes como para merecer detallado estudio. En este bosquejo biográfico no nos toca profundizar tanto en los motivos y razones de la manera de actuar de José Martí. Esto haremos en los próximos capítulos.

Martí en México escribió su drama corto, Amor con amor se paga, y entre otras cosas, siguió escribiendo sus artículos para la Revista Universal. Empezó a "perfeccionarse" como el gran orador que era y hasta representó a un grupo de obreros del estado de Chihuahua en una convención. Significativo es el hecho de que Martí en este país vivió feliz, amó y fue amado, observó de cerca el ejemplo de los reformistas mexicanos,⁽³⁵⁾ y en el pasado indígena del país encontró más sustancia para sus ideas y esperanzas americanistas. Aquí Martí tuvo relaciones amorosas con la famosa Rosario de la Peña y conoció a Carmen Zayas Bazán, la mujer que le causó grandes dolores y penas durante el resto de su vida.

Pero con la ascensión de Porfirio Díaz al poder gubernamental en 1876, Martí abandonó el país y regresó con un nombre ficticio a su Cuba, donde el padre de Fermín le proporcionó dinero y cartas de presentación para varios importantes funcionarios del gobierno de Guatemala, país en el cual Martí arribara en 1877. Fue allí nombrado catedrático

de literatura en la Escuela Central y continuó sus labores literarias y culturales. Conoció a María García Granados (la "Niña de Guatemala" quien después apareció en los Versos sencillos del poeta) y a pesar de quererla mucho, fue fiel a la palabra de compromiso empeñada a Carmen Zayas. En diciembre de ese año volvió a México, donde se casó con Carmen, para regresar a Guatemala en enero. Sin embargo, el conflicto de ideales y propósitos con los oficiales guatemaltecos le hizo renunciar a su puesto y emprender viaje de regreso a Cuba, en el mes de julio, habiéndose ya vencido el término del destierro. Pasaron por Honduras, y en septiembre llegaron a La Habana, con Carmen en vísperas de ser madre del único hijo que ambos tuvieron, José, quien nació en noviembre de 1878.

Su ideal revolucionario le impidió tener un matrimonio normal y feliz con Carmen Zayas y sus trabajos de conspiración en la isla lo llevaron eventualmente a su segundo destierro a España en 1879. Había sido descubierto de nuevo en septiembre por los gobernadores españoles como revolucionario, actuando junto con Juan Gualberto Gómez, y después de pocos días de encarcelamiento, lo condenaron una vez más a salir de su patria. Se quedó brevemente en España, y en diciembre de 1879 pasó a París en ruta a Nueva York. En París tuvo la oportunidad de volver a ver a Hugo y conocer a Sarah Bernhardt.⁽³⁶⁾

2. Años de espera

El año 1880 marcó para Martí el comienzo de una manera nueva de vivir, una manera quizá un poco extraña para el hispanoamericano, y a la vez, marcó el comienzo de la fase más significativa de su vida. Martí llegó a Nueva York el 3 de enero de ese año, y se enfrentó con un reto nuevo y el reto viejo de siempre. El reto nuevo era el del idioma distinto, el del poder tener para su manutención. El reto viejo era esa preocupación que ya tenía desde mucho tiempo atrás en su mente--la liberación de Cuba. En efecto, Martí superó los obstáculos que encontró en los dos casos y logró lo que se había propuesto.

De inmediato, Martí adentró en las actividades de "la emigración," o sea la de los cubanos refugiados en Nueva York, que desde ese entonces estaban organizándose, proyectando y desarrollando sus ideas revolucionarias. Martí se instaló en la casa de huéspedes del cubano Manuel Mantilla y su esposa, Carmen Miyares Peoli de Mantilla, en 51 East 29th Street, donde varios exilados de las Antillas habían encontrado asilo.⁽³⁷⁾ Carmen, venezolana de nacimiento, comprendió a Martí aparentemente con cierta profundidad, y sus relaciones, aunque un poco a lo novela popular, llegaron a tal punto de intimidad a través de los años que Carmen fue madre de una niña de Martí, María, quien llevó el apellido del esposo legítimo de la señora. Pero la preocupación más grande del momento para

Martí era su manutención. Buscó trabajo a diario y mientras lo hacía, pudo conocer la gran ciudad:

En busca de solución a sus problemas, baraja proyectos y posibilidades, como el interesar a un impresor cubano a instalarse en Nueva York. En su imprenta podría ser él desde "corrector de pruebas hasta autor de libros." (38)

Horge Mafiach comenta también sobre los primeros días de Martí en Nueva York:

Por entre el hormiguero de la ciudad baja, el recién llegado va consumiendo imágenes, distancias y tristezas imprevistas. Ha caminado mucho estos días, un poco a la ventura, para salirse de sí mismo. Ya le conoce a Manhattan el largo urbano, desde la zona apopléctica, que se congestiona en el ladrillo rojo de sus fachadas, hasta la región semisilvestre de las cabras y las huertas, más allá de la calle 59. (39)

Se sabe que Martí habló con el cubano Néstor Ponce de León y el venezolano Nicanor Bolet Peraza, dueños de otra imprenta, y tampoco pudo colocarse con ellos. Fue a la Casa Appleton y salió sin éxito por encontrarse el jefe en Europa; lo mismo le sucedió con la casa de Frank Leslie. (40)

A pesar de esa mala suerte, el pintor Tomás Collazo le brindó a Martí la oportunidad de ser colaborador de una revista nueva, The Hour--que se publicaría, por supuesto, en inglés. Martí, aunque estudió el idioma con Mendive, sabía muy poco inglés en esos días de recién llegado al Babel de Hierro. Collazo le explicó que sus amigos, los editores, necesitaban un crítico de arte y que los artículos tenían

que ser en inglés; Martí podía vencerlo, podía encontrar la manera de reiniciar su carrera periodística.⁽⁴¹⁾ Los artículos de Martí gustaban--sus primeras crónicas fueron observaciones agudas sobre los Estados Unidos y llevaban el título de "Impressions of America"⁽⁴²⁾--y poco después ya colaboraba con uno de los más importantes periódicos del país, The Sun, editado por Charles A. Dana, simpatizante de los revolucionarios cubanos. Mañach ha dicho:

Tristes han sido sus tareas de pan ganar, salvo alguna que otra crónica que The Sun, por benevolencia de su editor Dana, viejo amigo de los cubanos revolucionarios, le publica vertida del francés. (43)

Y el mismo Martí escribió:

En un cuadro conservo--como estupénda maravilla--el primer peso que gané en Nueva York--como crítico de arte. (44)

Pero la vida sentimental de Martí pasaba ciertos trastornos en esos últimos meses de 1880. Su esposa Carmen había llegado a Nueva York con su hijito José, y se dió cuenta de la situación existente en la casa de huéspedes de los Mantilla y a fines de noviembre salió para Cuba con el niño.⁽⁴⁵⁾ El día 20 del mes nació la niña María, hija de Carmen Mantilla. Martí, quizá con el fin de eludir compromisos bochornosos, decidió ir a Venezuela, a pesar de las advertencias de varios amigos venezolanos de que no lo hiciera por la dictadura de Antonio Guzmán Blanco.

Y fue Charles Dana quien respondió a las necesidades

económicas de Martí para su viaje a tierras nuevas:

Tan grande es la consideración y el afecto con que lo trata Charles Dana, que Martí se atreve a pedirle su ayuda a cambio de sus colaboraciones para The Sun. Martí no olvidará nunca a quien en un momento de prueba le ayuda a mantener en alto las riendas de su vida. (46)

El Apóstol llegó a Caracas en marzo de 1881, pero su estancia fue corta. Inmediatamente consiguió empleo como maestro en el Colegio de Guillermo Tell Villegas y preparó la publicación de una revista nueva--la Revista venezolana-- que llegó a imprimirse solamente dos veces por la intervención del dictador Guzmán, a quien disgustó un artículo sobre la muerte del poeta Cecilio Acosta. Después de una entrevista con el tirano, Martí tuvo que salir de Venezuela en julio de regreso a Nueva York, sólo trece días después de haber publicado su artículo sobre el luchador Acosta. Sin embargo, el viaje al país de Bolívar no había sido en vano. Su contacto con el editor de La Opinión Nacional, Fausto Teodoro de Aldrey, le dio la oportunidad de empezar sus correspondencias o "cartas" de Nueva York, trabajo que le dio renombre en todas partes de la América.

Martí envió sus cartas sobre distintos aspectos de la vida norteamericana a La Opinión Nacional desde el 20 de agosto de 1881 hasta mayo de 1882, cuando Aldrey exigió más "abundantes notas sueltas" y que "procure en sus juicios críticos no tocar con acerbos conceptos los vicios y costumbres

del pueblo norteamericano." (47) Esta censura, además del hecho de que varias de sus crónicas se habían cortado por traer cosas no del agrado de Aldrey, hizo que Martí decidiera terminar sus relaciones con el estimado diario caraqueño.

Pero sus bien elaboradas cartas, a través de La Opinión, habían ganado para Martí elogios en todas partes y una fama de escritor sagaz, honrado y vigoroso. Además de publicar su libro de poesías, Ismaelillo, y escribir la mayor parte de sus Versos libres (que dejó inéditos) y una traducción para la Casa Appleton, Martí recibió en el verano de 1882 una carta del gran Bartolomé Mitre y Vedia, director de La Nación de Buenos Aires, pidiéndole su colaboración. Martí humildemente aceptó la oferta y desde el 13 de septiembre de ese año hasta el 20 de mayo de 1891, escribió centenares de vivaces y acertadas crónicas para el diario porteño.

Su regreso a Nueva York significó para el cubano la iniciación de una etapa de fecundidad literaria, patriótica y política. Además del empleo como dependiente en la casa comercial de Lyons & Co., que consiguió en julio de 1882, Martí continuó como uno de los mejores traductores de la Casa Appleton, siguió como organizador y líder de la resistencia cubana en los Estados Unidos, y funcionó como cónsul de la Argentina, Uruguay y Paraguay en Nueva York durante varios años. Fue nombrado representante del Uruguay en la Conferencia Monetaria Internacional de 1891 y gozó de muchos honores

concedidos por sociedades literarias y periodísticas de los países americanos.

Es importante señalar que su estancia en Nueva York fue más por conveniencia que por otras razones, puesto que muchas costumbres y maneras norteamericanas no eran de su agrado. Se quedó en la Ciudad de Nueva York por necesidad, por mucho que la odiara, y porque ese era el lugar más lógico de donde dirigir las actividades de los cubanos conspiradores. En una carta a Mercado, Martí comentó:

Todo me ata a New York, por lo menos durante algunos años de mi vida: todo me ata a esta copa de veneno:--Ud. no lo sabe bien, porque no ha batallado aquí como yo he batallado; pero la verdad es que todos los días, al llegar la tarde, me siento como comido en lo interior de un tósigo que me echa a andar, me pone el alma en vuelcos, y me invita a salir de mí...Todo yo estallo. De adentro me viene un fuego que me quema, como un fuego de fiebre, ávido y seco. Es la muerte a retazos. Sólo los días en que no bajo a negocios, o veo a poca gente, o ando mucho al aire ahora que hay primavera, padezco menos de este horror de espíritu...Bueno, pues: todo me ata a New York: las consecuencias de los errores políticos de nuestro país. (48)

La mayor preocupación de Martí durante sus días en los Estados Unidos, era, naturalmente, la independencia de Cuba. Trabajó con este fin, pero estando en dicho país pudo darse perfecta cuenta de las actividades anexionistas prevaletentes en esos tiempos. Ahora es razonable considerar que la mayor parte de su tiempo fue dedicado a la realización de este

ideal--la liberación de Cuba de España y la nueva amenaza norteamericana--que a sus necesidades materiales. Sin embargo, siempre Martí persiguió un ideal cultural: sintió quizá una misión en este campo también, una misión educativa. Esta fue una de las razones porque se dedicó en 1889 a la publicación de La edad de oro, preciosa revista dedicada a los niños de América, aventura que sólo duró cuatro meses. Este afán de educador se nota más y más en los últimos años de Martí--desde 1889 hasta su muerte seis años más tarde. En ese año empezó sus tareas como profesor en la Escuela Nocturna Superior de Nueva York, donde dio clases de castellano, que iba cobrando interés entre los jóvenes por la conferencia interamericana. Relata el doctor Esténger:

En la Escuela Nocturna Superior de Nueva York, bajo la dirección del áspero George White, fue Martí profesor de castellano. Mientras los discípulos aborrecían al rudo mister White, que era un hombre ajusto y de toscas maneras, sentían afectuosa deferencia por Martí. Una noche mister White--que tenía por Martí especial respeto--dijo las excelencias del humilde profesor. Y un testigo ha recordado, muchos años después que a Martí se le enrojecía el rostro pálido.(49)

Una alumna de Martí, Miss Cecil Charles, después tradujo unos versos del "Maestro" cuando llegó la noticia de su muerte. El tomito que llevaba el título de "Tuya" implicaba un idilio. También en Central High School dio clases de español en 1891 y trabajó dedicadamente con La Liga Patriótica Cubana de Nueva York como profesor de clases nocturnas para los adultos

trabajadores emigrados, además de ser fundador de La Liga de Instrucción de Tampa.

3. La fuerza del destino

La vida de Martí cobró ímpetu en el año 1891 y, al igual que una gran bola de nieve, fue rodando hasta llegar a su punto cumulativo en 1895. En octubre de 1891 dio un discurso ante el club "Los Independientes" que fue una sentida plegaria política y que provocó la queja de un periódico español de Nueva York, que alegaba que había

incompatibilidad entre su actitud de cubano, que lucha para obtener para su patria lo mismo que los padres de la patria argentina obtuvieron a su hora para su país, y su condición de Cónsul de esa República. (50)

Este incidente podía haber sido la chispa que encendió a Martí. De inmediato renunció al puesto de Cónsul de la Argentina el día 11 de octubre, además del de Uruguay. A la vez presentó su renuncia a la presidencia de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York, la cual no fue aprobada en la votación. Los miembros se identificaban plenamente con Martí, aunque poco después aceptaron su segunda renuncia. Ya libre de sus obligaciones en la gran urbe, Martí se dedicó enteramente a los preparativos necesarios para la invasión de Cuba desde los Estados Unidos. Durante los próximos tres años y medio, Martí iba desde Nueva York hasta Panamá, desde Tampa y Key West hasta Nueva Orleans en sus viajes de reclutamiento y preparación para el gran esfuerzo. Las actividades de Martí

eran tan vastas y completas que casi con la unanimidad de los miembros del Partido Revolucionario Cubano fue electo "Delegado" varias veces y poco tiempo antes de su muerte, se le saludaba como "Señor Presidente."

En marzo de 1892 Martí fundó su propio periódico, Patria, en el cual aparecieron algunos de los más importantes trabajos del género político del Apóstol, y lo dirigió y lo mantuvo con todo el vigor que le era típico hasta su muerte. En total Patria alcanzó 522 números y dejó de publicarse el 31 de diciembre de 1898, cuando se llevó a cabo la expulsión de los españoles de la isla. Lo fundó Martí con el propósito de que no sólo llegara la palabra escrita de la revolución al mayor número de personas posible, sino para que defendiera la causa del Partido frente a la opinión contraria. A sus confidentes y ayudantes Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, escribió desde Cabo Haitiano antes de morir:

De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosela a pensamiento. Por eso, Gonzalo y Benjamín, Patria ha de ser ahora un periódico especialmente alto y hermoso. Antes, pudimos descuidarlo, a levantarlo a braceadas: ahora no. Ha de ser continuo, sobre las mismas líneas, afirmando con majestad lo contrario de lo que se afirma de nosotros, mostrando--en el silencio inquebrantable sobre las personas--el poco influjo--real que les concedemos.(51)

Los esfuerzos de Martí y sus colaboradores empezaban a materializarse en 1893, cuando el Partido contaba con treinta

y cuatro distintas organizaciones regadas por todo el mapa de América. El Partido fue, por sobre todo, "una agrupación, un frente de clubes y asociaciones revolucionarias con un objetivo insurreccional: la libertad de Cuba y de Puerto Rico." (52)

El fervor con que trabajaba Martí en esos días se explica en innumerables cartas suyas escritas a varios amigos y colaboradores. Tomemos, por ejemplo, parte de una carta a José Antonio Maceo:

Las manos las he tenido ocupadas desde entonces en una labor bestial y sin descanso--en atender, de una tierra a otra, a lo grande y a lo pequeño,--en ir levantando, hombre por hombre, todo este edificio. (53)

Y en otra carta, que se considera su "testamento político," escrita a Federico Henríquez y Carvajal, decía Martí:

--Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. (54)

Entonces todo se encontraba listo para enero de 1895 cuando el Plan de Fernandina y quizá lo que pudieramos llamar "la fuerza del destino" iba a llevar a Martí de regreso a Cuba, a la batalla de la liberación. Pero el Plan fue descubierto por el gobierno norteamericano, quien confiscó los barcos que llevaban hombres, armas y municiones hacia Cuba, actuando de acuerdo con su política de neutralidad (dicen algunos) o por simpatía al gobierno español y sus posteriores motivos de poseer la isla (dicen otros). El fracaso del Plan

de Fernandina dio el impulso necesario a la gente de pensamiento y tendencia revolucionarios, haciendo que la isla se convirtiera en una hirviente hoguera. En Nueva York el 29 de enero Martí y otros funcionarios del Partido firmaron la orden de levantamiento que Cuba esperaba. Dos días después Martí se embarcó para Santo Domingo, donde se quedó un mes haciendo los preparativos de su salida hacia Cuba y a la batalla, que ya había estallado.

A principios de abril Martí desembarcó con el General Máximo Gómez en Playitas y un par de días después se unieron a una columna del ejército de liberación, del cual Gómez era General en Jefe. Buscando a Maceo y sus tropas, Martí y Gómez pasaron trece días en las montañas de Baracoa. Después de encontrar y hablar con Maceo, salieron en busca del General Bartolomé Masó. El día 15 de mayo llegaron a Dos Ríos y el 17 Gómez salió con cuarenta hombres para perseguir una banda española. Martí se quedó en el campamento en espera de Masó. Al día siguiente los españoles escaparon, sin haber abierto fuego a los rebeldes. Gómez regresó al campamento de Dos Ríos, donde encontró a Martí y a Masó ya unidos.

Sin embargo, alrededor de mediodía del 19, los centinelas dieron el aviso de que habían tropas españolas en las afueras del campamento. Gómez saltó a la acción, ordenando a Martí que se quedara atrás y llevándose con él a Masó. La situación no era propicia para retiradas: Martí, con un tal Angel de la

Guardia a su lado, se dirigió hacia las filas enemigas a hacerles frente, montando el brioso caballo que le había regalado Maceo.

Era ese el momento escogido por el destino para poner fin a la vida del héroe más grande que tuvo Cuba. La misión del Apóstol había concluído; su estrella, aquella de la bandera cubana, brillaba aun más fuerte que nunca; Martí había cumplido con su deber como patriota y como cubano. Su muerte por fuego español había cegado la vida de uno de los más ilustres hijos de América y así fue que el mundo al saberlo se estremeció en sincero y reverente tributo al Apóstol de la humanidad.

NOTAS

1. Emilio Roig de Leuchsenring, 13 conclusiones fundamentales sobre la guerra libertadora cubana de 1895, México, D.F., 1945, pp. 11-13.
2. Op. cit., p. 35.
3. Walter Millis, The Martial Spirit, New York, 1931, pp. 11-12.
4. Op. cit., p. 12.
5. A. Baeza Flores, ¿Quién fue José Martí?, México, D.F., 1958, p. 88.
6. Roig de Leuchsenring, op. cit., p. 18.
7. Millis, op. cit., p. 13.
8. Roig de Leuchsenring, op. cit., p. 24.
9. Millis, op. cit., p. 3.
10. W.H. Callcott, Caribbean Policy of the United States, Baltimore, 1942, p. 2.
11. J.H. Latané, Diplomatic Relations of the U.S. and Spanish America, Baltimore, 1900, p. 98.
12. Callcott, op. cit., p. 21.
13. Idem.
14. Ibid., p. 37.
15. Ibid., p. 57.
16. Ibid., p. 61.
17. Ibid., p. 66.
18. George Kennan, U.S. Diplomacy, 1900-1950, Chicago, 1951, p. 8.
19. Jorge Mañach, Martí, el apóstol, Madrid, 1933, pp. 12-13.
20. Op. cit., p. 14.
21. Ibid., p. 19.

22. Dr. Rafael Esténger, Vida de Martí, México, 1944, p. 11.
23. Mañach, op. cit., p. 19.
24. Ibid., p. 23.
25. Ibid., p. 30.
26. Esténger, op. cit., p. 14.
27. Mañach, op. cit., p. 42.
28. Esténger, op. cit., p. 19.
29. Félix Lisazo, Martí, místico del deber, Buenos Aires, 1940, p. 161.
30. Mañach, op. cit., p. 35.
31. Ibid., p. 42.
32. José Martí, Cartas a Manuel Mercado, México, 1946, p. 33.
33. Andrés Iduarte, José Martí, prosas, Washington, D.C., 1950, pp. 18-19.
34. Esténger, op. cit., p. 30.
35. Mañach, op. cit., p. 21.
36. Iduarte, op. cit., p. 24.
37. A. Baeza Flores, op. cit., p. 86.
38. C. Galván Moreno, Martí, ciudadano de América, Buenos Aires, 1953, pp. 108-109.
39. Mañach, op. cit., pp. 126-127.
40. Esténger, op. cit., p. 46.
41. Ibid., p. 45.
42. Lisazo, op. cit., p. 167.
43. Mañach, op. cit., p. 140.
44. Martí, op. cit., p. 70.
45. Lisazo, op. cit., p. 167.

46. Ibid., p. 168.
47. Ibid., p. 184.
48. Martí, op. cit., p. 111.
49. Esténger, op. cit., pp. 56-57.
50. Lisazo, op. cit., p. 223.
51. Carta de Martí a Gonzalo Quesada y Benjamín Guerra,
de 10 de abril de 1895.
52. Baeza Flores, op. cit., pp. 126-127.
53. Carta de Martí a José Antonio Maceo, de 15 de diciembre
de 1893, Lex, Vol. I, p. 130.
54. Carta de Martí a Federico Henríquez y Carvajal, de 25
de marzo de 1895, Lex, Vol. I, p. 248.

II. MARTI EN UN MUNDO NUEVO

A. Exponente del buen inglés

Al viajero que llega hoy día a la Ciudad de Nueva York, le son necesarios conocimientos básicos del idioma inglés para que realmente goce de los atractivos de esa metrópoli, y aun más importante, para que se gane la vida. Aún existen en Nueva York las numerosas colonias extranjeras donde se habla la lengua de origen de cada grupo nacional y hasta se publican periódicos en múltiples idiomas. Pero se verá que la mayoría de la gente componente de estas colonias extranjeras sabe por lo menos un poco de inglés, absolutamente imprescindible para los tratos cotidianos.

En la época del arribo de José Martí al Babel de Hierro, sin embargo, la población neoyorquina lucía un aspecto muy distinto al de hoy. La ciudad en el año 1880 todavía se estaba formando, física y espiritualmente. Esa era la época de las grandes inmigraciones, la era de la turbulencia política y social que en muchos sentidos se debía a esa creciente ola procedente de Europa. El inglés se hablaba muy poco entre los recién llegados. Mencionamos todo esto sólo para hacer hincapié de la situación existente al pisar Martí tierra norteamericana: Martí en realidad no tenía necesidad de aprender el inglés ni de mezclarse con el pueblo norteamericano. Se hubiera ganado el sustento diario hablando el castellano o el francés, y se hubiera contentado con la compañía de sus amigos de la

"emigración" cubana. Pero el carácter de Martí no era así. Su afán de superación le instó siempre a enfrentarse con lo difícil, lo curioso y hasta a veces, con lo imposible. Esto constituye, en síntesis, la filosofía de Martí en los Estados Unidos.

Este afán de superación fue lo que más hizo que Martí aprendiese el inglés. Y es de admirarse que al cabo de algunos años hablara el idioma de Shakespeare con sorprendente facilidad. No obstante, el aprendizaje del idioma lo había comenzado muchos años antes en el colegio de Mendive. Según algunos biógrafos, el padre de Martí quería que su hijo aprendiera el inglés por su admiración hacia los Estados Unidos y a su progreso comercial, ⁽¹⁾ pensando que el conocimiento del idioma mejoraría el porvenir del joven. Entonces fue con Mendive, traductor de las Melodías irlandesas de Thomas Moore, que Martí tuvo su primer contacto con el inglés:

Una tarde sorprende (Mendive) a Pepe traduciendo él también, con ayuda de The American Popular Lessons, el poema A Mystery, de Byron. No oculta don Rafael su asombro, Pepe enrojece pensando que le reprocha la selección del incestuoso poema. ⁽²⁾

A pesar de estas primeras clases del idioma, es razonable dudar de la profundidad de sus conocimientos. En una carta fechada 1878, tenemos una prueba de esto. Escribió a Mercado: "Un shake-hand de año nuevo al emirante pintor..." ⁽³⁾ Lo que quiso decir fue un "handshake" o sea, un apretón de manos, que evidentemente tradujo literalmente del castellano.

Una de las primeras preocupaciones del Apóstol al llegar a Nueva York fue el dominio de la lengua. El nivel de perfección de su inglés se deduce también en el que sus primeros escritos "en inglés" para The Hour y The Sun fueron traducciones del francés. Esta curiosa paradoja persistía aun en el año 1885, cinco años después de haber llegado él a Nueva York, según otra carta dirigida a Mercado. En el segundo artículo de Martí en inglés, que apareció en The Hour el 23 de octubre de 1880, bajo el título de "Impressions of America" el "Maestro" comentó que todavía tenía dificultades en entender al neoyorquino (diez meses después de desembarcar en la ciudad). Comentó:

Es curioso observar que siempre puedo entender a un inglés cuando me habla; pero entre los americanos una palabra es un susurro; una frase, una conmoción eléctrica... Aquí toda conversación es en una sola palabra: no hay respiro, no hay pause; no hay un sonido preciso...(4)

Pero ese afán de superación que señalamos se hacía sentir de nuevo en que Martí tomó

hasta sus mismos apuntes de rutina...en el idioma cuyas palabras los hombres ansiosos de tiempo, parecen pronunciar a medias. (5)

Nos dejó testimonio de sus conocimientos gramaticales del idioma en un artículo publicado en La América en el año 1884, cuando citó a un periódico norteamericano:

los norteamericanos poseeremos (y este futuro lo expresa el Herald con su will absoluto, y no el shall que deja abierto campo a la posibilidad a la duda, el shall cortés)...(6)

Así nos muestra suficientemente sus conocimientos de la gramática inglesa, pero ¿cómo escribía Martí el inglés? ¿cómo lo hablaba? ¿cómo lo leía? No es arriesgado decir que después de radicar un tiempo en los Estados Unidos lo escribía como un oriundo del país. En el año 1889, dirigió a un periódico de Nueva York una famosa crónica que se conoce ahora con el título de "Vindication of Cuba" y que se escribió en defensa de la raza cubana y su oposición frente a la propuesta y discutida anexión de la isla a los Estados Unidos. La redacción de esa carta⁽⁷⁾ es tan excelente que serviría de ejemplo por su buen estilo y expresión. Después, en el año 1890, Martí pronunció un discurso en la Conferencia Monetaria Internacional de Washington, primero en castellano y después en inglés, para borrar en los delegados norteamericanos cualquier duda que podrían tener del significado de sus palabras. Estas son pocas pero brillantes muestras de los conocimientos del inglés de Martí, que dan una idea general de sus grandes habilidades y dominio de dicha lengua.

B. Traductor por excelencia

Si bien Martí ganó el sustento con sus escritos en castellano, la raíz de su existencia en los Estados Unidos fue el inglés, o mejor dicho su habilidad de juxtaponerlo con sus

intereses y necesidades. Una parte importante, aunque poco mencionada, de la obra de Martí constituyen las traducciones que hizo del inglés al castellano. Este trabajo no pretende examinar minuciosamente este aspecto de las actividades del "Maestro;" hemos pensado considerar el tema de sus traducciones en un trabajo aparte en el futuro. Sin embargo, por ser producto de su estancia en Norte-América, dichas traducciones merecen mención aquí.

En Madrid, Martí había ganado ocho pesos por traducir "un contrato lleno de voces técnicas"⁽⁸⁾ pero no concertó sus esfuerzos en este semi-lucrativo medio hasta perfeccionarse más en el inglés en Nueva York. En 1882, consiguió un puesto con la Casa Appleton y en ese mismo año apareció su primera traducción bastante extensa, Antigüedades griegas de J.P. Mahaffy (1839-1919) y Antigüedades romanas de A.S. Wilkins, en dos tomos. Comenta Lisazo:

Muchos días estuvo en la labor difícil y aun después de haber hallado trabajo fijo, continúa hasta altas horas de la noche empeñado en terminar su traducción. En septiembre la entrega. Cien pesos recibe como honorarios de trabajo. (9)

Poco después, en febrero de 1883, Martí puso fin a un segundo esfuerzo de traducción, la Lógica, de un profesor londinense, Wm. Stanley Jevons (1835-1882). Vemos el entusiasmo del "Maestro" por su trabajo, una característica siempre patente en él, en una carta a su hermana Amelia:

Anoche puse fin a la traducción de mi libro de lógica, que me ha parecido-- a pesar de tener yo por maravillosamente inútiles tantas reglas pueriles--preciosísimo libro, puesto que con el producto de su traducción puedo traer a mi padre a mi lado. (10)

Una muestra de la sistematización que había alcanzado Martí en este trabajo es el que su esposa Carmen, en ese entonces con él en Nueva York, escribía mientras él le dictaba en alta voz. (11)

Sin embargo, estas primeras traducciones eran "obras menores" al lado de las próximas tres a las que se dedicó-- dos novelas y un libro del irlandés Moore. Seguramente, la Casa Appleton le encargaba lo más jugoso de su catálogo para traducción por el trabajo rápido, inteligente y responsable del patriota. Aparte de cinco libros traducidos, varias veces en sus escritos había mencionado Martí que pensaba traducir otra novela, John Halifax, caballero, que nunca realizó. Es curioso notar, además, que Martí no poseyó un Webster, el diccionario más importante, el "oficial" del idioma inglés, sino hasta 1887, el penúltimo año de su trabajo como traductor:

Y crea conmigo que he de morir pronto,
puesto que el año pasado (1887) pude
tener por fin un Webster...(12)

El primer esfuerzo grande en sus traducciones fue la novela inglesa, Called Back, de Hugh Conway (1847-1885), seudónimo de Frederick John Fergus. La terminó Martí en diciembre de 1885 y apareció al público bajo el título de Misterio

en 1886 como la primera de una serie de "Novelas-a-la-rústica" de la Casa Appleton, que tuvo un gran éxito económico en la América Latina. En términos editoriales de hoy, la traducción de Misterio llegó a ser un éxito rotundo. Martí en 1887, dos años después de su publicación, escribía que Misterio "es un desastre, ha vendido como 15,000 ejemplares, si no más. Dicen que porque yo lo traduje." (13) Hoy en día el autor que logra vender 10,000 ejemplares de una obra en los Estados Unidos se hace casi rico. ¡Ya en 1915, la Casa Appleton había publicado veintitrés distintas ediciones de la traducción de Misterio!

La novela en sí no tiene gran valor literario, pero alcanzó enorme éxito de venta en los países de habla inglesa por su apasionado romanticismo y por lo entretenido de su trama. Cabe decir que Martí logró una versión sorprendentemente fiel a la original; brilla por su fluidez y colorido. El libro es, en realidad, más bien lo que se considera ahora como el tipo policíaco de novela, entretelado de suspenso, melodrama e idilio. He aquí una sola cita del libro, llena de "suspenso e intriga:"

Era la noche cálida y pesada, y la parte alta de su ventana estaba abierta. ¿Qué voz me aconsejó aquella locura? De un rosal del jardín tomé una rosa ¡y allá fue, por sobre el pretil de su ventana! Ella la hallaría tal vez al despertarse, e imaginaría de quien le vino: sería un buen augurio! La rosa, al caer había tocado la persiana abierta: huí, temiendo ser visto. (14)

En cuanto a la traducción, Martí escribió lo siguiente en el prólogo:

Esto ha querido hacer el traductor de Called Back: el nervio, la impaciencia, la fuga, la novedad en el decir, que aseguraron al autor de la novela la atención inmediata del público y los críticos, acá ha querido el traductor ponerlas como aparecen en el texto inglés, sin más alarde de estilo, ni paramentos de imaginación. De una vez se lee este libro interesante en la edición inglesa: el traductor aspira a que se le lea en la edición española de una vez. (15)

Y por su cuidadoso trabajo, la Casa Appleton le pagó cien pesos, (16) o sea cien dólares—por cierto una suma modesta, pero no fuera de tono con la economía de la época.

No fue hasta el año 1887 que Martí volvió a trabajar como traductor, esta vez por cuenta propia. Es decir: Martí se encargó de todos los detalles de una edición castellana de la novela Ramona de Helen Hunt Jackson (1831-1885)—desde la traducción hasta el trabajo de mayorista, la expedición de pedidos, etc. No terminó la traducción hasta diciembre de ese año por diversas circunstancias, pero es razonable suponer que Ramona fue una obra que gustó más al "Maestro" que Misterio, y en la cual puso más empeño. Ha dicho el crítico José Antonio Portuondo de Ramona:

De 1887 es la traducción de Ramona, de Helen Hunt Jackson, que, lingüísticamente al menos, y con mayor razón aun, pertenece a Martí como a Quevedo sus versiones de Séneca y de San Francisco de Sales o al P. Isla la de LeSage. (17)

La traducción apareció al público a fines de enero de 1888.

Quizá la más curioso del trabajo de Martí en Ramona fue que el "Maestro" se convirtió en un verdadero hombre de negocios. La traducción fue lo de menos. En varias cartas dirigidas a su amigo Mercado habló como un empresario entusiasta, y a través de ellas hemos podido averiguar algo más sobre Ramona. Por ejemplo, le contó a Mercado que la impresión del libro le iba a costar 1,000 dólares y que por haberle comprado una casa bonaerense 2,000 ejemplares de antemano, pudo Martí pagar la mitad de la cuenta de la imprenta, después de añadir sus ahorros particulares al capital.⁽¹⁸⁾ Pensó que vendería el libro al mismo porcentaje que la Casa Appleton había vendido Misterio a sus compradores más favorecidos—La Habana y México—o sea, cuando Misterio le costó al librero veinte centavos de dólar (y tenía 230 páginas), Martí pensaba cobrarle treinta y siete centavos de moneda norteamericana por "400 de mucha más lectura."⁽¹⁹⁾ Además, propuso ofrecer su traducción primero a distintos periódicos para que ellos actuaran como agentes, y después vendería los tomos a los libreros a razón de algo más de los treinta y siete centavos "para que quede al comprador original esa ventaja."⁽²⁰⁾ Por otras cartas al mismo Mercado sabemos que hizo a su amigo mexicano agente exclusivo para la distribución del libro en este país, que un tal Félix Sánchez Izhaga trabajó junto a Martí en la pequeña empresa como su administrador, que le preocuparon asuntos como el registro de la propiedad literaria y la

publicidad más eficaz para el libro en México, el precio de venta final del volúmen, etc.

Y las cartas nos revelan este otro punto interesante (aparentemente desconocido por los más eruditos martiólogos): el esfuerzo que hizo Martí para publicar Ramona iba a ser el primer paso hacia la formación de una empresa editorial que dirigiría él mismo. Nos hace pensar que la atmósfera comercial e industrial de los Estados Unidos tuvieron un efecto bien definido en Martí, quien relató lo siguiente en otra comunicación a Mercado:

De todo le daré oportuna cuenta...y esta es la base de mi empresa editorial, que preparo tenazmente, y de la que, cuando ascienda a mi plan de libros de educación, hemos de hablar muy largo...Preparo un trabajo vasto. Creo que me han de ayudar también la América Central en algo, y en mucho la Argentina...(21)

Sus subsiguientes escritos no dan ningún indicio de lo sucedido con esta noble idea, que seguramente de realizarse, hubiera proporcionado a Martí el empleo que más le gustaba— aunque era periodista por excelencia, tenía demasiado "del poeta" para continuar en ese medio periodístico que en realidad padecía de limitaciones no sólo de forma, sino también de pensamiento y expresión. Después veremos que en realidad el periodismo de Martí en su tiempo era una cosa revolucionaria, y que la pluma del "Maestro" poseía el poder de cambiar la ocurrencia más insignificante en algo de transcendencia continental, o al menos, de interés general. Pero en cuanto a

Ramona, en otra carta a Mercado mencionó Martí que agradecería el giro del dinero que le debía de las ventas en México

porque eso me serviría para pagar la segunda edición que está ya en prensa, y de la que ya tengo pedidos algunos centenares.(22)

Poco después de la aparición de Ramona, Martí se embarcó en otra aventura de traducción, que muy posiblemente pueda considerarse el esfuerzo más grande y lo más importante de todo lo que tradujo—un libro de cuatro poemas de Thomas Moore (1779-1852) que llevaba el título de Lalla Rookh. Desgraciadamente, no se han encontrado copias, ni siquiera fragmentos, de esta obra, y su descubrimiento será sin duda un motivo muy grande de regocijo para los peritos en Martí. Por el epistolario y "el testamento literario" de Martí, se sabe que el libro sí llegó a publicarse en castellano, pero evidentemente la experiencia de Ramona puso fin a sus ambiciones editoriales por el tono de los comentarios que hizo sobre Lalla Rookh.

Lalla Rookh, en su versión inglesa, consiste de 160 páginas, de tipo pequeño, en un inglés difícil, de verso de metro iámbico. Es un poema que tiene atractivo para quienes se interesan en lo florido y lo oriental. Por ser en un inglés de alta erudición, pensamos que al traducirlo Martí dio muestras más firmes y convincentes de sus conocimientos del idioma. El traductor nos dejó una buena idea de su contenido en dos distintas cartas, la primera dirigida a Enrique Istrázulas:

Pronto va a salir con ilustraciones magníficas mi traducción de Lalla Rookh, en que hay unes cuantas páginas de Bonalde y del silencioso Tejera. Como me den dos ejemplares le remito uno. El libro es de lo mas rico que puede salir de prensa alguna, y las láminas de varias tintas, llevan al pie, los nombres más famosos. Las láminas será lo único que Ud. verá porque los versos...! (23)

Y en esta segunda, a Manuel de la Cruz:

El poema va traducido en verso blanco, por voluntad del editor y no por la mía; no porque no ame yo el verso blanco, como que escribo en él, para desahogar la imaginación todo lo que no cabría con igual fuerza y música en la rima violenta; sino porque a Moore no se le puede separar de su rima, y no es leal traducirlo sino como él escribió, alardeando del consonante rico, y embelleciendo a su modo, con colgaduras y esmaltes, los pensamientos. (24)

Las fechas de estas dos citas nos dan idea de la publicación de Lalla Rookh. En la primera, fechada 1888, mencionó Martí que "pronto va a salir" su libro, y por la descripción que hacía del tomo, puede pensarse que casi estaba listo en ese entonces. Sin embargo, en la segunda carta, con fecha de 1890, hace mención del libro como si fuera cosa sumamente nueva para él, lo cual nos hace suponer que no se publicó sino hasta alrededor de 1890.

Lalla Rookh fue el último trabajo extenso de traducción de Martí. Después de 1890, dejó sus trabajos literarios en su mayor parte para dedicarse de lleno a la causa de la revolución. Lo que perdieron las letras castellanas ganó la lucha del hombre por liberarse de la tiranía.

C. Periodista único

Cuando se habla de Martí, generalmente no se piensa en Martí el periodista, sino en Martí el poeta. Y hay mucha razón en esto, aunque alrededor del ochenta por ciento de sus escritos corresponde al género periodístico. Martí fue un periodista accidental, un periodista por necesidad; lo fue porque era lo más fácil, lo más lógico que podía hacer para ganarse la vida. Sus cartas particulares atestigüan mejor que nada sus deseos de poderse dedicar a "sus libros," que mucho más quería que una carrera periodística. Pero el mensaje que Martí llevaba dentro de sí mejor se expresaba a través del periodismo, porque llegaba al mayor público posible, desde el aristócrata hasta el más humilde guajiro.

En anterior ocasión hemos mencionado en detalle los nombres de los periódicos en que colaboraba Martí; aquí nos toca examinar brevemente esas colaboraciones, por su estilo, su contenido, y su propósito. Después de haber leído, algunas con más detenimiento que otras, las crónicas de Martí que aparecen en los dos tomos de sus Obras Completas de la Editorial Lex, de 1953, podemos afirmar que el periodismo--el estilo, propiamente dicho--del "Maestro" es único. Sus crónicas son comprimidos de sentir humano, de filosofía y moral que en todo sentido revelan la grandeza humana en Martí.

Decimos "único" al referirnos a su estilo porque es muy probable que nunca antes (ni después) hubiera cronista americano que se dedicara con tanto afán a escribir reportajes tan

vívidos y profundos. Muchas de las crónicas de Martí son verdaderas joyas literarias, especialmente en lo que se refiere a su serie sobre "Norteamericanos," debido a que Martí tenía el don de poder dar grandeza e importancia a cualquier suceso cotidiano, sólo con su brillante fuerza expresiva y su actitud estudiosa. Cuidadosamente estudió Martí cada fase del asunto que iba a tratar para mejor cumplir con su misión informativa, y en esos artículos donde explicaba motivos históricos, sociales y culturales de la vida estadounidense se nota claramente el esmero que tenía en el cumplimiento de su alto deber profesional. El único sistema que pudo haber empleado en escribir muchas de aquellas crónicas sería el estudio concentrado de asuntos ajenos a su manera de pensar. Por ejemplo, no hay muestra de previos estudios de economía en su carrera, pero sin embargo, comprobó el "Maestro" en sus escritos que entendía perfectamente los principios de esta rama. Lo mismo en cuanto a la pintura, los deportes y temas innumerables, en casi todos los cuales se destacaba Martí como entendido y conocedor.

En cierta ocasión escribió Martí lo siguiente a Mercado:

V. no sabe la pena que a mi me cuesta reunir y ordenar, para ser bien entendido y escribir con fruto de los que me lean, los elementos originales y complicados de los problemas de esta tierra.(25)

Y en otra carta, opinó:

Se reiría de mí si me viera. De un lado, un rimerero de libros políticos, para que ni una de las afirmaciones de la Historia de la Campaña vaya sin cimiento sólido. De otro, historias italianas, para refrescar recuerdos de Garibaldi, sobre quien tuve que hablar ayer. Al codo, Derwines y Antropologías, porque ahora hay aquí un Congreso Antropológico--(26)

Martí dependía mucho de los periódicos neoyorquinos como fuente de sus informaciones—a menudo, aun en sus crónicas, mencionaba los nombres de los diarios que leía y consultaba, comentaba sus posiciones editoriales, etc.—pero entre la prensa norteamericana (que tomó como fuente informativa) y los escritos de Martí no se encuentra ninguna relación ni semejanza entre sí. Martí daba a todo lo suyo toques y rasgos inequívocamente geniales: sus hombres poseían carácter y personalidad, sus descripciones de sucesos y paisajes tenían movimiento y fuerza, sus juicios espontáneos eran honestos y en muchas ocasiones, muy acertados.

A pesar de todo lo que favorece a Martí como periodista y pensador, no omitimos opinar que en muchas ocasiones su crítica hacia los Estados Unidos y los norteamericanos era demasiado severa—veremos a continuación que las ideas favorables que poseía hacia el Coloso del Norte eran en verdad escasas—y hasta parece que criticaba sólo por criticar. Es acertado pensar que existían razones psicológicas y humanas en esto: tal vez Martí sufriera de cierto complejo de persecución, o tal vez de un complejo de inferioridad de latinoamericano

frente al norteamericano; o quizá quería hacer todo lo posible por quitarle al latinoamericano ese complejo de inferioridad al escribir sobre temas que alentaban a los países y los hombres del Sur. De todas maneras, sean cual fueren sus razones, vemos que escasas son las críticas que Martí tenía para con sus conciudadanos y las otras naciones americanas, en tanto que encontraba falta tras falta en lo norteamericano. Podemos sí afirmar que dejó entrever admiración, simpatía y justicia en su serie sobre "Norteamericanos," pero aun allí, Martí encontraba alguna razón de crítica. Lo demás está impregnado de fuerte y severa censura.

1. Lisazo, op. cit., p. 15.
2. Mañach, op. cit., pp. 20-21.
3. Martí, Cartas a Manuel Mercado, p. 40.
4. Martí, "Impressions of America," The Hour, 23 de octubre de 1880, Lex, Vol. II, pp. 583-584.
5. Galván M., op. cit., p. 109.
6. Martí, "México, Estados Unidos y el sistema prohibitivo," La América, febrero de 1884.
7. M.P. González, José Martí, Epic Chronicler of the United States in the Eighties, Chapel Hill, N.C., 1953, pp. 67-68.
8. Esténger, op. cit., p. 45.
9. Lisazo, op. cit., p. 188.
10. Carta de Martí a su hermana Amelia, citada por M.I. Méndez en José Martí, estudio biográfico, Madrid, 1925, pp. 77-78.
11. Lisazo, op. cit., p. 192.
12. Carta de Martí a E. Estrázulas, de 19 de febrero de 1888, Lex, Vol. I, pp. 754-756.
13. Martí, Cartas a Manuel Mercado, p. 148.
14. Hugo Conway, Misterio (traducción de Martí), Nueva York, 1886, pp. 218-219.
15. Martí, prólogo a la traducción de Misterio.
16. Mañach, op. cit., p. 173.
17. José A. Portuondo, discurso pronunciado el 19 de mayo de 1953, publicado en Pensamiento y acción de José Martí, Santiago de Cuba, 1953.
18. Martí, Cartas a Manuel Mercado, pp. 143-149.
19. Martí, op. cit., p. 155.
20. Idem.

21. Op. cit., pp. 170-171.
22. Op. cit., p. 164.
23. Carta de Martí a E. Estrázules, de 19 de febrero de 1888, Lex, Vol. I, pp. 754-756.
24. Carta de Martí a Manuel de la Cruz, de 3 de junio de 1890, Lex, Vol. I, pp. 792-794.
25. Martí, Cartas a Manuel Mercado, p. 128.
26. Op. cit., p. 166.

A D V E R T E N C I A

(De aquí en adelante, para conveniencia del lector y por razón de que casi todas las citas que aquí se encuentran se han recopilado de los dos tomos de las Obras Completas de José Martí de la Editorial Lex de La Habana, las anotamos según orden de aparición dentro del texto en vez de colocarlas al final de los capítulos como se ha hecho anteriormente. Ejemplo: Lex I-250: primer tomo, página 250.)

III. LOS ESTADOS UNIDOS VISTOS POR MARTÍ

Desde el punto de vista literario, lo más elegante, lo más florido y lo más elogioso de la prosa de José Martí comprende una pequeña serie, "Norteamericanos," que el "Maestro" escribió como parte de su correspondencia a los periódicos latinoamericanos. Evidentemente, Martí pensó que las biografías sobre los más importantes hombres de la vida norteamericana tenían sumo valor entre sus escritos y en su llamado "testamento literario" dejó instrucciones para que "Norteamericanos" fueran a incluirse en el primer tomo de sus obras escogidas.

Este detalle del "testamento" tiene vital importancia en la evaluación de las opiniones de Martí sobre los Estados Unidos. A su manera, dejó Martí a la posteridad sus francos sentimientos personales hacia los hombres que moldearon los Estados Unidos, pero hay que distinguir entre la crítica y la admiración en cuanto a sus ideas de norteamericanos en general. Martí admiraba lo grandioso y masculino de esos hombres forjadores de su patria, pero lo que más valió para el "Maestro" fue lo sincero y humano en ellos. Mientras por un lado citaba a este tipo majestuoso, despreciaba franca y abiertamente a aquellos hombres norteamericanos que carecían de las deseadas cualidades. En términos generales se puede decir que sus comentarios favorables hacia el estadounidense son escasos, aparte de lo que escribió de los "Norteamericanos," ese grupo

especial. El hombre que cabía dentro de un marco universal merecía la admiración de Martí; el que no reunía tales calificaciones usualmente ganaba el desprecio del "Maestro" en sus escritos periodísticos. Sería un error decir que Martí no reconocía la existencia del "hombre mediocre." Muy al contrario. La vida de Martí estuvo impregnada de un profundo sentir por el "hombre mediocre," la clase humilde y el desgraciado. Pero Martí culpaba al "mediocre" norteamericano sólo por serlo; parece lógico pensar que Martí tomaría en cuenta la existente condición social del país antes de culpar tan severamente al "mediocre." Así no fue con entera consistencia. Muchas veces dejaba caer su crítica donde menos debía caer—encima del "mediocre." Todo lo que escribió Martí sobre los Estados Unidos no es admiración, ni es crítica. Admiraba muchos aspectos de ese país, pero aun en lo que la agradaba, podía encontrar fallas.

Así veremos que el Martí que llegó a Nueva York en el año 1880 fue un Martí muy distinto quince años después. La primera carta escrita a La Opinión Nacional en el año 1881 todavía atestigua un esfuerzo sumamente honesto en el cual es notorio un fuerte sentido de identificación con el norteamericano y la pena que sentía por la muerte inesperada del Presidente James Garfield. Quizá nunca después llegara Martí a tal punto de acercamiento con el pueblo norteamericano. Porque con cada nueva carta que escribió a través de los años, el

"Maestro" se convertía en un observador mucho más crítico y dudoso de las costumbres norteamericanas, y al final sus cartas y escritos delineaban una tendencia de sospecha y franco disgusto por lo norteamericano. Por poco nacionalista que se sea, algunas de las cartas de Martí siempre parecerán de bastante mal gusto y de intento malicioso. Lo anterior no se debe tomar como un desafío abierto a los martiódilos: ellos no piensan así por idolotrar al Apóstol (cosa que no es fácil de evitar, considerando el caso de ese hombre extraordinario) y por razones patrióticas.

Las razones de esta actitud de Martí son fáciles de adivinar. En primer lugar, tenía un verdadero temor a la política expansionista de los Estados Unidos y a la penetración cada día más agresiva de capital norteamericano en los países latinoamericanos. Para quien ame la libertad y el libre comercio, un imperialismo de gran dimensión es fatal. En segundo lugar, los Estados Unidos—estado y ciudadano—cabían justamente en el plan de Martí para la revolución cubana. Es decir: lo más importante en la organización de la revuelta era la razón del movimiento, o sea, la causa. Esta causa muy bien podría haber sido no sólo la liberación cubana de España, sino también de los Estados Unidos. Es curioso que la crítica de Martí hacia la primera potencia opresora—España—no fuera más dura de lo que era. Estados Unidos parecía un ogro al lado del tiránico cacique español. Habían, seguramente, motivos detrás de esta

actitud especial de Martí. Lo más probable es que fuera por el temor, primero, y por una inspiración o causa revolucionaria después.

Los eruditos en asuntos martianos se apresuran a apuntar la neutralidad de Martí, o más bien la objetividad de sus reportajes, cuando algunos de sus últimos escritos causen asombro por su aparente odio y desprecio de lo que en muchos casos, al menos anteriormente, había podido elogiar o encontrar de agrado con su manera de pensar.

Entiéndase bien: admiramos grandemente a Martí y a su obra, mas no dejamos de reconocer este aspecto en su personalidad. Las siguientes citas no son rebuscadas por lo que tienen que ver en pro o en contra de los Estados Unidos. Son fragmentos que los expertos suelen tener a mano como ejemplos de esto, eso o aquello, pero jamás como ejemplos de lo que nosotros consideremos una gran falla en el Apóstol: el odio del representante y vocero de un gran pueblo, el de Hispano América, hacia otro pueblo de igual grandeza, el de los Estados Unidos. Veamos esas muestras, algunas de las cuales aparecieron en Patria, su propio periódico, durante los tres últimos años de su vida. Quizá lo más abierto y franco viene del artículo "La verdad sobre los Estados Unidos," con el cual Martí inició una serie de testimonios sobre ese tema (entresacados de los mejores periódicos del país). En Patria predicaba estas

dos verdades útiles a nuestra América: el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos, y la existencia, en ellos continuas, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos. (Lex I-2038)

Patria no dio oportunidad de ver las dos caras de la moneda.

En su inconclusa carta dirigida a Mercado, escrita el día antes de su muerte, Martí explicaba más a fondo sus propósitos y sus deberes:

puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo--de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin. (Lex I-271-273)

En esa misma ocasión decía además: "Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas:--y mi honda es la de David" (Lex I-271-273). De otra de sus crónicas de Patria, extraemos lo siguiente:

los hombres entusiastas que, en su aborrecimiento a la tiranía, admiran sin examen suficiente las instituciones del pueblo norteamericano, sin ver que ellos no han logrado impedir la conversión del yankee demócrata y universal en el yankee autoritario, codicioso y agresivo, y que las instituciones no son más que el reglamento de los derechos, que han de amoldarse al pueblo donde rijan. (Lex I-660-662)

Veremos en otras partes de este trabajo que el tono general de

los escritos de Martí sobre los Estados Unidos impide que se considere a éste como elogioso—porque no lo fue. Pero Martí en muchos casos razón tenía al criticar lo que veía en el país. Por una parte, parece que el Apóstol tenía el propósito de derrumbar los "mitos" sobre la grandeza del Norte que tanta resonancia tenían en Sud América. En este sentido la labor de Martí es de cierta nobleza por querer elevar al hombre latinoamericano y por querer destruir cierto complejo de inferioridad que éste posee frente al norteamericano. Quizá lo más sobresaliente de toda la obra de Martí es la honestidad y sinceridad con que la escribió y su profunda convicción de estar en lo justo y lo honrado, aunque a los críticos pueda parecerles lo contrario.

A. "Norteamericanos"

Propiamente dicho, los ensayos que escribió Martí sobre los más ilustres norteamericanos no constituían una serie—iban incluidos en sus reportajes a los periódicos como noticias, generalmente de las muertes, de estos grandes hombres. Como hemos mencionado anteriormente, lo grande y lo universal de ellos era lo que cautivaba al escritor cubano. En este sentido se note de inmediato un contacto y relación firmes entre Martí, lo universal y lo real. El mismo confesó que los grandes hombres norteamericanos eran hombres de una naturaleza extraordinaria, y sentía admiración por esos "self-made men"—y esto es una admiración que nunca dejó de demostrar, aun si el

hombre "hecho por sí mismo" era un político o un poderoso que nada tenía en común con Martí y su manera de pensar. Después de tres años en los Estados Unidos, apuntó:

Seducen estas vidas milagrosas. Mueren en palacios reales hombres que nacen en cabañas, o bajo aleros de tejados. Una loba crió a Remo. ¡Mejor nodriza es la dificultad, que cria a estos hombres! En ellos no es la vida reflejo de libros, que hace pálido el rostro, inflama el cerebro y falsea la existencia: ni tradición de familia que echa al hombre a vivir cargado de cadenas: ni copia de obra ajena, que trueca al vivo en queso redondo vaciado en molde de quesos. (Lex I-1509)

1. Los intelectuales

Aunque es admiración profunda lo que reina en la mayoría de los artículos que van dentro del grupo de "Norteamericanos," existe algo más, quizá una especie de endiosamiento, hacia dos de estos norteamericanos en particular: Ralph Waldo Emerson y Walt Whitman. En Emerson encontró Martí la figura cumbre de la humanidad y es muy probable que más admirara a Emerson que a cualquier otro norteamericano. En él veía "la ciencia suma, la calma suma, el goce sumo" (Lex I-1051), y decía que "toda la Naturaleza palpitaba ante él, como una desposada" (Lex I-1051). "No era posible verle sin desear besar su frente," decía más adelante Martí, añadiendo que "su mente era sacerdotal; su ternura, angélica; su cólera sagrada" (Lex I-1053). Martí pensó que su manera de considerar a sus semejantes era en cierto modo análoga al pensar de Cristo, y dejó esto como testimonio de fe: "...¡Anciano maravilloso, a

tus pies deajo todo mi haz de palmas frescas, y mi espada de plata!" (Lex I-1062).

Whitman del mismo modo cautivó a Martí, sino que en Whitman veía representada una nueva era de la democracia y la libertad del hombre. "Hay que estudiarlo," decía, "porque si no es el poeta de mejor gusto, es el más intrépido, abarcador y desembarazado de su tiempo" (Lex I-1134). También lo universal notaba en Whitman: "El es de todas las castas, credos y profesiones, y en todas encuentra justicia y poesía" (Lex I-1140).

Igual que a estos dos hombres, Martí hallaba en Bronson Alcott las cualidades de la "escuela" de Emerson y Thoreau, el transcendentalismo. Alcott, educador dedicado afanosamente a un pensamiento nuevo—el buen trato en vez del castigo físico, era para Martí "un hombre puro," amigo de todos. "¿De dónde sino del trabajo y de la vida natural había de venir hombre tan puro?" preguntaba Martí (Lex I-1171). Consideraba a Longfellow como amigo, compañero por ser buen poeta, y porque su vida tenía

aquella mística hermosura de los hombres buenos; el color sano de los castos; la arrogancia magnífica de los virtuosos; la bondad de los grandes, la tristeza de los vivos, y aquel anhelo de muerte, que hace la vida bella. (Lex I-1195)

La materialización del pensamiento de Whitman en cierto sentido surgió en la personalidad del individualista Courtland Palmer, la encarnación de lo que el hombre libre debía ser. No eran las contrariedades, decía Martí, sino

la alianza de este tipo humano con el de su pueblo, y el ser ejemplo vivo de lo que en los caracteres constantes de la humanidad, que van por tipos como las especies físicas, influyen las condiciones accidentales de la sociedad en que funcionan. (Lex I-1255-1256)

Martí encontró bastante eficaz la manera de trabajar del historiador George Bancroft, pero hizo hincapié de que "le falta ese calor de humanidad que liga al lector con el autor del libro" (Lex I-1232). Además, el Apóstol encontró una falta de imparcialidad en los escritos de Bancroft y le criticó fuertemente, diciendo "todo atentado contra el derecho, en tierra propia o ajena, es crimen en un hombre de pensamiento" (Lex I-1232). Nostalgia, dulzura y ternura veía Martí en el traslado del cadáver del poeta John Payne a los Estados Unidos desde el sitio del entierro en Túnez. Lo calificó de "bello...como Byron y como el historiador Motley," pero que por la impaciencia, "dio de sí antes de recibir en sí" (Lex I-1201).

El propio Martí, orador de gran fama y habilidades, cobró especial interés en los oradores norteamericanos, y hasta comentó una vez que era curioso ver como los representantes estadounidenses se iban convirtiendo en lectores en vez de oradores (Lex I-1583). "Green que, si dejan el vuelo a la elocuencia airosa, se les ha de acusar de romanescos e inexpertos" (Lex I-1583), decía. Eso fue, por cierto, una aclaración general, porque reservó Martí algunos de sus más

fervientes elogios para los destacados oradores norteamericanos de la época. La palabra de Henry Ward Beecher "llevaba los bordes rizados por los colores fogosos de la nueva luz" (Lex I-1063), y encontraba su oratoria "pintoresca, su dialecto eclesiástico, embellecido con una natural poesía" (Lex I-1067). En otra ocasión describía su palabra de "azote, canto, arretrato indignado; bufonada, chiste," y "brusca, sincera, cándida, llana, la palabra yankee" (Lex I-1343). Al gran defensor de los negros, Wendell Phillips, Martí le dedicó muchas palabras alhagadoras no sólo por la filosofía de su vida, sino por su oratoria. Escribía que "parecía venirse sobre el público, como cerrada nube negra, y abrirse en rayos;" notaba en su manera de hablar una "llovizna de flechas" y "plática, popular y amena" (Lex I-1080). Decía Martí: "Esa fue su vida: ministerio sereno de justicia," y "esa fue su oratoria: afilada, serena, flameante, profética, tundente, aristofánica" (Lex I-1082). En Phillips también, el Apóstol veía representado lo grandioso de la humanidad, y por lo que era, lo consideraba el más importante de los oradores norteamericanos.

En cambio, Martí opinaba que Roscoe Conkling era el "más gallardo y literario de los oradores de los Estados Unidos" (Lex I-1162), pero que a la vez "jamás hubo ejemplo tan patente de la esterilidad del genio egoísta" (Lex I-1162). La figura política de Conkling era para Martí algo de demasiado poder e influencia y lo criticaba porque "No tomaba

opinión de la masa, sino que le echaba su opinión" (Lex I-1166). Comparando este astuto político con Phillips, apuntaba Martí que "a Conkling no le sedujeron, como al generoso Wendell Phillips, las delicias secretas y premios ocultos de defender a los humildes, sino las pompas del combate ostentoso en las asambleas" (Lex I-1164). El "haber sobresalido en una democracia sin cortejarla" (Lex I-1168), significaba para Martí lo más notable de Conkling. Y en Henry Garnet, el gran orador negro, encontraba el Apóstol un hombre sin prejuicios, un hombre que amaba a todos sus semejantes—en fin, un ejemplo para toda la humanidad. Otro hombre de grandes dimensiones, Henry Grady de Atlanta, había hecho, según Martí, sólo con su palabra "más en una hora, para el acercamiento del Norte y el Sur, que elecciones y leyes, y negocios y politiqueros en veinticinco años" (Lex I-1282).

2. Los militares.

En términos generales, podemos decir que Martí tenía poco aprecio por los militares. El militar era un servidor del pueblo, decía Martí, y no debía ser servido por el pueblo ni se debía servir de su pueblo. Entonces los militares que sí cumplían con sus deberes ante los ojos de Martí eran hombres de inestimable valor. Pero siendo oriundo de un país apretado por una fuerte mano militar y siendo hijo él mismo de un militar, Martí siempre guardaba un poco de precaución en su trato con la milicia. Y su determinación de que

la revolución cubana tenía que ser producto del pueblo y no de la fuerza armada le causó contratiempos con el General Gómez posteriormente. En una ocasión, Martí escribió:

No hay fraternidad más temible en las repúblicas que la de los militares, por cuanto, a más de fortalecerse por el interés común, viene de hechos heroicos que apasionan con justicia a los pueblos y hacen conmovedora y sincera la unión de los que los realizaron juntamente. (Lex I-1230)

El soldado norteamericano era para Martí un hombre de honor profesional. Su abstención de la política le hacía un hombre de mucho más valor y con su actuación en la Guerra de Secesión se había distinguido sobremanera. Sin embargo, han habido varios militares que después de una carrera brillante en las armas, se han metido a la política—y casi sin excepción han fracasado, unos en un grado más acentuado que otros. El caso ejemplar es el de Ulyses S. Grant, sin lugar a dudas uno de los más grandes militares de todos los tiempos y a la vez uno de los presidentes que menos se ha destacado como político y estadista. La muerte de Grant fue conmovedora; todo el pueblo norteamericano se estremeció porque había muerto el hombre que hizo militarmente para el Norte lo que había hecho Abraham Lincoln política y cívicamente. En cuatro artículos para La Nación, Martí sintetizó la vida del gran militar y explicó con profundidad las razones porque gozaba Grant de tanta popularidad en los Estados Unidos. Sus faltas de político no eran tanto suyas, sino de sus consejeros y sus ayudantes sin

escrúpulos, que le pasaban múltiples documentos y asuntos que él aprobaba y firmaba sin entenderlos, según Martí. Pero como militar, Grant tenía todo el respeto del escritor cubano. Martí dibujaba hábilmente la relación entre Grant y Wm. T. Sherman—Grant el guerrero y Sherman el estratega—y señalaba que Grant no "iba a hacer la guerra de libro, sino a ahorrar gente; a acabar pronto; a exterminar el poder militar del Sur" (Lex I-1112). Elogió grandemente la determinación de Grant de "entregar a la Unión al rebelde para siempre abatido, sin que jamás manchase su triunfo un acto de inclemencia o injusticia" (Lex I-1113). Sin embargo, culpaba a Grant por querer llevar a la Casa Blanca y al seno del gobierno todo el mismo manejo de un ejército y las prácticas de la guerra. "Grant es ese—escribía—que se ha traído las botas de campaña a la Casa Blanca, y yerra" (Lex I-1124).

Del mismo modo Martí admiraba a Sherman, otro gran general de la guerra civil y fiel ayudante de Grant. Su militarismo, su energía inapagable, su intensidad, su certeza, su habilidad y quizá la grandeza de sus actos en comparación con la pequeñez de su estatura eran todos admirados por Martí, siendo lo más sobresaliente de aquel hombre su humildad y honradez. Otra crónica sobre la muerte del General George McClellan citamos como buen ejemplo de la actitud de Martí frente a los militares: la dedicación de McClellan a lo derecho y su desprecio absoluto de ambiciones políticas eran lo

que más valía para Martí. "McClellan era de fina naturaleza" (Lex I-1225), escribía, y citaba su filosofía estrecha de la caballeridad en la guerra. En cambio, el General John A. Logan, otro destacado militar de la guerra civil, representaba lo opuesto y Martí dejó caer su dura censura encima de él por su ambición al poder estatal:

El mundo no ha de sentirlo, porque no añadió nada al pensamiento humano, ni vivió para el bien de los demás, sino para su propio encumbramiento y triunfo... (Lex I-1229)

El Partido Republicano levantó a Logan en alto—fue candidato a la vice-presidencia y posible candidato a la presidencia en las próximas elecciones, pero le ganó Garfield, lo cual fue para Martí representativo del triunfo de la justicia y el derecho.

En cuanto al gabinete del Presidente Benjamin Harrison, el cual tenía varios ex-generales como ministros, Martí decía:

no son generales de oficio, de los que se ponen la nación como plato debajo de la barba, a comer de ella... sino de aquellos que de la mesa de enseñar, del banco cómodo del legislador, del asiento pingüe del juez, salieron, con el patriotismo y con el genio, a defender la patria en peligro. (Lex I-1265)

Y eso para Martí era lo más importante: la no participación del militar en el gobierno.

3. Los políticos

La política en sí no era, por cierto, grata a Martí. Su actuación política fue eso por falta de otro nombre,



pero el "Maestro" tenía ideas bien fijadas en contra de la política, lo cual impide que se le califique de político. Cuando estuvo en los Estados Unidos, Martí tuvo oportunidad de ver actuar a un grupo raro de hombres—hombres ansiosos del poder, hombres egoístas y mezquinos, hombres que no tenían por bien los intereses del pueblo. Estos eran los políticos. Claro está que había políticos malos y políticos buenos, pero desafortunadamente parece que esa época de la historia de los Estados Unidos carecía más de los buenos que de los malos. Le tocó a Martí conocer a estos últimos. Pero el Apóstol, quizá sin darse cuenta de ello, arbitrariamente dividió en dos grupos a los hombres que iba conociendo. En realidad, los buenos pertenecían a los tiempos de la formación de la Unión Americana, mientras que los malos surgieron en la época en que vivió Martí. Así separó Martí de manera general los unos de los otros, pero aun en sus tiempos en los Estados Unidos había muchos hombres honrados, que si lo eran, ganaban elogios del corresponsal de La Nación.



George Washington representaba para Martí la epitomía de los hombres buenos norteamericanos. En él, veía el gran ejemplo del libertador americano y aclamaba su papel como un poder espiritual en la formación de la Constitución, como el hombre que vivía por su patria, el que nunca aprovechó de sus poderes de líder e influencia en la formación y la cimentación del país. Washington era uno de los patriotas que más estimaba

Martí por su sinceridad, habilidad, propósito, inteligencia y atractivo personal, todo lo cual vino a ser símbolo de la libertad. Además, Martí le daba a Washington todo el crédito del éxito que tuvo la reunión de los constituyentes. "Por Washington, que juntó sobre su corazón a los partidos hostiles, salió triunfante de sus primeras pruebas la Constitución" (Lex I-1271), escribió en una ocasión. Antes, al describir las fiestas de la Constitución en Filadelfia para los lectores de El Partido Liberal de México, comentaba que al terminar el desfile de las fiestas: "y vacío, porque no hay nadie que pueda ocuparlo con justicia, cerraba la procesión el coche dorado de Washington" (Lex I-1244). Sin embargo, a pesar de toda la grandeza del gran americano, Washington era para Martí "menos infortunado que Bolívar, porque fue menos grande" (Lex I-1450).

Otro norteamericano, Benjamin Franklin, ganó la estimación de Martí, quien, como algunos norteamericanos, veía sus fallas: "Allí se ve a Franklin como fue, sin que los defectos que tuvo, que no fueron pocos, basten a deslucir la majestad de su intelecto y la ternura y pureza con que amó a su patria" (Lex I-1287). En su crónica sobre las fiestas de la Constitución, el corresponsal delineaba muy bien todos los personajes de la primera convención llamada para tratar el asunto de una magna carta para las colonias. Sin embargo, de todos los grandes hombres de Norte-América, Washington era para Martí la figura cumbre.

Lincoln también fue admirado por Martí, pero poco escribió sobre el Gran Emancipador. Tal vez lo que más sintetiza su actitud frente a Lincoln sea su frase célebre:

Amamos a la patria de Lincoln, tanto
como tenemos a la patria de Cutting. (Lex I-649)

Lincoln le pareció de "santa grandeza" y un "hijo sublime de los de abajo," y era un hombre "de los que se llaman providenciales" (Lex I-1572).

Los hombres de su época le eran a Martí, sin embargo, más conocidos y escribió largamente sobre algunos de los más destacados políticos—buenos y malos. Por ejemplo, consideraba a Samuel Tilden "enorme" por su abnegación a tomar la presidencia, aunque la había ganado legalmente en las elecciones, "si había de costar una sola vida de conseguirlo" (Lex I-1228). Al morir Tilden acrecentó su grandeza a los ojos de Martí por un regalo que hiciera de tres millones de dólares para fundar una biblioteca.

A la vez aprobaba la actuación del Secretario de la Marina, Wm. C. Whitney, en un caso de soborno, cuando sacó a luz una serie de discrepancias de contratos (Lex I-1221-1224). Y admiraba a Judah P. Benjamin, Ministro de Justicia de la Confederación, elevándolo como un ejemplo para la juventud: "Todo hombre joven, cuando siente que se le aflojan los brazos desmayados, debe pensar en Judah Benjamin" (Lex I-1215).

El "juego limpio" en la política era lo que más admiraba Martí en el Presidente Grover Cleveland, quien ganó toda la

simpatía del escritor cubano a través de los años—según el juicio de Martí, Cleveland era uno de los hombres más honrados de la vida público-política de esa época:

Y esto tiene de magno Grover Cleveland; que en época de política corrupta ha traído la virtud a la política; que, lisonjeado, cortejado y puesto en peligro, ha salvado su carácter entero y sencillo de tentaciones y de riesgos. (Lex I-1221)

Al par de los elogios constantes hacia Cleveland son los de Garfield, el presidente que murió a manos del asesino Guiteau. Mucho escribió sobre el difunto, pero lo más impresionante es el detallado estudio que hizo Martí sobre ese oficial norteamericano. La muerte de Garfield fue tema del primer escrito de Martí para La Opinión Nacional y quizá fue en esa carta al Sr. Aldrey en donde más se percata el acercamiento de Martí al pueblo norteamericano. Todo lo de Garfield y los sucesos de la época dejaron una impresión vívida en Martí, que se esforzó en no perder ningún detalle que pudiera tener importancia en sus crónicas. Decía Martí:

y ha muerto, dueño de una de las fomas más límpidas del Orbe...Vuela un alma del cuerpo, y queda viva, acariciada, abrigada en los lugares que iluminó con su energía, en los espacios que llenó con sus voces, en el pueblo que defendió con su bravura, en los corazones que confortó con su cariño. Quien vive para todos, continúa viviendo en todos ¡dulce premio! (Lex I-1175-1176)

Y a pesar de los "compadrazgos y cábalas" del Presidente Chester A. Arthur, Martí le citaba por haber defendido en dos

ocasiones en las cortes a grupos de negros para conseguir sus derechos como se garantizaban en la Constitución. Admitió que la historia de Arthur estaba en las intrigas políticas de su partido, pero "no quiso sacrificar a su ambición la honradez que iluminó su espíritu en la emoción de la catástrofe" (Lex I-1160), y que "se ha muerto de deseo, celebrado por las gracias de su persona, y por haberla redimido" (Lex I-1160). Siempre lo consideró "caballero" pero demasiado enredado en la política para serle útil a su pueblo.

Otro de los norteamericanos desdeñados en parte por Martí era el Vice-Presidente Thomas A. Hendricks, hombre solitario que murió de deseos fervientes por llegar a la presidencia. Su apetito fue "un apetito que mata hombres" (Lex I-1146); comentaba:

fue persona de mucha honestidad privada, pero muy amiga de las vanidades políticas, tanto que, para verlas satisfechas, siempre miró más a complacer a los que podían asegurárselas que a los grandes intereses del Estado. (Lex I-1145)

Al mismo tiempo, Martí pensaba que el Presidente Rutherford B. Hayes era "reformador pretencioso e incompleto que encubría sus venganzas y compromisos con disfraz de moralidad pública..." (Lex I-1153).

4. Otros personajes

Quizá el más representativo del hombre "hecho por sí mismo" fue Peter Cooper, industrial norteamericano que Martí admiraba profundamente. No sólo escribió Martí sobre él para

incluirlo en "Norteamericanos," sino varias fueron las veces que le mencionó en artículos sueltos y en sus cartas. Decía que para Cooper "no era un mérito hacer el bien, sino un crimen dejar de hacerlo" (Lex I-1073) y más adelante señalaba que "jamás se detuvo en un intento, sino hasta hallarlo, y acudir a otro" (Lex I-1074). A pesar de haberle escrito a Mercado una vez "ese 'Peter Cooper' fue una mísera correspondencia mía, escrita a pie..."⁽¹⁾ el reportero hábilmente explicó sus razones del por qué admiraba a Cooper: su filosofía del trabajo, su sentido de responsabilidad ante los pobres, su propia falta de educación formal y su afán de educar a los demás. "Se veía como el administrador de su riqueza, y no como su dueño" (Lex I-1076), y orgulloso de este hombre ejemplar, apuntaba:

millones le traía su industria, millones devolvía su caridad. Y calladamente, y sin que nunca permitiera premio fastuoso, ni formal reconocimiento, ni alabanza pública (Lex I-1076)

Martí hacía frecuente mención de la grandeza de la industria norteamericana y la bien empleada técnica. Creadores del famoso Puente de Brooklyn, que Martí conocía y admiraba, eran los Roebling—padre e hijo—que superaron muchos obstáculos materiales y cumplieron con sus propios deseos de ver terminada su obra. Martí comentaba este caso extraordinario del padre y su hijo, este último ayudado profusamente por su esposa cuando él enfermó, y sus esfuerzos en la terminación del puente. Admiraba la responsabilidad y la unidad de la familia.

Contaba el Apóstol las hazañas del gran bandido Jesse James con tono de admiración por su parte y en tono de reproche y censura por otra hacia el pueblo y gobierno norteamericano por considerarlo algo así como un dios. Mas criticaba duramente el trato dado al cadáver de James, que fue llevado a la tumba con gala de héroe. Esto, según Martí, era una falta del gobierno y de sus oficiales por haber permitido que James viviera, aunque elogiaba la habilidad del hombre y reconocía que el bandido "hubiera sido capitán de tercio en Flandes" (Lex I-1198) en tiempos del ducue de Alba o "buen teniente" de Pizarro.

B. La escena norteamericana

No ha habido escritor extranjero que haya conocido— y descrito tan profusamente—los Estados Unidos como José Martí. Esto es verídico aún hoy en día, en la era de un periodismo por cierto más extenso pero a la vez más superficial. Sobre tema cualquiera Martí escribía como pocos; el hecho de que escribió abundante material sobre los Estados Unidos de Norteamérica coloca a Martí a la cabeza de la lista entre los periodistas extranjeros que han observado y comentado el modus vivendi norteamericano.

Es interesante observar de paso las transformaciones que se efectuaron en el modo de pensar de Martí durante los quince años que vivió como desterrado en los Estados Unidos. Lo sobresaliente de sus primeros escritos sobre el país del Norte es

un aparente afán de descubridor, el afán del estudiante que viaja anheloso de conocer y aprender. Con el tiempo, un cambio indiscutible se apoderó de Martí; como todo estudiante, se iba convirtiendo poco a poco en sabio y conocedor de su especialidad; en este caso la especialidad de Martí comprendió todos los aspectos de la vida estadounidense y su gente. La diferencia entre la "filosofía" anglosajona y la hispanoamericana siempre ha sido y será grande; y por mucho que hubiera querido, Martí no pudo asimilar esa filosofía, que era quizá más material que el positivismo hispanoamericano. Esto en sí no es una falla; pero es de notar cuando se leen las crónicas de Martí sobre los Estados Unidos. Apuntamos lo anterior por una sola razón; no se puede estar de acuerdo con todo lo que dijo Martí sobre ese país ni de manera alguna se puede aceptar que escribiera con la imparcialidad que algunos autores suelen señalar. Desde muchos puntos de vista, Martí tenía razón en criticar a los norteamericanos; desde otros, consideramos que su crítica carecía de buen gusto y pensamiento mesurado.

Las críticas y ataques que hizo Martí contra los Estados Unidos le causaron frecuentes tropiezos—no en Norteamérica, sino en su propia hispanoamérica. El Sr. Aldrey de La Opinión Nacional le recomendó que no tocara "los vicios y costumbres" del país, lo cual ocasionó la renuncia de Martí al puesto de corresponsal del periódico caraqueño. Después fue Bartolomé Mitre y Vedia de La Nación de Buenos Aires que "le llamó

también la atención y suprimió parte de una de sus cartas"(2) que él consideraba perjudicial para su diario, aunque eran verdades innegables. Domingo Sarmiento le criticó por poner demasiado del latino y no lo suficiente del norteamericano en sus crónicas. Contemporáneamente, al crecer el endiosamiento de Martí, los escritores y conocedores de asuntos martianos, se han parcializado a tal punto que les parece que Martí era incapaz de cometer un error o emitir un mal juicio.

Sobre todo hay que tener en cuenta que Martí, a pesar de su estancia tan larga en los Estados Unidos, siempre vio los sucesos y las costumbres norteamericanos a través de ojos hispanoamericanos. Sin embargo, como periodista fue fiel a su misión informativa y abarcó múltiples temas e ideas de la vida norteamericana, sólo describiendo lo ocurrido y dejando sus comentarios personales y críticas a un lado.

Por ejemplo, entre los variados temas de sus obras completas, se encontrarán reportajes sobre incendios de Nueva York, el centenario de la batalla de Yorktown, estadísticas sobre la capacidad del acueducto de Croton mientras Nueva York sufría de una sequía, Coney Island, la ópera en los Estados Unidos y la voz de Adeline Patti, Booth y Rossi en "Hamlet" de Shakespeare, el joyero Tiffany y sus mostradores de Navidad, las fiestas de los judíos, el invierno en Nueva York y las nieves y los patinadores en Central Park, los "inns" donde se tomaban los licores y bebidas especiales para invierno, el interés del

boxeo en el país, los torneos de "caminadores," el desbordamiento del Río Mississippi, la expedición ártica del Capitán de Long, el espectáculo del Puente de Brooklyn y el tranvía del Puente, Washington Irving, el millonario Vanderbilt y sus generosos donativos al Colegio Médico de Nueva York, las fiestas de la Confederación y su ex-Presidente Jefferson Davis, el matrimonio del Presidente Cleveland, la grandeza y sensación del espectáculo de Buffalo Bill, todo el horror y espanto del terremoto de Charleston, las fiestas de la Estatua de la Libertad, el proceso del rico tranviario Jacob Sharpe por soborno, las demostraciones de afecto para el excomulgado Padre McGlynn, el primer congreso antropológico celebrado en los Estados Unidos, las ferias campestres, el centenario de Washington, las ceremonias funerarias para un militar chino, el conflicto germano-americano por Samoa, los jugadores del Sur y las riquezas que ganaban y perdían, los escándalos bancarios, la universidad del pueblo—Chantanqua, exhibiciones de flores, la producción de los libros norteamericanos, el tabaco y sus usos medicinales, el empleo del abono de la tierra, las escuelas de ciencia, mecánica, artes y oficios, trabajos manuales de Nueva York, exportaciones de maquinaria agrícola a Hispanoamérica, el gimnasio en casa y sus ventajas, la demanda por plumas de avestruz en los Estados Unidos, el ferrocarril entre México y los Estados Unidos, la muerte de Garfield y el subsiguiente proceso de su asesino Guiteau, las exposiciones

industriales y agrícolas en varias ciudades norteamericanas, etc. ¡Es verdaderamente una lista sin fin! Los escritos de Martí constituyen un compendio de la historia de los Estados Unidos durante más de diez años, desde su llegada allí en 1880. La lectura de estas crónicas es sumamente reveladora para el que desconozca la historia de los Estados Unidos durante esa época. Lo que escribió Martí es verdadera historia—la historia vista desde un punto de vista humano y parcial, de gran valor literario y estilístico. A continuación veremos detalladamente los aspectos más importantes de las correspondencias del "Maestro" sobre los Estados Unidos.

1. La vida norteamericana

Fue corto el tiempo que pasó antes de que Martí se dedicara a la observación "profesional" de los Estados Unidos. En tres largos artículos publicados en The Hour, con el título de "Impressions of a Fresh Spaniard," inmediatamente se nota que el Apóstol desde su llegada se percataba de las idiosincrasias de lo norteamericano. Reconocía el valor de la independencia personal de cada ciudadano y la libertad extraña de la que gozaba el pueblo, pero a la vez notaba Martí una falta, un vacío en la vida espiritual del país. Esto, según él, provenía de una completa dedicación al enriquecimiento personal y al poder material. No obstante, observaba: "Aquí uno puede estar orgulloso de su especie. Todos trabajan, todos leen."⁽³⁾ Martí, sin embargo, tenía cuidado en no dejarse cautivar por lo

que admiraba tanto de ese ambiente nuevo. Aunque escribía "...nunca sentí sorpresa en ningún país del mundo que visité. Aquí quedé sorprendido,"⁽⁴⁾ tenía aprensiones y advertía:

El poder material, como el de Cartago, si crece rápidamente, rápidamente declina. Si este amor de riqueza no está temperado y dignificado por el ardiente amor de los placeres intelectuales, si la benevolencia hacia los hombres, la pasión por cuanto es grande, la devoción por todo lo que signifique sacrificio y gloria, no alcanza parejo desenvolvimiento al de la fervorosa y absorbente pasión del dinero, ¿adónde irán? (5)

Martí de ninguna manera fue único en pensar así. Lo anterior es una crítica común que se hace de los Estados Unidos y es una crítica que consideramos injusta por varias razones: en primer lugar, hay que recordar que los Estados Unidos terminaban un período de "transformación" cuando Martí llegó allí. No había tiempo para dedicarse a los aspectos culturales de la vida con el afán deseado por Martí por el hecho de que todo el mundo se concentraba en establecerse y en edificar su país. En segundo término, como una advertencia o profecía, la opinión de Martí en este caso tenía poco peso cuando se consideran los adelantos logrados en la vida cultural de los Estados Unidos durante los últimos setenta años. Citemos a continuación sólo unos aspectos: existen más orquestas sinfónicas en el país que en cualquier otra nación del mundo; hasta hace muy poco se imprimían más libros en los Estados Unidos que en otros países; Estados Unidos queda segundo en el mundo en número de



profesores por cada 1,000 habitantes (Argentina le gana por escasos puntos); el teatro es propiamente del pueblo y no hay "high school" que no presente al menos una comedia al año; las bibliotecas juegan un papel importantísimo en la vida cotidiana del país, etc., etc. Las personas que vienen de países menos desarrollados suelen citar la falta de cultura que existe en los Estados Unidos; su razonamiento es juvenil, celoso; cuando no tienen las comodidades materiales siempre pueden recurrir al adelanto de su cultura y una ridícula comparación con la de los Estados Unidos, como manera de justificar su igualdad.

Varias fueron las veces que mencionó Martí este mismo tema. De esa dedicación a lo material que indicaba el Apóstol en varias ocasiones, surgieron una serie de actitudes y comentarios por parte de él, con los cuales no estamos de acuerdo. Por ejemplo, escribía "sé que a esta nación enorme hacen falta honradez y sentimiento" (Lex I-1598). Es un cargo grave contra la gente norteamericana el acusarla de carecer de honradez y sentimiento. Por generalizarlo lo dicho es erróneo; se estaría igualmente equivocado en calificar a los cubanos, a los franceses o a los chinos de no tener honradez y sentimiento. Y su opinión de que "los hombres no se detienen a consolarse y ayudarse. Nadie ayuda a nadie. Nadie espera en balde" (Lex I-1754) nos parece también demasiado general para haberse escrito en una correspondencia a un periódico de tal honradez como era

La Nación. "Sólo en unos cuantos espíritus finos subsiste como una paloma en una ruina, el entusiasmo" (Lex I-1754) notaba en el mismo reportaje. Nosotros diríamos que el entusiasmo siempre ha sido una de las características más sobresalientes en el norteamericano; si no fuera por el entusiasmo, ¿cómo se podría explicar su avance en todos los ramos de la vida? Y Martí veía aun en los niños norteamericanos muestras de lo que él llamaba "el mal de la época." Nos reservamos los comentarios:

No es malevolencia, no, sino verdad penosa que acá ni en los niños siquiera se nota más deseos que el de satisfacer sus apetitos, y vencer a los demás en los medios de gozarlo. (Lex I-1754)

Martí, sin embargo, frecuentemente no pudo dejar de expresar su admiración por los Estados Unidos. Cuando Cleveland recibió la noticia de su nominación a la presidencia, decía el reportero, le tembló la mano porque iba en camino a ser jefe "del pueblo más libre y grandioso de la tierra" (Lex I-1215). Llamaba a los Estados Unidos "país en peligro" porque la

conciencia de la fuerza y el apetito de la fortuna tienen en riesgo el decoro nacional, la independencia de los pueblos vecinos y la independencia del mismo espíritu humano acaso; pero grandioso país, a pesar de eso, donde el hombre se elabora y ejercita sin más trato ni límite que los naturales que le impone la vecindad de los demás hombres. (Lex I-1120)

Quizá lo que Martí más admiraba de los Estados Unidos era la libertad. Esa libertad individual de la que gozaba el

norteamericano era para Martí algo extraño y siempre habló de ella en un tono que insinuaba que los norteamericanos no merecían lo que ellos mismos y sus antepasados habían ganado. El Apóstol trataba la libertad norteamericana como si fuera cosa propia de él, y la cuidaba celosamente, siempre temeroso de que las inmigraciones europeas la usurparan. A propósito de las inmigraciones (que después tratamos en la sección "Condiciones sociales") Martí opinaba que en ellas se basaba el futuro decaimiento o derrumbe de la casa de la libertad. Como guardián de la libertad de los Estados Unidos Martí advertía que "los políticos de oficio" y "las pasiones de los extranjeros" y "el descuido de los ciudadanos" serían culpables de una posible pérdida de ella. "Se disfruta aquí de tanta libertad, que sólo un ojo ejercitado puede ver lo que se va perdiendo de ella" (Lex I-1791), pero concedía que "una de las salvaguardias de la libertad...es la frecuencia...de las ocasiones de ejercitarla" (Lex I-1791). Notaba el descuido de la libertad, diciendo "un vaso de cerveza y una mujer vencida parecen a estos mozos de ahora la más gustosa de las libertades" (Lex I-1794). Estas observaciones son acertadas, y como profecías tienen resonancia. Sin embargo, no ha sido sino hasta hace muy poco que el norteamericano se ha convertido en apatriota. Con el tiempo, se va poniendo menos nacionalista. En la época de Martí el norteamericano sí era nacionalista (quizá nunca alcanzara el grado de jingoísmo que prevalece en otras partes aun

hoy en día) y su libertad y la memoria de los fundadores del país le eran sagradas. Viendo este aspecto de la vida norteamericana a través de ojos cubanos, Martí pudo darse cuenta de lo que se iba perdiendo, como advirtió en varios reportajes.

En el año 1880 Martí escribía que "la República popular se va trocando en una República de clases" (Lex I-1884) y notaba que los ricos y "privilegiados fuertes" se iban imponiendo a los que habían llegado al país "sin más fueros que los brazos y la mente" (Lex I-1884). Nosotros concordamos con estas observaciones; si fueron sólo comentarios, hizo bien Martí en hacerlos; si fueron críticas, pensamos que el "Maestro" se equivocaba. Hay que acordarse de dos puntos importantes que influenciaban en esto: 1) la naturaleza misma del hombre, y 2) lo que significa el libre comercio e intercambio. Es probable que estos dos puntos hayan sido más importantes que cualquier otro en la formación de la "República de clases." No obstante, vale la pena apuntar que ese sistema de clases se basaba, y se basa, solamente en la riqueza material y el que alcance ser acaudalado tiene toda oportunidad de participar de una vida social más lujosa y más falsa. El rico generalmente se considera igual al pobre, y vice-versa. El pobre asiste a la misma iglesia que el rico, y sus hijos se casan con las hijas de los ricos, y vice-versa. El problema de una división de la ciudadanía por raza y religión es otro fenómeno sociológico que más bien se debe a la ignorancia y la intolerancia, que a un sentido

de "clase." Hablamos en términos generales, por supuesto.

A través de los años las opiniones de Martí se iban cambiando; el "Maestro," al parecer, se amargaba más y más, desconfiaba de los norteamericanos y concentraba sus esfuerzos en opacar el carácter norteamericano. Afortunadamente, el norteamericano no es siempre como lo ha pintado Martí y el sencillo hecho de no serlo ha echado por tierra su crítica. Martí no fue feliz en los Estados Unidos porque era un simple ciudadano, un neoyorquino común. El ser extranjero le limitó a ejercer su voluntad en la vida pública, que seguramente le era doloroso, y para mantener un poco de su personalidad y no perderse entre la muchedumbre, prefirió sufrir como un reportero malpagado que como un empleado menor. Decía a Mercado:

me subleva y aturde, y vivo como acorralado y apaleado, y la brutalidad, deshonestidad, y sordidez que veo a mi alrededor y de que tengo que ser instrumento me imponen...como una cierva, despedezada por las mordidas de los perros...(6)

Con los años la desilusión acrecentaba y sus comentarios desde 1890 para adelante son muy probablemente el resultado de una desesperación que le causaba el caso de la liberación de Cuba por un lado, y el verdadero temor que tenía a la política de expansión de los Estados Unidos por el otro. Patria fue el vocero de esta condición mental; y aunque lo nieguen los marti-ólatras, e.g., Roig de Leuchsenring, Martí sí deseaba que los Estados Unidos ayudara a Cuba—claro está, sin obligaciones—en su lucha por la libertad sólo porque el vecino país debía

ser, en ojos de Martí, defensor de la causa contra la tiranía y la opresión, fuera donde fuera. Se quejaba de que Estados Unidos no apoyara materialmente a los otros países hispano-americanos en sus batallas contra la Corona Española, y es de suponer que quería lo mismo para Cuba. Pero la política norteamericana no funcionaba así, principalmente porque no le convenía, y como resultado Martí expresaba su disgusto a través de su periodismo. El siguiente trozo tiene fecha de 1893:

En el Norte no hay amparo ni raíz. En el Norte se agravan los problemas, y no existen la caridad y el patriotismo que los pudiera resolver. Los hombres no aprenden aquí a amarse, ni aman el suelo donde nacen por casualidad, y donde bregan sin respiro en la lucha animal y atribulada por la existencia. Aquí se ha repartido mal la tierra; y la producción desigual y monstruosa, y la inercia del suelo acaparado, dejan al país sin la salvaguardia del cultivo distribuido, que da de comer cuando no da para ganar. Aquí se amontonan los ricos de una parte y los desesperados de otra. El Norte se cierra y está lleno de odios. (Lex I-665-667)

Su desilusión de lo norteamericano se expresa mejor con esto:

Y si vemos afuera, y en lo de afuera a este Norte a donde por fantasmagoría e imprudencia vinimos a vivir, y por el engaño de tomar a los pueblos por sus palabras, y a las realidades de una nación por lo que cuentan de ella sus sermones de domingo y sus libros de lectura; si vemos nuestra vida en este país erizado y ansioso, que al choque primero de sus intereses, como que no tiene más liga que ellos, enseña sin vergüenza sus grietas profundas... (Lex I-667-670)

Y en 1894, en una carta dirigida a Gualterio García, decía Martí que "este Norte es como una momia galvanizada a puro ejemplo

y tesón, y tierra de donde todo nos expulsa" (Lex I-149).

Pero Martí admiraba el adelanto de la industria y el que la vida norteamericana exigiera tanto trabajo. Decía "jamás... adelantaron tanto los hombres en cien años" (Lex I-1243). En cuanto al trabajo, apuntaba que:

Hay que ser inteligente; eso es todo. Las puertas están cerradas para los torpes y perezosos; la vida está asegurada para los fieles a la ley del trabajo. (7)

Esto es cierto en términos generales, pero el porcentaje de "torpes y perezosos" que gozan de una vida acomodada es sorprendentemente alto hoy en día y muchos de ellos han tenido (generalmente) más comodidades que la gente preparada, lo cual se debe seguramente al movimiento sindical. Tómese el caso del albañil sin educación y del profesor de escuela en cuanto a remuneración se refiere; Martí vio el comienzo de esta tendencia con el nacimiento de los sindicatos.

Para terminar esta parte, creemos necesario indicar que nos parece que mucha de la crítica de Martí hacia los Estados Unidos fue el resultado de un gran descontento moral en él. Nueva York tenía cubanos, pero no tenía la naturaleza, la arquitectura, el ambiente de La Habana y la isla de Cuba. Martí añoraba todas esas cosas y nos parece lógico que no pudiera ser feliz mientras estuviera lejos de Cuba. Martí admitió, además, lo difícil de su tarea periodística en una posible contradicción de sus propias actitudes, al decir:

No se ven bien las maravillas cuando se esté dentro de ellas. Las colosales figuras, los colosales hechos, sólo a distancia adquieren sus naturales proporciones y se enseñan en su conjunto y hermosura. (Lex I-1598)

Y en lo siguiente daba a entender que quizá sus propios juicios no tuvieran el peso que podían haber tenido en otras circunstancias:

El gran corazón de América no puede ser juzgado por la vida desdibujada, la pasión morbosa, los deseos ardientes y angustiosos de la vida neoyorquina. En esta marejada turbulenta, no aparecen las corrientes naturales de la vida... no se pueden analizar a primera vista las virtudes y los vicios. (Lex II-582)

2. El norteamericano

a. La psicología del hombre

Esparcidos por toda su obra se encuentran comentarios sobre el carácter del hombre norteamericano y su modo de ser. Martí a su manera era un sagaz observador, y aunque sus opiniones sobre este tema varían desde lo acertado hasta lo equívoco, dio a sus muchos lectores lo que se podría considerar como una idea bastante clara del norteamericano. Recalcamos que Martí se equivocaba en más de una ocasión porque mucho dejaba que sus emociones guiaran sus pensamientos. Todo lo que se ha dicho anteriormente en cuanto a sus opiniones sobre la vida de los Estados Unidos se podría utilizar aquí. Mas en esta parte se encuentran algunas contradicciones que hacen dudar de la constancia o de la sinceridad de Martí; sin embargo, encontraba

al norteamericano igual que el hispanoamericano:

El rubio odia, engaña y cacarea como el trigüeño. El norteamericano se apasiona, se exalta, se rebela, se esturde, se compromete lo mismo que el hispanoamericano. (Lex I-1236)

Pero la actitud amistosa y fraternal entre Norte y Sur después de la guerra civil sorprendió a Martí y ocasionó el comentario que:

Hombres de hechura nueva y de tiempos rápidos son éstos que en veinte años aprenden a amar sin disimulo al que frustró sus esperanzas, diezmó sus feudos y los venció en guerra. ¡Estos son hombres, los que no empeñan la vida de generaciones y la paz de su pueblo en vengar derrotas y rumiar injurias! (Lex I-1098)

Según esto, Martí encontraba cierta nobleza en el carácter del sureño, que él evidentemente confundía con lo que nosotros consideramos testarudez. El pensamiento del sureño típico de ninguna forma coincidía con lo que profesaba Martí durante toda su vida—la hermandad de los hombres. La admiración de Martí hacia esto nos deja confusos. No sabemos lo que en realidad el Apóstol pensaba en el fondo.

Al hablar del General Logan, notaba que se atrevió a todo "sin miedo, ni respeto, ni derecho, que es nota del carácter en los norteamericanos" (Lex I-1231). Veía dos tipos de norteamericanos: el americano nuevo, "criado en medio de todo lo extraordinario" y que "desdeña, invade y puja, y no soporta frenos" (Lex I-1145) y los otros americanos de "abolengo antiguo" que traían de raza "un despego de todo lo que no es

nativo y una áspera complacencia de sí que...les da una cierta apariencia de aldeanos" (Lex I-1145). El hombre en sí era para Martí "fuerte tanto de mente como de cuerpo" (Lex II-582) pero se quejaba de su afán de ahogar en la "tempestuosa marea de los negocios los placeres intelectuales y refinados que nos encantan y nos ocupan en la vieja Europa romántica" (Lex II-582). "Se conserva bueno," decía, "porque está próspero; tiene la fuerza de la alegría; la gana por sus esfuerzos vigorosos" (Lex II-582). A pesar de esto, notaba que el norteamericano, que "apenas empieza a dar en los hijos de sus ricos muestras de afeminamiento" reflejaba en su arquitectura "el predominio de sus hábitos viriles," y no revelaba "hasta hoy en sus edificios aquella gracia femenil, nivel y gusto de la vida" (Lex I-1870). Sus ideas sobre el afeminamiento de los norteamericanos, se supone, serían bastante erróneas en el caso de viriles jóvenes ricos y demuestran una falta de criterio, aunque hubieran sido expresadas de buena fe.

Martí frecuentemente escribía de una falta de sentimiento en el carácter del norteamericano. Sólo, decía él, en ocasiones funestas podía verse que sí el norteamericano poseía algo de lo humano. Citaba la agonía y la muerte del Presidente Garfield como ejemplo de lo anterior, pero concluía "aquí los corazones no son generalmente sensibles...aquí se habitúa el alma al egoísmo y la dureza" (Lex I-1738). Mencionaba también una "rudeza general de espíritu que aquí aflige tanto a las mentes

expansivas y delicadas. Cada cual para sí" (Lex I-1666-1667).

El muy discutido materialismo que disgustaba tanto a Martí significaba para él lo peor en el carácter del estado-unidense. "Los hombres, a pesar de todas las apariencias, sólo están unidos en este pueblo por los intereses, por el odio amoroso que se tienen entre sí" (Lex I-1667) y sugería que "es necesario que se unan por algo más durable. Es indispensable crear a los espíritus aislados una atmósfera común" (Lex I-1667). "Fuera de negocios y de cierto círculo privilegiado," comentaba Martí, "salta acá a los ojos que los hombres no tienen nada que decirse, ni pensamientos finos con qué complacerse, y elevarse en común" (Lex I-1667). Evidentemente, algunos de sus conocimientos eran superficiales y equivocados. El hecho de que siempre vivió con hispanoamericanos, trabajó con ellos, dedicó su tiempo a un periódico publicado en castellano e impulsó la revolución cubana indica que pasó la mayor parte de su tiempo no con norteamericanos, sino con sus conciudadanos. Así no se puede conocer a un pueblo extraño.

El escritor cubano hacía comparaciones entre el norteamericano de su tiempo y el norteamericano que tomó parte en la fundación del país, y siempre dedujo que el norteamericano contemporáneo era un ser inútil frente a sus antepasados. Los primeros norteamericanos se distinguían por una "poderosa e ingenua sensatez que se trocaba en lo práctico" (Lex I-1544) y un "desamor...al ornamento" (Lex I-1544), lo cual era responsable

de la grandeza del pueblo estadounidense. Calificaba de "gozadores descuidados y rápidos" a sus contemporáneos que ya "no tienen fruición como la tuvieron sus padres" (Lex I-1544). Después, en su artículo "La verdad sobre los Estados Unidos" decía:

Y es de justicia, y de legítima ciencia social, reconocer que, en relación con las facilidades del uno y los obstáculos del otro, el carácter norteamericano ha descendido desde la independencia, y es hoy menos humano y viril, mientras que el hispanoamericano, a todas luces, es superior hoy, a pesar de sus confusiones y fatigas, a lo que era cuando empezó a surgir de la masa revuelta de dérgigos logreros, imperitos ideólogos e ignorantes o silvestres indios. (Lex I-2038)

Ya se ha comentado en una sección anterior nuestra opinión frente a sus "verdades" sobre los Estados Unidos. ¿De qué ciencia social sacaría Martí sus datos? No se sabe.

A pesar de todas sus desconfianzas, el periodista no podía dejar de expresar su admiración hacia dicho país y sus habitantes. Le fascinaba que:

cada hombre se debe aquí a sí mismo, el magnífico concepto de la libertad y decoro del hombre en que todos se mantienen y juntan, y produce espectáculos de viril y gigantesca indulgencia, o de pacífico y radical volteamiento, que en nada ceden al brío épico y resplandor marmoreo de la grandeza pública de Grecia. (Lex I-1709)

Esto está, ciertamente, contrario a otras críticas del norteamericano y a su modo de ser, y por estarlo, nos hace pensar que Martí en realidad sí admiraba a los Estados Unidos y que

sus otros escritos e ideas se deben leer con cierto cuidado y otorgando un mayor entendimiento a la personalidad del escritor. Cuando los norteamericanos absolvieron de culpa al Presidente Grant por su parte en el escándalo económico de una casa de comercio que abusó de su nombre y su cooperación, Martí se quedó verdaderamente impresionado por lo piadoso y humano del pueblo:

Profundamente generoso, o decoroso, o discreto es este pueblo norteamericano, que parece, al mirarlo por encima, egoísta y desatento; ¿cómo, si no, explicarse la tenaz bondad con que se negó a reconocer en Grant culpa alguna..? (Lex I-1124)

Como observador, Martí tampoco pudo dejar de ponderar el futuro de los Estados Unidos. Se preocupaba de lo que llamaba los espíritus "puritánicos y cartagineses" que guiaban al gran país y se preguntaba:

¿Qué espíritu perdurará en la civilización norteamericana: el puritánico, la afirmación más sesuda y trascendental del derecho humano, o el cartaginés de conquista y el mercenario de lucro que la contemplación del enorme poder nacional, el aislamiento de la vida de los individuos, y la accesión incesante de inmigrantes desafortunados fomenta? (Lex I-1634)

b. La psicología de la mujer

No es arriesgado opinar que Martí era un experimentado conocedor de las mujeres. En todas partes, "un alma de mujer ha venido a bendecir y endulzar su vida,"⁽⁸⁾ pero no ocurrió tal cosa en Nueva York y cada vez la mujer norteamericana se le hacía menos explicable. Las diferencias entre

la mujer hispanoamericana y la norteamericana son grandes, pero Martí nunca pudo aceptar esto y ni trató siquiera de ver los buenos aspectos de la norteamericana. Desde un principio, Martí no dejó de mostrar su asombro e incertidumbre frente a esas "mujeres tan varoniles" (Lex II-582). Esa fue su queja más frecuente, y aunque se diera cuenta de las razones sociales que estaban detrás de ese rasgo peculiar, no cambió en nada su opinión. Compartimos esta opinión con Martí, pero a la vez hemos tratado de ver las buenas características de la estadounidense, que por cierto posee muchas. En The Hour en una de sus primeras crónicas sobre los Estados Unidos, decía:

Su rápido andar al subir y bajar las escaleras, en el trajín callejero, el gesto resuelto y bien definido en todos sus actos, su presencia demasiado viril, las despoja de la belleza serena, de la antigua gracia, de la exquisita sensibilidad que convierte a las mujeres en aquellos seres superiores. ¡
(Lex II-582)

Al mismo tiempo notaba el Apóstol que Estados Unidos era "el único país...donde he permanecido una semana sin sentirme especialmente atraído y profundamente prendado de alguna mujer" (Lex II-581). ¡No malgastaba su tiempo Martí! El no hallar en Nueva York "mis dos ojos hermosos" le parecía al cubano "cosa rara, porque yo percibo rápidamente la belleza del cuerpo o del alma, y lo rindo a ambas repentina y vehemente admiración" (Lex II-581). En ese primer testimonio sobre la mujer de Estados Unidos, continuaba diciendo:

Las jóvenes norteamericanas son notables por su alegría o su seriedad excesiva. El dominio de sí mismas, la seguridad de ser respetadas, su frialdad estudiada, su desdén por las pasiones, sus secas y prácticas nociones de la vida, le dan un extraño atrevimiento y una franqueza muy peculiar en su trato con los hombres... (Lex II-582)

Su evaluación de la norteamericana en este caso tiene bastante veracidad, pero creemos que se equivocaba al tacharla de "demasiado material." Decía que "el amor a la riqueza mueve y generalmente inspira los actos de las mujeres de este país" (Lex II-582). Esto está tan lejos de la verdad como está el decir que a todas las mujeres de todas partes del mundo solamente les atrae la riqueza y el lujo. Anteriormente en The Hour Martí opinaba que la mujer norteamericana estaba "demasiado ricamente vestida para ser feliz"⁽⁹⁾ y el Apóstol se quejaba de lo que él llamaba "el divorcio palpable de la riqueza y el buen gusto" (Lex I-1872) en el modo de vestir de las mujeres. Creemos que esto es bastante acertado—el norteamericano muchas veces se distingue por lo extravagante y lo de mal gusto (se entiende que no nos referimos sólo al vestir). Y al comentar un gran baile de la sociedad de Nueva York, Martí decía que lo que más se notaba no era el "lujo impropio de la mayor parte de los trajes," sino "la degeneración, si no ausencia total, de aquella beldad de Diana y Juno de la mujer de Norte América..." (Lex I-1872). La causa principal detrás de eso fue, según él, la "mezcla desconsiderada de razas y los

afanes de una prosperidad violenta y excesiva" (Lex I-1872). Sin embargo, veía Martí hermosura en la gente "recién venida del trabajo, del emigrante, del minero, del piloto, del campesino" (Lex I-1872), lo cual nos explica mejor el sentido de lo clásico que existía dentro de Martí: despreciaba todo lo que no era sencillo y puro. Admirable cualidad.

Aunque la mujer de los Estados Unidos era para Martí "abominable,"⁽¹⁰⁾ el "Maestro" diferenciaba entre la de los gustos exagerados y excesivos y la que descendía de los viejos puritanos que primero llegaron a las costas norteamericanas. La puritana era de "arrogante tipo," pero le notaba una "majestad sobria, que no sería mal comparar a la de las estatuas griegas" (Lex I-1694). En la mujer puritana, predominante en Nueva Inglaterra, Martí encontraba el deber como raíz, y la "falta imposible."

La moral preocupaba a Martí también y comentaba que durante la cuaresma la piedad no les dejaba a las mujeres norteamericanas un momento de reposo (Lex I-1693). Criticaba sarcásticamente el movimiento entre las mujeres para acabar con el uso de pájaros muertos como adornos de sombreros, diciendo "¡Oh, si en una tierra de gigantes como montañas, usasen las señoras como adorno a nuestros hijos" (Lex I-1692). Martí no se convenció nunca de las buenas cualidades y los atractivos de la norteamericana:

Brillan por su ternura generosa, verdadera fuente de vida para aquellos a quienes aman, las mujeres de nuestra América:—y por su brío viril y sensatez, a veces descarnada y excesiva, las mujeres de la América sajona. (Lex I-1204)

Aun en los tiempos de Martí en los Estados Unidos, la norteamericana hacía sentir sobremanera su creciente influencia en la vida cotidiana, los negocios, la política. Este aspecto de la vida fue objeto de varios comentarios del "Maestro," pero en términos generales lo desaprobaba por considerarlo dañino al espíritu de la casa, de la familia. Martí reconocía las habilidades de la mujer para la vida pública, pero notaba que "su naturaleza fina y sensible le señala quehaceres más difíciles y superiores" (Lex I-1780). Martí se quedaría realmente asombrado de la influencia que la mujer norteamericana ejerce hoy en día en los asuntos de su país. Escribía:

Crece de un modo singular el influjo de la mujer en los oficios y negocios viriles de la República, aunque visiblemente disminuyen la salud de la casa, y la santidad de la existencia. Da frío en las almas.
(Lex I-1779)

Por otro lado, el escritor cubano reconocía méritos en la actividad pública de la mujer, pero más bien como un remedio para mejorar su situación social:

Nótase en esta tierra nueva, gran premura por dar a la mujer medios honestos y amplios de su existencia, que le vengán de su propia labor, lo cual le asegurará la dicha, porque enalteciendo su mente con sólidos estudios, vivirá a par del hombre como compañera y no a sus pies como juguete hermoso, y porque, bastándose a sí, no

tendrá prisa en colgarse del que pasa, como aguinaldo del muro, sino que conocerá y escogerá, y desdeñará al ruin y engañador, y tomará al laborioso y sincero. (Lex I-1463)

Pensaba también que la educación y la preparación le servía a la mujer norteamericana para poder cuidar de sí y "salvarse del lobo, y de los de la vida" (Lex I-1520), pero temía que por mezclarse tanto en ese mundo viril, la mujer perdería su femineidad:

¡cuanto apena ver cómo se van trocando en flores de piedra, por los hábitos de la vida viril, estas hermosas flores! ¿Qué será de los hombres, el día en que no puedan apoyar su cabeza en un seno caliente de mujer? (Lex I-1520-1521)

Aplaudía la idea de conceder el voto a las mujeres, que en ese entonces ganaba fuerzas, pero advertía que las razones no tenían una base de "alta humanidad," sino de mezquindad política por parte de los partidos que perseguían votos. Sus escritos sobre mujeres individuales son pocos, pero admiraba evidentemente a Helen Hunt Jackson por su actitud frente al problema indio, a Harriet Beecher Stowe, "apasionada de la justicia" y sus esfuerzos por los negros, y una tercera escritora, Luisa May Alcott, por su tierno y humano sentimiento hacia sus semejantes.

3. Las costumbres

El grado de participación de Martí en la verdadera vida de los Estados Unidos, la vida que palpitaba dentro de las casas de familia y no en las calles de los barrios bajos, le

tenía que haber sido en parte limitado. Tal indica su propia historia en los Estados Unidos, entretrejida más de lo hispanoamericano que de lo anglosajón. Le faltó adentrarse e identificarse con la vida misma del país; pero sin embargo, se diría que Martí pudo darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor porque comentaba frecuentemente en sus cartas a Hispanoamérica sobre esas costumbres que, por ser tan netamente norteamericanas, hoy en día se conocen en todas partes del mundo.

En sus cartas Martí mencionaba más las fiestas tan peculiares en los Estados Unidos que otras costumbres más íntimas del país, que sólo pudiera haber conocido a través de una vida más ligada a la realidad de esa República. Las costumbres de la Navidad—Christmas—cautivaron a Martí. Hablaba del calcetín maravilloso que los niños colgaban en la Noche Buena para que se llenase de golosinas; hablaba de Santa Claus; y notaba un rasgo atrayente en esas costumbres de dar regalos: "...No hay cómo vivir para los otros,—lo que da suave orgullo y fortaleza" (Lex I-1413), decía. El corresponsal, sin embargo, se percataba en parte del aspecto comercial que la fiesta iba adquiriendo y se preocupaba del descontento que traía la Navidad para los niños pobres que se quedaban sin regalos y para las madres infelices que no podían obsequiar juguetes ni golosinas a sus hijos.

Al mismo tiempo, Martí se preguntaba si el Día de Gracias—Thanksgiving—no se celebraba de manera sacrílega y si no se

iba perdiendo su significado (Lex I-2018-2019). Comentaba las visitas de año nuevo, tan típicas de los Estados Unidos en esa era, y largamente disertaba sobre todos los licores que se tomaban y que se ofrecían en esas ocasiones (Lex I-1418-1421). Varias veces mencionó las fiestas de Semana Santa—Easter—y podía dar a los lectores sudamericanos todo el colorido de los huevos de color, la ropa nueva que se estrenaba, y los desfiles por las calles de Nueva York (Lex I-1466-1469). Lo mismo hacía con el Día de San Valentín, cuando los amigos y los novios se mandaban bonitas tarjetas, con versos de amistad y amor, y bosquejaba Martí la historia de dicha costumbre (Lex I-1448-1449).

Aparte de estas fiestas tradicionales, pocas eran las menciones que hacía Martí de otras costumbres estadounidenses. Describió el juego de pelota—baseball—y cómo se jugaba, y al menos parecía tener conocimientos básicos del deporte. Hablaba en varias ocasiones del boxeo, no como un deporte sino como un espectáculo que recordaba a la Roma antigua y a los juegos del Coliseo. Mencionó también a los "sandwiches ambulantes"—dos cartelones grandes que los hombres se colgaban sobre el pecho y la espalda para anunciar espectáculos y tiendas. Observaba Martí con interés las diversiones de verano y mención de Coney Island se encuentra frecuentemente en sus cartas. Como se puede apreciar, son escasos sus escritos sobre las costumbres de los Estados Unidos, lo cual creemos atribuirse, como hemos

dicho anteriormente, a conocimientos pocos profundos de la vida verdadera del país.

4. La prensa norteamericana

Uno de los aspectos de la vida estadounidense que más conocía Martí, y quizá que más respetara, era la prensa y los periodistas. Muchos de sus propios escritos estaban basados, forzosamente, en los reportajes de los periódicos del país. Es casi seguro que Martí leyera a diario no sólo uno o dos periódicos neoyorquinos, sino hasta cuatro o cinco. La prensa significaba la más patente expresión de la opinión pública y las tendencias políticas, que por cierto no se escondían tras pilares verbales, sino que se desnudaban clara e inequívocamente en las columnas de los diarios. Martí se daba cuenta de esto y lo aprovechaba para mostrar a los lectores de los periódicos hispanoamericanos el pensar del pueblo de los Estados Unidos.

La libertad de expresión en los Estados Unidos es lo que más ha ayudado a la prensa para que, a través de los años, se haya ganado el respecto mundial. Y Martí, siendo periodista, pudo apreciar este aspecto de la prensa. Cuando sentía la necesidad de criticar a los "vendidos" o a los abusadores de la libertad, criticaba. Pero siempre dejó sentir su admiración por la mayoría de los periódicos y editores de los Estados Unidos. Calificaba de "reina nueva, la amable reina poderosa" (Lex I-1347) a la prensa del país cuando tomó partido en la

campaña Astor-Flower en Nueva York para el Congreso. De las secciones editoriales, decía Martí:

es aquí varia y viva, dando a cada cosa su lenguaje propio, y no hueca y estirada, como suele en nuestros países... acá, en un editorial, se trata codo a codo del espíritu cesáreo en Francia y de la conveniencia de que la mujer lleve sombrero bajo al teatro o no lo lleve. (Lex I-1286)

Era un periódico en particular, The Evening Sun, y su editor, Charles A. Dana, que más llamaban la atención del "Maestro." Martí siempre agradeció la ayuda que le había ofrecido Dana cuando decidió publicar sus escritos sobre arte, y Dana significaba para el cubano el periodista ejemplar. La calidad literaria de ese diario nunca dejó de sorprender a Martí, que en distintas ocasiones lo señaló como un modelo periodístico que los diarios hispanoamericanos bien podían estudiar. Anotaba en una carta a Mercado:

Aquí publican ahora por la tarde uno que es una maravilla, y acaso el periódico mejor compuesto que conozco; El Sol de la Tarde, The Evening Sun. Ni la línea más escondida deja de tener gracia literaria y estar escrita con brevedad jugosa; pero todo palpita y centellea en el diario, porque en él se cuenta a un tiempo, repartiendo el espacio según el interés cuanto interesa a las diversas clases sociales, y cuanto en ellas pasa. Es una joya cada número del Evening Sun, que cuesta un centavo. (11)

Decía que The Sun era "abogado implacable de los viejos demócratas" y "el más despierto y artístico que se escribe tal vez en lengua alguna" (Lex I-1840). Dana era buen amigo no sólo de

Martí, sino de la revolución cubana y la lucha por la independencia. El Apóstol apreciaba esta consideración y aun cuando dicho diario a fines del siglo empezó a cambiar su actitud frente a Cuba, Martí lo dejó pasar sin más que una mención pasajera. Decía de Charles Dana:

sabe el del Sun lo que apetece entre la gente acaudalada, en que entra él y cree, como diarista, que el buen diario ha de ser como el juglar, que siempre tiene una pelota por el aire. Y toma siempre la pelota del cesto de las preocupaciones populares. (Lex I-1970)

Conocía bien el mundo del periodista en Nueva York. Se sintió Martí como ligado a ese mundo por ser en verdad, parte de él, aunque su participación fue en menor escala. Al describir Franklin Square, cede de la mayoría de los diarios neoyorquinos, decía el "Maestro:"

Por allí está el Sun, con Carlos Dana, su jefe hidalgo, romántico y benevolente; por allí el Tribune, donde escribió Greeley, que supo sembrar fresas y verdades, y escribe Whitelaw Reid, que sabe hablar y odier; por allí está el Times, diario revero cuyo jefe joven es honrado y brusco. Allí estuvo el World, hoy vendido a un negociante. (Lex I-1439)

No obstante, Martí a menudo encontraba males en el periodismo norteamericano y no desgastaba palabras en hacerlos conocer. Cuando surgió el caso del periodista tejano, Cutting, Martí notaba que la prensa del país "suele hacer gala de brutalidad."⁽¹²⁾ Encontraba "crueldad" en los diarios cuando el Presidente Cleveland, recién casado, no les dejó saber de

antemano cómo iba a ser su boda, ni si iba a realizarse.

"Fue como una batalla, entre el Presidente por callar y los diarios por averiguar" (Lex I-1714), escribía Martí; y después los criticó por su actitud de perseguir al Presidente en su luna de miel. La imprudencia es una cosa y la libertad de prensa y el derecho del público de conocer las noticias son otra. Martí no distinguía entre ellas al criticar lo que le parecía una falta de gusto y criterio. Se quedaba perplejo frente a las actitudes de los diarios que "coquetean con el palacio Arzobispal" (Lex I-1785) cuando la Iglesia Católica apenas empezaba a hacer sentir su influencia en los Estados Unidos. Decía Martí que "los periódicos mismos, que debían ser los verdaderos sacerdotes, atenúan o disimulan sus creencias" (Lex I-1785) y que parecían "aplaudir...[los] ataques a las libertades públicas" (Lex I-1785) que hacía la Iglesia.

A pesar de todo, Martí era un fiel creyente de la nobleza y honradez de la prensa norteamericana, actitud que muy probablemente se debía al apoyo que se le prestaba al movimiento revolucionario de Cuba. Los mejores periódicos de la Ciudad de Nueva York simpatizaban con Cuba. Martí hacía notar esto en un artículo publicado en Patria en 1892, al dar las gracias a The Herald, The Sun, The Times, y The Journal of Commerce, citando además parte de un editorial aparecido en The Public Ledger de Filadelfia que aplaudía "el sentimiento" que animaba al movimiento del Partido Revolucionario Cubano (Lex I-663-664).

Y esto fue, efectivamente, lo que más anhelaba Martí de los Estados Unidos y de su pueblo—el apoyo, al menos espiritual, a la revolución, que en sí sería una garantía para la libertad futura de la isla.

5. Las ciudades de los Estados Unidos

El hecho de que Martí no fue a los Estados Unidos como turista, así como su inestabilidad económica fueron factores fundamentales para que el Apóstol no conociera el interior del país. No fue hasta que se dedicó a la tarea difícil de la organización de la revolución—después de diez años de estadía en los Estados Unidos—que pudo apreciar las ciudades y campos de tierra adentro. Como Delegado del Partido, viajó desde Nueva York hasta Filadelfia, la Florida y Nueva Orleans, conociendo vastas regiones sobre las cuales había escrito anteriormente, pero nunca visitado. Ejemplos de esto son sus crónicas sobre la carrera por la tierra de Oklahoma, los grandes motines anarquistas de Chicago, varias exposiciones industriales en el país, y muchos otros acontecimientos que Martí no presenciaba, pero sobre los cuales escribía con una fluidez y naturalidad sorprendentes.

En una ocasión se refirió a la "mercantil Filadelfia... la orgullosa Boston, la clásica Washington, la inmensa Chicago y la elegante Saratoga" (Lex I-1179), y "la quieta, la religiosa, la modesta Cleveland" (Lex I-1188). Lo curioso es que a pesar de tantos años de vivir en Nueva York, el Apóstol nunca dio una

descripción adecuada de la ciudad en sus escritos. Lo único que se encontrará son menciones pasajeras de la gran urbe, que generalmente no se refieren a la realidad física de ella, sino a las condiciones sociales.

Al describir la impresión de Nueva York por la muerte del Presidente Garfield decía que "a toda prisa vestían con los atributos del dolor, fachadas, pilares, balcones, cornisas, muestras" (Lex I-1178). Continuaba: "En las calles suntuosas y en las calles miserables, en el opulento Broadway y en el popular Bowery, en la humilde Tercera Avenida y en las paupérrimas calles de los ricos," se veía la pena de la ciudad (Lex I-1179). En otra ocasión señalaba que "acá apenas se tiene tiempo para vivir. El cráneo es circo, y los pensamientos son caballos agotados" y "nadie se duerme, nadie se despierta, nadie está sentado: todo es galope, escape, asalto, estrepitosa caída, eminente triunfo" (Lex I-1659).

La escena veraniega le era dolorosa a Martí y manifestó su preocupación por los pobres en varios reportajes:

No es el estío de Nueva York odioso por lo que arde...sino por lo que atormenta a la gente infeliz que no tiene más parque que el techo de las casas, caldeado por el día, o el fresco de las baldosas, que con la luz de la luna parecen menos quebradas y miserables. De los techos de las casas de vecindad, que son las más en los barrios pobres, cuelgan racimos de piernas. (Lex I-1900)

"Todo me ata a esta copa de veneno,"⁽¹³⁾ decía Martí en una carta a su amigo Mercado, que caracterizaba su opinión de Nueva

York. Sin embargo, al describir a Enrique Estrázulas un corto viaje de descenso a las montañas Catskill, el cubano insinuaba que echaba de menos a Nueva York cuando decía: "Está demasiado lejos la cumbre de los montes de la faena humana" (Lex I-755).

Su designación como Delegado del Partido Revolucionario brindó a Martí la oportunidad de conocer otros lugares de la Unión, pero dejó pocos escritos sobre estos, por estar sometido a los rigores y exigencias de la revolución. De Filadelfia decía:

Bella es Filadelfia siempre, y más si se la mira desde la torre de su nueva Casa Pública, destacando su masa alegre de edificios rojos, ceñidos por el claro y manso río, sobre el cielo de fijo azul que cobra majestad mayor de aquellas esmeradas y providas llanuras; pero la ciudad de mármol y ladrillo tenía en estas fiestas aquel realce de gracia que da el inefable orgullo de las bodas.
(Lex I-1233-1234)

Conoció Martí también Nueva Orleans, sede de variada actividad revolucionaria, y la describía elegantemente, calificándola de "cordial y francesa: libre en sus leyes, boca de un gran río, emporio de riqueza, metrópoli de un estado soberano en la Unión, y, después de tres cuartos de siglo, la ciudad vive en rebeldía sorda y perenne" (Lex I-583). Notaba a la par que "los pocos yankees, como en tierra hostil, pasan de prisa por entre los corrillos burlones" (Lex I-583) y añadía que "la ciudad, aun en pleno sol, tiene como un capuz que la oscurece:—¡y es que lleva presa el alma!—Nadie una dos pueblos diversos" (Lex I-

583). Escribía Martí que:

recuerda el viajero, que pasó por New Orleans sin verla, una impresión a otra: la aduana, grande y gris; la calle del Canal, de tiendas grandes y animadas; un café de la calle Real, con orquesta a las ocho de la mañana; el hotel de San Carlos, con los huéspedes como perdidos en el salón de lunch, y una india de venta, para muestra de cigarrería, y un organillo con su teatro de monos. (Lex I-583)

El reportero escribió poco sobre los sitios que visitaba y difícilmente podían sus lectores tener una idea vívida de lo que en realidad eran las ciudades norteamericanas. Cabe decir que lo poco que escribió posee méritos descriptivos.

6. Le política interna de los Estados Unidos

Martí se concentraba en el estudio y la observación de la maquinaria política de los Estados Unidos por necesidad: Para cuidar de los intereses de una futura Cuba libre, tenía que conocer a fondo lo que movía la política estadounidense y cómo se formaban sus actitudes en cuanto al exterior. Apasionadamente quería Martí que los hispanoamericanos conocieran esa política. Lamentaba el "desconocimiento que en nuestra tierra reina sobre lo activo y verdadero del sistema político de los Estados Unidos..." (Lex I-2058) y parece que perseguía insistentemente ese propósito, el de hacer conocer en Hispanoamérica las verdades que él descubría en la política.

El corresponsal consideraba que "tal estado político" más que "ninguna especial virtud de raza" (Lex I-493) daba a los Estados Unidos su grandeza, y notaba una creciente influencia

de las grandes industrias y los intereses egoístas de pequeños grupos de gente acaudalada en la vida política del país. "Al poder no llegan nunca...sino los que en sí concretan y tipifican uno de los elementos de la nación, que predomina por causas accidentales o esenciales en el momento de su triunfo" (Lex I-1591), apuntaba. Pero Martí estaba plenamente convencido del poder que el pueblo ejercía en la elección de sus representantes y advertía que un desinterés o ignorancia por parte del pueblo en la política podía ser desastroso para los Estados Unidos:

En los Estados Unidos el gobierno no dirige. El país se abandona a los políticos de oficio, en cosas de importancia menor; pero manda por sí, y arrolla a los políticos de oficio, en todos los casos mayores. De manera que aquí no se ha de cortejar a un Rey ni a un Presidente; sino a la masa nacional, que con toda realidad rige y preside. (14)

Para el escritor cubano el éxito político de los Estados Unidos se basaba en la Constitución; consideraba a Washington como el hombre más importante en el espíritu de ese documento y a Franklin como una de las influencias más sobresalientes en su formación. Tomaba en cuenta los compromisos entre los intereses del Norte y del Sur, que no eran fieles a la idea de la libertad de todo hombre, y aseguraba que nunca se podría hacer un documento ideal mientras hubieran dos bandos tan opuestos. Decía que lo duradero de la Constitución se debía a que "inspirada en las doctrinas esenciales de la naturaleza humana, se ajustó a esas condiciones especiales de existencia del país" (Lex I-1475).

a. Las elecciones

Aunque Martí siempre hizo hincapié en tener fe en el poder que tenían los votantes norteamericanos, sin embargo subrayó la corrupción que se hacía sentir más y más en las elecciones. Atribuía a Thomas Jefferson una influencia monumental en la educación de las masas y su responsabilidad del sufragio.

De dejar las urnas en manos de vagabundos ebrios y policastros, o de votar humildemente por los candidatos señalados por los omnímodos caciques que en cada partido de ciudad reinan, se ha venido de súbito a repeler presiones bochornosas y corregir olvidos fatales, que resultaban en la elección de hombres menguados, criaturas y siervos del cacique; a cerrar la entrada a puestos públicos, a los hombres por el cacique recomendados...(Lex I-1347)

"Lo que importa," señalaba, era "el triunfo del espíritu público" (Lex I-1908). Y ese espíritu se manifestaba, según Martí, en el unánime "grito de rebelión que, con motivo de las elecciones de noviembre [1881], lanza al aire los buenos ciudadanos" (Lex I-1342). "Quieren que el ciudadano electo sea el mejor ciudadano;" continuaba, "y quieren que cada votante tenga voz libre en la designación y elección de los candidatos por quienes vota" (Lex I-1342).

La fuerza más poderosa detrás de esta irregularidad electoral era, decía, "el cabecilla de partido"—el odiado boss que manejaba las elecciones a favor de sus candidatos, su partido. Martí escribía sobre este aspecto elocuentemente, destapando al

cabecilla como

el que prepara las elecciones, las tuerce, las aprovecha, las da a sus amigos, las niega a sus enemigos, las vende a sus adversarios; el que domina los cuerpos electorales; el que exige a los empleados dinero para llevar a cabo las elecciones que han de conservarlos en sus empleos; el que con la presión de un dedo en el resorte que mueve la máquina política, echa a andar a su voluntad, o detiene, o rompe las ruedas; el que impone al partido los candidatos, que son siempre tenaces tenedores de ricos oficios, de los cuales les vienen influencia y modos pecuniarios para asegurarse en las elecciones nuevas la continuación del goce de los frutos públicos. (Lex I-1341)

Las campañas electorales asombraban a Martí por su justicia, franqueza y calor. "Acá se debate como se boxea: ante un circo, y sin guantes," decía.

En nuestras tierras pronto estarían rojos todos los vestidos, si oyéramos lo que aquí suele oírse en calma. Se ha adelantado algo en eso, mas sólo en las ciudades visibles, tal como en las casas suele tenerse más cuidada la sala que las habitaciones interiores...pasman por lo atrevidos y malignos el lenguaje y las acusaciones. (Lex I-1757)

En cuento a los electos, el cubano culpaba a un "localismo" y una "falta de áurea patria" como responsables de esa "traición perpétua a los intereses generales de la nación en obsequio a las demandas de cada distrito" (Lex I-1724). Esta observación de Martí es bastante veraz, y se puede fácilmente aplicar a la política que rige hoy en día. La impresión general que se toma de estas opiniones de Martí insinúa que casi toda la máquina electoral estaba contaminada. Como comentarios generales,

tenemos que considerarlos así. Las leyes norteamericanas reservan fuerte pena para el que viole el derecho del sufragio. Nosotros opinamos que el mal de la época se debía más bien a una inmoralidad por parte de los candidatos, quienes no encontraban límites en su afán de poder llevarse una parte de la riqueza nacional.

b. Los partidos

Mención específica de los partidos republicano y demócrata es escasa en los escritos del "Maestro." Martí esquematizó en varios ensayos las diferencias básicas entre los dos partidos, pero es probable que considerara al uno tan malo y vicioso como el otro, y no sintiera la necesidad de profundizar demasiado sobre los principios que los guiaban. Aclaraba que "no son...partidos de clases diversas los que se disputan el gobierno" y agregaba que "fabricantes y obreros hay con los demócratas; fabricantes y obreros hay con los republicanos" (Lex I-1612).

Admiraba Martí distintos aspectos de los dos partidos. Los demócratas sobresalían "por sus notables principistas y abnegados servidores de la casa pública" (Lex I-1613) aunque se encontraban hombres acaudalados y económicamente poderosos en sus filas. Los republicanos, por su actitud frente a la esclavitud del negro, ganaban la apreciación del periodista cubano. Admiraba más los principios en que se fundó el partido, y hacía patente su desprecio al estado de corrupción en que llegó el

país bajo el mando de los republicanos. "Ningún partido político tuvo nacimiento más glorioso que el partido republicano," decía, "porque ninguno se formó con ambiciones más desinteresadas ni con esperanzas más nobles" (Lex I-1569).

La figura cumbre del partido demócrata era, según Martí, el Presidente Cleveland que quería que "el partido sirva a la nación, y los demócratas se resisten a seguirlo, porque quieren que la nación sirva al partido" (Lex I-1723). La actitud de Cleveland frente a Tammany Hall, la organización estatal del partido en Nueva York, le causaba gran admiración y decía que Cleveland llegó a ser "a pesar de la rabia de la gente podrida de su partido, el símbolo de todo lo que puede conservar la República, y Blaine el de cuanto puede amenazarla" (Lex I-1877).

La influencia de Tammany Hall en el partido demócrata y en la vida política de la ciudad de Nueva York nunca dejó de sorprender a Martí. Tammany era, y es hasta cierto punto hoy en día, demasiado influyente en la selección de candidatos demócratas para todos los puestos públicos. Tammany Hall imponía sus candidatos y no podía haber candidato demócrata a la presidencia que no tuviera de antemano el consentimiento de Tammany. Claro, esta agrupación representaba los intereses mezquinos de un público muy limitado y controlaba la vida pública a un punto exagerado. "Son los caciques del voto; y sus compromisos tan estrechos como los de una sociedad secreta" (Lex I-1219), comentaba el Apóstol.

Tammany elige senadores, gobernadores, y presidentes; Tammany les impone luego, en cobro de la influencia con que los ha elegido, las personas, impuras casi siempre, a quienes por paga o complicidad en los provechos tiene señalados para ocupar los más pingües empleos públicos. (Lex I-1220)

La honestidad y sinceridad de Cleveland en sus esfuerzos por derrumbar esa organización hicieron que Martí con los años se convirtiera en partidario fiel de Cleveland, que era "vigoroso representante, contra los vicios políticos que han venido poniendo en descrédito las prácticas viriles de la democracia" (Lex I-1220).

Pero a pesar de ese influjo tan corrupto en el partido demócrata, Martí señalaba que los republicanos también repartían "sin decoro"

y en pago de servicios privados, los empleos; los demócratas mantienen que los empleos han de repartirse con decoro, y sin poner atención a los servicios privados; pródigos son los republicanos, los demócratas grandes pedidores de todo género de economías. (Lex I-1501)

En general, Martí dudaba de la pureza y el honor de cualquiera de los partidos, y pensaba que lo único que podría salvar a la nación sería más interés y responsabilidad por parte del pueblo. Veía el cuadro entero con repugnancia y disgusto.

c. La corrupción, los escándalos políticos

Como se ha mencionado antes, Martí cuidaba de la libertad norteamericana como cosa propia. Una de las maneras más eficaces de hacerlo era la divulgación de los males que

parecían obstruir el ejercicio libre de la libertad. Uno de los abusos del libre sistema de gobierno tenía, naturalmente, sus raíces en los partidos políticos. Martí observaba un cambio lento en la política de los Estados Unidos, que él calificaba simplemente de "nueva," pero que provenía de "la invasión de los inmigrantes" y que se caracterizaba por los odios y aspiraciones políticas que en los países europeos nacen de estos" (Lex I-1209). Las extravagancias de las campañas y batallas políticas, ganadas con el dinero, eran, decía Martí, el resultado de "una aristocracia política" que "ha nacido de esta aristocracia (los neorricos) pecuniaria, y domina periódicos, vence en elecciones, y suele imperar en asambleas sobre esa carta soberbia..." (Lex I-1349). Además, como resultado de esa nueva clase de politiqueros surgía un afán natural de "reformular para el favor y privilegio de una clase, la magna carta de generosas libertades" (Lex I-1349). Pero Martí abrigaba la esperanza de que el pueblo no se dejara guiar por esa nueva influencia egoísta:

Y el pueblo que ha sido la casa de la libertad no ha de convertirse ¡no, por Dios! en que cabalgue la conquista, ni en nueva tumba del hombre, como los pueblos despóticos o corrompidos que han dominado y envilecido el Universo. (Lex I-1221)

El furor que provocó el caso de soborno del Secretario de Justicia Augustus H. Garland fue también comentado por Martí, aunque no lo juzgó. Explicaba el Apóstol lo que constituía un caso

de soborno e indicaba que Garland había aceptado acciones en la Pan Electric a cambio de favores del gobierno en su competencia con la Bell Telephone.

Describía las convenciones políticas y comentaba la compra de los votos, diciendo "Toda una delegación se compraba con unos cuantos millones de pesos" (Lex I-1604-1605). Añadía que "dinero para estas compras...jamás faltaba, por haber tanta enorme corporación, y tanto atrevido empresario, interesado en el triunfo del candidato que...ha prometido estar a su servicio" (Lex I-1605). Calificaba de "recia y nauseabunda" a las campañas presidenciales en los Estados Unidos. "Se vuelcan cubas de lodo sobre las cabezas," decía; "se miente y se exagera a sabiendas...se creen legítimas todas las infamias. Todo golpe es bueno, que tal que aturda al enemigo." Añadía: "No concibe nuestra hidalguía latina tal desborde" (Lex I-1599)...!!! Comparaba las actitudes políticas de otros países con las de Estados Unidos, y encontraba la diferencia esencial en que

en otros países...los diputados son los siervos de las pasiones e intereses locales de sus electores: en los Estados Unidos, los representantes suelen ser los siervos de las empresas colosales y opulentas que deciden, en pro o en favor, con su peso inmenso en la hora del voto, la elección del candidato. (Lex I-1514-1515)

Y hablando de las crisis que surgían entre las clases obreras y su lucha por una mejora económica, preguntaba Martí qué hacían los senadores y los representantes para ayudar a esas personas tan necesitadas de un mejor nivel de vida. Concluía que los

senadores habían comprado a las legislaturas estatales que les habían elegido, y que los representantes habían ganado sus puestos a través del uso de "recias sumas de dinero," los dos grupos amparándose bajo el poder de los millonarios, los grandes terratenientes, los grandes ferrocarrileros y los grandes mineros (Lex I-1795).

7. La economía

Aunque Martí no estudió formalmente economía, poseía conocimientos básicos de ella, lo cual le ayudaba en sus reportajes y sus observaciones sobre los Estados Unidos. En muchos casos sus juicios sobre economía eran sencillamente el resultado de un alto sentido común, pero otras veces lo complicado del tema exigía la sabiduría elevada que Martí evidentemente poseía.

El Apóstol tomaba parte activa en los debates periodísticos sobre los méritos del proteccionismo y los de la política del libre cambio. Martí naturalmente se alineaba con los favorecedores del libre cambio, que según él, sería la única política que a lo largo podría rescatar a la nación de un serio desastre económico. Esto coincidía a la vez con una política que favorecería la economía de Cuba y de los otros países hispanoamericanos que exportaban sus productos a los Estados Unidos. El proteccionismo significaba para Martí cuidados injustos por parte de los pequeños intereses nacionales de los Estados Unidos, que traían en sí la amenaza de un cierre del mercado estadounidense a los hispanoamericanos. Advertía:

Mucho nos alegraría equivocarnos, pero de no resolverse la cuestión de aranceles satisfactoriamente, lo que dudamos, por las razones que llevamos expuestas, el comercio y la industria norteamericano recibirán un rudo golpe, del que sólo podrán reponerse en el transcurso de muchos años. (Lex I-1514)

Con tal seriedad juzgaba Martí ese problema que enfrentaba el Congreso. Explicaba a sus lectores en otras ocasiones las raíces de los problemas arancelarios y las fuerzas que se iban moviendo en la escena para influir sobre ellos, e.g., los azucareros, productores de hierro. La cuestión de aranceles surgía también en un proyectado tratado económico con México, y de nuevo Martí atacaba a los proteccionistas por sus actitudes incomprensivas (Lex I-1507-1511). Aparte de sus razones particulares, consideraba que el proteccionismo perjudicaba más a los trabajadores que a nadie:

La protección ahoga la industria, hincha los talleres de productos inútiles, altera y descalabra las leyes del comercio, amenaza con una tremenda crisis, crisis de hambre y de ira, a los países en que se mantiene. (Lex I-1538)

Otra queja que manifestaba el Apóstol era que el proteccionismo beneficiaba sólo a un grupo selecto y limitado de obreros y capitalistas que se ocupaban de la producción en territorio nacional "a precios altos, de artículos imperfectos, que toda la nación podría comprar perfectos a precios bajos, traídos del exterior" (Lex I-1515). Al mismo tiempo veía Martí la necesidad de la competencia del exterior para mejorar los productos del

país. Muchas veces mencionaba los productos "imperfectos" de los Estados Unidos, y decía que sólo con el libre cambio podrían los norteamericanos gozar de un costo de vida más bajo y de un perfeccionamiento en la producción.

La sobreproducción significaba también uno de los males de la economía de los Estados Unidos. Decía, sin embargo, que las causas de los problemas industriales—exceso de producción, exceso de población obrera—"no son todas remediables," y que tenían "en zozobra al país" (Lex I-1683), lo cual había suscitado el nacimiento de los grandes movimientos de obreros, que en esos días empezaban a organizarse.

Uno de los temas favoritos de Martí, en cuanto a economía, era el de los banqueros y la especulación de valores. El banquero constituía quizá el aspecto de la vida norteamericana que verdaderamente le repugnaba a Martí. No eran banqueros, sino "bandidos," que en verdad era un calificativo demasiado blando para expresar lo que Martí sentía por ellos. Sus propias palabras mejor lo expresan:

Estos hombres desconsiderados y acometedores, pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto; estos afortunados pujantes, ayer mineros, luego nababs, luego senadores; esta gente bufaga, de rostro colorado, cuello toral, mano de maza, pie chato y ciclópeo; estos aventureros, criaturas de lo imposible, hijos ventrudos de una época gigante, vaqueros rufianes, vaqueros perpétuos; estos mercenarios, nacidos acá como allá, de padres perdidos al viento, de generaciones de deseadores enconados, que al hallarse en una tierra

que satisface sus deseos, los expelen más que los cumplen, y se vengan con ira, se repletan, se sacian en la fortuna que viene, de aquella que esperaron generación tras generación, como siervos, como soldados, como lacayos, y nunca vino; estos tártaros nuevos, que merodean y devastan a la usanza moderna; montados en locomotoras; estos colosales rufianes, elemento temible y numeroso de esta tierra sanguínea, emprenden su política de bugilato, y, recién venidos de la selva, como en la selva viven en la política, y donde ven un débil comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que acatan, y se miran como sacerdotes de ella, y como con cierta superior investidura e innato derecho a tomar cuanto su fuerza alcance... (Lex I-1223)

Y si aquello no fuera suficiente, continuaba su ataque feroz:

Son los mismos siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sórdidos, finchados, recios; los senadores los visitan por puertas excusadas; los secretarios los visitan en las horas silenciosas; abren y cierran la puerta a los millones; son banqueros privados. (Lex I-1223)

El control cada día más creciente que los banqueros y los financieros ejercían en la vida nacional—en la política—ocasionó, seguramente, esta vitriólica diatriba de Martí. Creyó de todo corazón que el gobierno era para el pueblo y del pueblo y la infiltración de la influencia de los banqueros representaba para él un abuso a la libertad. Además, Martí sabía lo que significaría un control excesivo de la rama financiera sobre el país: una desigualdad en la distribución de la riqueza nacional y un imperialismo que conduciría a la subyugación tal vez de Cuba, tal vez de otros países de Hispanoamérica. El

Apóstol tenía razón en gran parte; quizá su largo ataque contra los banqueros particulares fuera un poco exagerado y emocional para expresar lo que deseaba exteriorizar, pero de otra manera hubiera sido posible que sus sentimientos no se comprendieran.

Crítica igualmente afilada tenía Martí para los abusos de la Bolsa y la especulación de títulos financieros, agrandados injustamente en relación con sus valores reales. El "Maestro" reconocía la necesidad del comercio de acciones, y decía "ha de haber un lugar donde el que se vea corto de dinero, y sobrado de papeles que lo representan, venda y compre el que quiere colocar sus fondos" (Lex I-1558). Pero opinaba que el elevar las acciones a precios fuera de relación con sus orígenes y valores presentes y futuros; el

imponer a papeles nulos un valor ficticio; forzar, con escaramuzas y asedios de bolsa...alzas o bajas que no proceden de los cambios reales del valor representado, es una estafa indigna de que las gentes honradas pongan su inteligencia en organizarla, o su limpia fortuna en mantenerla en movimiento y crédito. (Lex I-1558)

Estos abusos provocaban "la ruina pública" y decía Martí que la situación de la economía en los Estados Unidos asentaba una enseñanza básica: "no produce ningún provecho a un país vender dentro, ni fuera de sí, sus títulos de riqueza por más de su valor real" (Lex I-1664). Notaba que se creaba así un "mundo mercantil vacío, que va del valor real del título a su valor ficticio" (Lex I-1645), y de ésto creía que

este mundo mercantil, por el consentimiento público que le reconoce su valor de Bolsa como valor substancial, crea, cambia, fabrica, atrae obreros, levanta pueblos, habilita comarcas, evoca de la selva nuevos Estados. (Lex I-1645)

8. Las condiciones sociales

a. La tierra

Frecuente es la crítica en el exterior sobre la ausencia de una igual distribución de tierras y las llamadas reformas agrarias de los Estados Unidos. Martí creía de igual manera que la tierra norteamericana debía ser para los norteamericanos, muchos de los cuales no podían aprovechar de un derecho que el Apóstol consideraba divino; y despreciaba el sistema de distribuir terrenos sólo a los que podían pagar los precios que se demandaban por ellos.

Los señores de afuera no pueden comprar tierra en los Estados Unidos. Los derechos públicos, en vías públicas, las propiedades públicas, no deben ser cedidas en propiedad a empresas privadas. La tierra americana debe ser para los ciudadanos americanos. (Lex I-1796)

El norteamericano "nuevo" tenía poco sentimiento por la tierra y no sentía esa asociación con ella que otros hombres de otras partes sienten. Ese aspecto psicológico del norteamericano es algo muy especial en su carácter. En casi todas partes del mundo el hombre se siente ligado fuertemente a la tierra, el norteamericano no. Por eso se puede suponer ahora que el sistema de distribución de tierras en boga en tiempos de Martí (y antes) era generalmente del agrado del ciudadano norteameri-

cano. Cuando el gobierno norteamericano abría nuevos territorios, la tierra era distribuida según como llegaban los colonos. Pero Martí criticaba las actitudes del colono norteamericano y de los pioneros quienes injustamente quitaban tierras al indio. Llamaba a esta gente "blanco invasor" y "miserable que empieza a ser dueño" (Lex I-1944), porque creía que sólo los vagos y los "miserables" llevaban la expansión territorial de los Estados Unidos hacia el occidente. "Así se ha poblado acá la soledad, y se ha levantado la maravilla de los Estados Unidos" (Lex I-1945), señalaba. La aniquilación del indio norteamericano ha sido un crimen de verdad histórica. Pero este parece ser el destino del primitivo frente a lo que se suele llamar civilización; lo mismo pasó en Estados Unidos como pasó anteriormente en Cuba, Perú, Brasil, Argentina y Chile, entre otros países americanos.

Y al hablar de un congreso forestal del estado de Minnesota, Martí citaba el interés que mostraban algunos norteamericanos por preservar sus riquezas naturales para que sirviera de ejemplo a los hombres hispanoamericanos. Decía el cubano que la "tala brutal y avariciosa de los especuladores" había sido tal que los hombres cuerdos del estado estaban sumamente preocupados por el futuro de las riquezas forestales del país y que habían convocado al congreso para buscar maneras de poner fin a las pérdidas que perjudicaban más a las comarcas agrícolas por el ampero y protección que recibían de los bosques

(Lex II-471-472). Martí escribió poco sobre este aspecto, pero no dejó duda alguna de su desacuerdo sobre la injusticia en la distribución de tierras.

b. La religión

Muchas de las crónicas de Martí brillan por una franqueza muy singular y una certeza sorprendente; entre ellos se encuentran sus escritos sobre la religión en los Estados Unidos. La explicación más conveniente que hallamos es la de la imparcialidad; Martí, aunque era "creyente," no profesaba ninguna religión sino la de la humanidad. Era, a propósito del tema, anticlerical; para la religión organizada tenía poca o nada de simpatía. Consideraba que la Iglesia Católica, sólo por su naturaleza, impedía el progreso del hombre y era una mancha en la pureza de la humanidad. Se puede decir que respetaba más, tal vez, al protestantismo, aunque al describir las reuniones de ciertas sectas estadounidenses, lo hacía en un tono casi malicioso. Pero Martí reconocía la necesidad de la religión en el hombre, y tenía sumo cuidado en no criticarla innecesariamente. Opinaba que "las religiones todas son iguales" (Lex I-1820) por haber nacido de las mismas raíces, pero a pesar de la devoción que se mostraba en los Estados Unidos en las distintas religiones, notaba que "la virtud va por todas partes quedándose atrás."⁽¹⁵⁾

La inherente religiosidad del norteamericano se veía, según Martí, en que "toda ceremonia privada o pública, de gozo

o tristeza...empieza con plegaria" y que "aquella plegaria espontánea de hombres libres, vibra," pero notaba que "después, con las querellas de la iglesia, la virtud de la plegaria desmerece" (Lex II-497).

Martí claramente se puso al lado del protestantismo cuando surgieron las primeras dificultades, o más bien rivalidades serias, entre éste y la Iglesia Romana. Decía que además de las inmigraciones, Europa mandaba a la América del Norte una nueva amenaza en la forma del catolicismo, que de pronto dejó sentir su fuerza y poder material en el gobierno y el manejo de los asuntos públicos del país. Se preguntaba el Apóstol si las iglesias protestantes no serían más fuertes si se aliaban para contender frente a los católicos, pero concluía que así no podría ser "en vista también de la riqueza, y del pensamiento libre, que amenaza a la vez a todas las formas de cultos" (Lex I-1587).

Contaba Martí la historia de la Iglesia Católica en los Estados Unidos y su gran influencia en la Ciudad de Nueva York, donde abundaban los irlandeses, que habían traído su religión al nuevo país. Relataba desinteresadamente la lucha que se empeñó entre las autoridades clérigas y el pueblo católico de Nueva York en el caso del Padre Edward McGlynn. En esta ocasión subrayaba por primera vez sus dudas en cuanto a la Iglesia y el papel que podía jugar en un país como los Estados Unidos:

se pregunta **asombrado** el observador leal, si cabrá de veras la doctrina católica en un pueblo libre sin dañarlo, y si es tanta la virtud de la libertad, que restablece en su estado primitivo de dogma poético en las almas una iglesia que ha venido a ser desdichadamente el instrumento más eficaz de los detentadores del linaje humano. (Lex I-1781)

Y cuando estalló el conflicto entre McGlynn y Roma (que terminó con la excomunión de aquél y la pérdida de su curato), los católicos de Nueva York se alzaron para ponerse al lado del humilde cura de barrio que había sostenido que la tierra debía ser de la nación y no de unos cuantos interesados. Martí aprovechó esta oportunidad para manifestar lo que pasaba dentro de la Iglesia:

Puesta ya en el deseo del poder, en que el misterio religioso y lo amenazante de los tiempos la favorecen tanto, echó la Iglesia Católica los ojos sobre el origen de él, que es aquí el voto público, como en las monarquías los echa sobre los soberanos. Y traficó en votos. (Lex I-1785)

Esto representaba para Martí el mal más criticable que tenía la Iglesia: su afán de controlar incontables bienes y entremezclar asuntos del estado y la Iglesia hasta donde fuera posible. Después, con el rechazo del Vaticano ante las súplicas de la parroquia del Padre McGlynn y la subsiguiente pena que se le impuso, opinaba Martí que la Iglesia Católica, por meterse en la política, había sido infiel a su verdadera misión evangélica. Lo que advertía el Apóstol fue observado al mismo tiempo por los ciudadanos norteamericanos, quienes desde ese entonces han

tratado celosamente de no dejar entremezclarse estado e iglesia. El hecho de que nunca ha habido un presidente católico en los Estados Unidos es muestra vívida de esto.

En cambio, Martí notaba en los protestantes cierta tendencia hacia un pensamiento y una expresión más libres; un rechazo de viejos dogmas por modernas maneras de expresarse y vivir. Señalaba que los pastores nuevos no eran aquellos "levitas de rostro nacarino que iban de casa en casa tomando té y pudín...sino hombres nuevos que saben de Heckel y Faraday, y ven la religión como freno social más que dogma" (Lex I-1979). Los llamaba "empresarios de parroquia, con escuelas y talleres, y clubs de visita a los menesterosos..." (Lex I-1980). En otra ocasión, sin embargo, tachaba a la Unión de

país de 'junta de oraciones,' de prayer meeting, donde en las salas de las iglesias aprenden hombres y mujeres a usar su palabra revelando en voz alta sus pecados, denunciando los del vecino y pidiendo al pastor que les explique sus dudas sobre el dogma...(Lex I-1120)

Esa opinión de Martí está algo confusa; en ese entonces la tendencia hacia esta nueva clase de religión (protestantismo, por cierto) de expresión vocal, de grandes emociones, era todavía ligera y la "ortodoxia" predominaba en las iglesias protestantes. La vida religiosa más bien giraba alrededor de los viejos conceptos puritanos y algunos nuevos pensamientos y dogmas, si se quiere, que se basaban en lo que el hombre de la época creía necesitar espiritualmente. Nos parece poco

justo llamar al país de ese entonces, o aun al de hoy día, país de "juntas de oraciones." No obstante, Martí manifestaba que las iglesias "espontáneas" no daban en el blanco del problema con que se encaraba el hombre, porque no extinguían en las almas

aquella falta de desinterés, aquel amor enconado de sí, aquella vida carnal y grosera que desluzca acá el trato y afean la vida de los más míseros como de los más elevados del país. (Lex I-1885)

Decía además que la culpa al no ayudar a esta gente necesitada era precisamente la del "clero oficial" por su inutilidad frente a la urgencia de una reconstrucción del "alma caída" (Lex I-1884).

Es el clero improvisado el que remueve más ideas, vé más de cerca la desdicha, y exhorta con más elocuencia a la caridad para con el hombre y la fe en Dios; es el sacerdote campesino, ayer vendedor de medicinas de patente, que llega a la ciudad, a 'predicar el Evangelio.' (Lex I-1884)

Esto tenían de bueno las iglesias "espontáneas" que anteriormente mencionamos. El brote de cultos nuevos desde 1895—exóticos y tan distintos a la tradición en los Estados Unidos—sorprendería hoy a Martí, que en cierto modo previó ese creciente vacío en la vida espiritual del país al estudiar este aspecto de la religión.

c. La cultura

Uno de los aspectos más importantes de la vida para Martí era la cultura; su propia vida estuvo marcada por

una amplia participación en la propagación de la cultura por donde estuviera. Escribió prosa, poesía y teatro; era orador; conocía la pintura, aunque no la había estudiado formalmente y fue un crítico de inestimable talento. Apreciaba la música, pero la mencionaba poco en sus escritos; era un lector voraz. Por eso sabía juzgar el nivel y las tendencias de la cultura de Estados Unidos con cierta autoridad. En general, sus comentarios sobre éste no son loables, porque creía decididamente que la "filosofía" de la vida de los norteamericanos influía demasiado en todo lo que pasaba en el país. El énfasis en los placeres materiales, según Martí, impedía la elevación del aspecto espiritual, con el resultante descuido de lo cultural.

Sin embargo, notaba que la Ciudad de Nueva York ya empezaba a mostrar interés en cultivar las cosas finas. "Es la cultura sutil como el aire, y más es vaporosa que visible, y es como un perfume. Pero ya es señal de ella el desearla, y New York anda en esto" (Lex I-1580). A pesar del deseo de impulsar la cultura, a los neoyorquinos les faltaba todavía mucho para realizar sus ambiciones, decía el Apóstol, y citaba el teatro como ejemplo:

Los teatros, más que divierten, fatigan, porque falta entre los concurrentes aquella compenetración de almas que hace inolvidables y fortalecedores los goces de la escena. Cada alma queda en sí, y de esto viene una gran soledad de cada persona; y una atmósfera densa espiritual, que con las manos hay que empujar

de encima, como un velo de plomo, para dar paso al pensamiento que quiere salida...(Lex I-1580)

Martí observaba a la vez una actitud general que impedía el avance de la cultura, y señalaba la existencia de un "provincialismo" que se podía considerar como inmadurez cultural:

Hay en estos Estados Unidos, a la par que un ansia ávida de mejoramiento artístico, un espíritu de mofa que se place en escarnecer, como en venganza de su actual inferioridad, a toda persona o acontecimiento que demande su juicio, y dé en sus manos, y pasa eso lo que en las ciudades de segundo orden con los dramas aplaudidos en las capitales, que sólo por venir sancionados de la gran ciudad son recibidos en la provincia con mohines y desdenes, como para denotar mayor cultura y más exquisito gusto que el de los críticos metropolitanos. (Lex I-1423)

Hay mucho de verdad en lo que decía Martí; el desdén que mencionaba el "Maestro" ha crecido a tal punto que hoy en día en muchas partes del país, se burlan de los profesores, los poetas— en fin, de los intelectuales. Las raíces de esto son profundas; provienen de la época de "transformación" cuando se dejaba la cultura para las mujeres. De ahí la creencia de que la cultura es únicamente para las mujeres o los afeminados. En las grandes culturas antiguas—Roma, Grecia, Egipto—los artistas y los poetas fueron los voceros de la cultura y por eso respetados. No ha sucedido así en los Estados Unidos.

Los conocimientos de Martí sobre la literatura norteamericana eran, aparentemente, bien cimentados debido a que leía

abundantemente. Durante un tiempo fue el crítico literario de La América de Nueva York y tenía estrechos contactos con el mundo editorial. Escribió sobre las grandes casas editoriales y la producción de los "nítidos, hermosos, convidadores" libros americanos, a los que también denominó de sólidos, claros y "perfectos" (Lex I-2045-2049). En distintos reportajes mencionó a casi todos los escritores importantes contemporáneos. Quedó asombrado del más reciente libro de Mark Twain, Yankee de Connecticut en la Corte del Rey Arturo, y felicitaba a los escritores como Twain que salían a "derribar los castillos de pesos de la nueva caballería." Para Martí, Twain era el "primer humorista norteamericano" y le extendió este alto honor: "En las bibliotecas, el Quijote estará bien, y el 'Yankee' junto" (Lex I-1998). Hablaba también de las librerías de Nueva York y explicaba con entusiasmo los intentos que se hacían en ese entonces para poner librerías de precios módicos para los pobres (Lex I-1435).

Martí seguía con interés el adelanto de la pintura y la afición por ésta en los Estados Unidos. Pero señalaba lo que creía ser una insinceridad cultural en el norteamericano, que según él, se interesaba en la pintura sólo porque tenía riqueza material y porque podía tener lo mejor en pintura por el dinero que pagaba. Nosotros consideramos que la riqueza material ha sido, en cierto modo, la patrocinadora del progreso de las artes y, seguramente, ella ha sido el instrumento mediante el

cual la mayoría de las personas ha podido apreciar así muchos aspectos de la cultura que de otro modo les hubiera sido imposible. Decía el Apóstol:

El olor de riqueza se está vaciando sobre New York el arte del mundo. Los ricos para alardear de lujo; los municipios para fomentar la cultura; las casas de bebida para atraer a los curiosos, compran en grandes sumas lo que los artistas europeos producen de más fino y atrevido. Quien no conoce los cuadros de New York no conoce el arte moderno. (Lex I-1006)

Pero los gustos norteamericanos eran, para él, pobres. Apuntaba que "las obras de gracia alcanzan poco precio en este país de fuerza" y se quedó perplejo frente a lo que llamaba "el gusto excesivo del norteamericano por los lienzos de animales" (Lex I-1016). Notaba además que "acá inspira lo osado y extravagante" (Lex I-1006).

Martí, al preguntarse si un arte vigoroso era posible en un país industrial, aseguraba que "el arte, como la sal a los alimentos, preserva a las naciones."⁽¹⁶⁾ Notando un cambio abrupto en los estilos de los pintores norteamericanos y una tendencia hacia la formación de una "escuela," comentaba que "era hace pocos años motivo de tristeza ver en New York una exhibición de cuadros de pintores norteamericanos" (Lex I-1863). Pero felizmente continuaba:

¡Quién dijera que hace ocho años después estuviere ya, como está, la pintura yankee en camino de animar, por el ímpetu y luz de todo lo de América, el lúgubre arte inglés de que aún ayer recibía falsas y tímidas lecciones! (Lex I-1863)

Observaba que "ya imitan menos que antes; ya copian menos la bruma de Millet" (Lex I-1864), pero aunque todavía le faltaba al norteamericano "esa calma artística, como al francés mismo, y al inglés sobre todo" se podía notar en los artistas del país "decisión de aprender," "ansia de lo nuevo," "instinto del color" y la "necesidad de la emoción aguda...y reposo de la mente" (Lex I-1863). Lo que más le llamaba la atención a Martí era que

el contraste, pues, de las almas artistas con su pueblo rudo y por la fecunda arrogancia con que en sí y en lo hermoso se refugia y crece en medio del pueblo hostil el espíritu fino, ha venido casi desde el nacer el arte de Norteamérica a distinguirse en aquellas mismas condiciones culminantes y redentoras que escasean en su pueblo.(17)

Notaba la tendencia del arte norteamericano hacia "lo grandioso" en las obras nuevas, pero opinaba que el pintor no percibía "el asunto épico, ni su misma guerra formidable se lo enseña" (Lex I-1866).

d. La inmigración

Importante en la obra de Martí es lo que dedicó a las inmigraciones de distintos grupos nacionales a los Estados Unidos, y la influencia que ejercían éstos en el crecimiento del país. Por la actitud celosa que tenía Martí hacia la libertad, estaba abiertamente en contra de las inmigraciones porque adherían al país elementos desagradables. Es de notar que Martí veía este problema con bastante imparcialidad (sus propios padres habían inmigrado de Europa a Cuba) y se daba

perfecta cuenta de que los Estados Unidos era un país de inmigrados y que la nación crecía con esta influencia europea. Sin embargo, advertía que importaba mucho a los pueblos que se formaban de inmigrantes "ver en qué ayuda y en qué daña la gente que inmigra, y de que países va buena, y de cual va mala" (Lex I-1704).

Comentaba Martí que en ese entonces el país empezaba a buscar activamente manera de poner fin a la "inmigración excesiva o perniciosa." Continuaba: "Es de alemanes, de polacos, de suecos, de noruegos, la gran masa en que han prendido esas prédicas de incendios y matanzas" (Lex I-1704). Culpaba generalmente a los trabajadores, en su mayor parte alemanes, de las dificultades con las empresas que terminaban en violencias anarquistas. Los alemanes, decía Martí, traían "terquedad rubia," la "cabeza cuadrada" y "la barba hirsuta y revuelta...en que las ideas se empastan" (Lex I-1705) para infortunio del país.

Asímismo el Apóstol generalizaba que las razas del Norte eran "razas avarientas" y las del Sur "razas fieles" (Lex I-2043). Los italianos eran "perezosos y labriegos" y los de Bohemia venían "más en fuga del trabajo que en su busca" (Lex I-2043). Los irlandeses eran respetados por su laboriosidad y su orgullo, pero Martí decía que "de su tenacidad e industria aprovechan los yankees, que los moran" (Lex I-2044). Al mismo tiempo se quejaba de las condiciones miserables en que se encon-

traban los inmigrantes y el mal trato que recibían: "¡No se concibe cómo reclusión semejante (en los barcos) no los mueve a crimen! ¿Dónde está la piedad, que no está donde padecen desgraciados?" (Lex I-2044).

A pesar de que sentía lástima por estas gentes, Martí se había convencido de que ellos enviciaban el sistema y los fundamentos norteamericanos. "De Europa viene a este país la savia y el veneno. El trabajador que viene aquí ya odia," apuntaba. "Si prospera, como su rencor era alimentado por su infortunio, acalla su rencor. Mas si medra penosamente, y mientras no medre, vierte en los que le cercan el odio que le llena" (Lex I-1457). Esta era la razón precisa por la que Martí sentía que los norteamericanos pensaban primero en lo material y después en lo espiritual. Los inmigrantes tenían hambre y lo que primero les interesaba era satisfacer sus necesidades materiales; no había tiempo para filosofar y contemplar la vida. La culpa de los problemas del país la encontraba Martí en los inmigrantes:

Más canto fuera el trabajador de los Estados Unidos, si no le vertieran en el oído sus heces de odio los más apenados y coléricos de Europa. Alemanes, franceses y rusos guían estas jornadas. El americano tiende a resolver en sus reuniones el caso concreto; y los de allende, a subirlo al abstracto. En los de acá, el buen sentido, y el haber nacido en cuna libre, dificulta el paso a la cólera. En los de allá, la excita y mueve a estallar, porque la sofoca y la concentra, la esclavitud prolongada. (Lex I-1517)

Al llegar más italianos al país, Martí comentaba que Nueva York no lo celebraba porque "no halla que el trabajo italiano sea tan varonil y fructuoso como lo necesita un pueblo nuevo." Martí interpretaba esto en que Nueva York "no cree que la ciudad gane con acumular centenares de hombres indiferentes y estacionarios en mefíticas viviendas, ni con erigir en cada esquina un puesto de manzanas" (Lex I-491). En estos italianos concentraba Martí su más dura crítica: "Y es verdad que appena ver gañanes barbudos con un órgano al hombro, llevando a la zaga con coro de blasfemias, una dura mujer de malas trazas, y uno o dos pequeñuelos alquilados. —La holganza es crimen público" (Lex I-491). Sin embargo, el Apóstol mostraba cierto afán de querer ser justo con los italianos y señalaba que "casi todos los ferrocarriles nuevos, o que se están ahora construyendo, los están llevando selva adelante estos italianos humildes sobre los hombros" (Lex I-491-492). Y las matanzas de Nueva Orleans provocaron aún más apoyo de Martí para los italianos. Los defendía por ser perseguidos y discriminados, principalmente por los irlandeses inmigrados, aun después de que varios elementos italianos habían sido absueltos de culpa en la muerte de uno de aquellos. Los irlandeses atacaron la cárcel en donde los italianos esperaban los juicios finales de la corte, dándoles muerte a varios de éstos, aumentando las pasiones e iras de los habitantes de Nueva Orleans en contra de los italianos.

Los violentos irlandeses recibían fuerte censura por parte del escritor cubano. El conflicto anglo-irlandés en Inglaterra estaba mantenido por los ricos inmigrantes de los Estados Unidos y consideraba Martí que eran un verdadero peligro para los ingleses y su bienestar. Las preparaciones hechas en los Estados Unidos por los irlandeses para una posible guerra contra Inglaterra causaban asombro al correspondiente. Criticaba esta preparación, aunque él pocos años después iba a encabezar un movimiento cubano del mismo género—guiando a un pueblo necesitado y deseoso de librarse de la injusta opresión extranjera.

Cuando surgió el choque entre el Padre McGlynn y las altas autoridades de la Iglesia Católica, Martí citaba que no era "la hez de las ciudades europeas que viene aquí ya a medio podrir," sino "la casta llena, la familia burguesa, el periodista generoso, el pensador desinteresado y grave, los americanos nacidos de Irlanda..." (Lex I-1822) que salían en defensa del desafortunado McGlynn. Estos eran los irlandeses que Martí respetaba.

Uno de los más graves problemas que brotó como resultado de la inmigración sin límites fue el de los chinos en California; los chinos trabajaban a sueldos más bajos de los que ganaban los otros obreros—muchos de ellos inmigrantes, también—lo cual causó grandes desórdenes y violencias, principalmente en San Francisco. Como una reacción inmediata el

Congreso de los Estados Unidos trató de cerrar las puertas del país a más inmigración china. Esto atacaba Martí como una violación a los ideales de la democracia (que por cierto, lo era) y lo calificaba como resultado del "rencor del hombre fuerte al hombre hábil" (Lex I-1462). Aplaudía el veto del Presidente Arthur que se aplicó a esa legislación notoria del Congreso, y pocos años después cuando surgió de nuevo el problema, Martí aclamaba la actitud del Presidente Cleveland, que pensaba que

deben ser protegidos...contra los inmigrantes europeos del Oeste que los envidian por su sobriedad, les temen por su inteligencia, y les odian porque están siempre prontos a trabajar por menor precio que ellos. (Lex I-1661)

e. El problema indio

En realidad, Martí escribió poco sobre los problemas de los indios norteamericanos y su lucha por retener las cuantiosas parcelas de tierra que ellos originalmente poseían y administraban; pero por lo poco que dejó escrito, no es difícil resumir las opiniones del Apóstol en cuanto a esta situación. Estaba en contra de cualquier intento que despojara al indio de sus tierras. Opinaba que los blancos habían actuado de una manera sumamente injusta al apoderarse de los vastos terrenos de los indios, y después, que no habían actuado caballerosamente en sus tratados con ellos.

Describía la situación del indio así "¡pobre pueblo de 300,000 salvajes dispersos que lucha sin cansarse con una

nación de cincuenta millones de hombres!" (Lex I-1654).

Notaba además que el indio "es muerto, con este sistema vil que apaga su personalidad..." (Lex I-1655).

En cuanto a la pérdida de tierras, se preguntaba Martí "¿No han de pagar los ocupadores de la tierra el precio de la tierra a los dueños de quienes la tomaron?" (Lex I-1469).

El gobierno norteamericano, en principio, trató de ser justo con los indios y proporcionarles tierras y facilidades, pero la administración de este programa tenía descontentos a los indios. Martí culpaba a los agentes corruptos que estaban encargados del programa:

En 1873 ¿cómo no se habían de sublevar los cheyenes, si los agentes del gobierno en las reservas de los indios, les robaban, los esquilmaban, los sometían a trabajos inicuos, les negaban la medicina y el alimento? (Lex I-1638)

Las reformas de Cleveland y su decisión de tratar de arreglar con los indios y asegurarles sus derechos como se fijaban en los contratos, violados por los agentes del gobierno, fueron aclamadas por el escritor cubano como lo único que se podía hacer para corregir el maltrato. El programa formulado por el Secretario de Gobernación, Lucius Lamar, también obtuvo elogios de Martí por su sensatez y utilidad.

Decía Martí que los indios "piden con moderación; sufren con paciencia; aconsejan con juicio; pelean con bravura" (Lex I-1640), pero que sus esfuerzos al final se verían frustrados porque:

los viejos saben que el indio será vendido, porque no puede el pino joven de la selva sujetar a los vientos furiosos que vienen vociferando por el aire y escribiendo en el cielo con relámpagos.
(Lex I-1641)

f. Los aspectos del trabajo—sindicatos, huelgas, obreros, patronos

Martí tuvo la fortuna de poder atestiguar el nacimiento de los grandes movimientos organizados por los obreros del país, empujados a la unión debido a las malas condiciones de trabajo, un elevado y creciente costo de vida, salarios miserables, horarios injustos y lo que se consideraba una distribución injusta de las ganancias. Todo esto el periodista cubano describía ampliamente en sus reportajes.

En el año 1882, señalaba los primeros indicios del brote de descontento general, diciendo:

Estamos en plena lucha de capitalistas y obreros. Para los primeros son el crédito en los bancos, las esperas de los acreedores, los plazos de los vendedores, las cuentas de fin de año. Para el obrero es la cuenta diaria, la necesidad urgente e inaplazable, la mujer y el hijo que comen por la tarde lo que el pobre trabajó para ellos por la mañana. Y el capitalista holgado constriñe al pobre obrero a trabajar a precio ruin. (Lex I-1484)

Y las primeras manifestaciones abiertas de los trabajadores ocasionaron este entusiasta comentario del Apóstol:

¡Qué gozo da verlos, como ennoblecidos de súbito por el ejercicio de su dignidad, acudiendo, comedidos y limpios, ya a grandes paradas, en que recorren las calles sigilosa y ordenadamente, ya a

reuniones que celebran en medio de las plazas, en los muelles abandonados, en humildes salones. (Lex I-1485)

Añadía Martí que "no es de creer que por demanda injusta" el obrero dejaba en hambre y miseria su casa y familia para luchar por su causa. Predecía su inminente unión: "será tremenda una liga ofensiva de los trabajadores...El combate será tal que conmueva y remueva el Universo" (Lex I-1486-1487). Comentaba que "lo traído de Europa, violento y criminal" predominaba en los movimientos obreros de otras partes del país, pero en la organización de Nueva York "se nota que el alzamiento viene de lo hondo de la conciencia nacional, y que la pasión y la voluntad de vencer están ya..." (Lex I-1700). Veía que los "grandes excesos" por parte de los empresarios habían dado a los obreros el derecho y la justicia en sus alzamientos, pero que éstos sobrepasaban la razón al demandar salarios relativamente excesivos cuando se tomaba en cuenta los recursos de las fábricas en pérdida.

Uno de los cambios de opinión más interesantes que se observa en el pensamiento de Martí es el de los motines de trabajadores de Chicago. Desde un principio, el cubano culpaba a los anarquistas y a los perniciosos elementos europeos por estos disturbios, pero con el tiempo más y más se convencía que estos tenían razón y que su determinación por la justicia les absolvía de culpabilidad. Una de sus primeras opiniones era que:

la verdad es que, por todo lo que se ve, esos motines de Chicago, son como salpicaduras de su fango ensangrentado que, con la rabia de los que mueren, echa sobre América triunfante como una reina desdentada, la Europa iracunda. (Lex I-1701)

En otra ocasión, opinó:

Esos hombres no son los verdaderos trabajadores americanos, que se coaligan, que cometen errores, que ejercen presión injusta sobre las empresas que se niegan a reconocerlos como agremiados que en las horas de furia, allí donde el frío azota más y sus angustias son mayores, vuelcan carros, incendian corrales, rompen las entrañas a las máquinas, pero no se reúnen, en cuevas y agujeros, a estudiar la manera más módica y sencilla de destruir al hombre, por el delito de haber creado. (Lex I-1703)

Sin embargo, en otra de sus crónicas—una de las más largas y minuciosas de 1888—Martí expresaba toda la emoción del juicio de los siete principales anarquistas que provocaron las manifestaciones sangrientas de Chicago, deduciendo que "América, es pues, lo mismo que Europa" (Lex I-1847). Decía que los anarquistas eran el resultado de su sociedad y que su delito no había sido, por eso, tan grande como él antes opinaba. Respetaba sus ideales y actitudes valientes frente a la muerte, su sinceridad, su decisión y dedicación a la causa, que ellos por cierto creían justa. También influyente en la alteración del sentir de Martí era la manera del gobierno de responder a estos pedidos de los obreros: fuerza brutal de tropas armadas y policía que se regocijaba en derramar sangre. Esta vez lo único desfavorable que Martí pudo encontrar fue la discordia

interna entre los líderes del grupo y el desorden que reinaba; y esto se ofrecía no como crítica, sino como explicación de su aparente fracaso. Se puede suponer que este cambio fue resultado de la participación más activa del propio Martí en los asuntos de la revolución cubana y de un cada vez creciente sentido de asociación con esta clase de movimiento.

Martí seguía con interés el crecimiento del primer sindicato grande en los Estados Unidos, los Caballeros del Trabajo, y en más de una ocasión comentaba la unidad y organización del gremio, que de cierto modo era una garantía de éxito. Decía el Apóstol que los Caballeros dominaban la escena "como único medio justo de dar en la producción de la obra su porción correspondiente al dueño y a los operarios" (Lex I-1678). Notaba el reportero una fuerza impulsiva detrás del sindicato, pero convenía que:

son tales las arcas de la sociedad, que pueden mantener en huelga meses sobre meses a diecisiete mil obreros.

Misteriosos, constantes, enormes, fieles son las manos que llenan esas arcas. Y se extienden, se extienden.

Son poderosas, porque nacen directamente de sus propios problemas. No es el socialismo europeo que se trasplanta. No es siquiera un socialismo americano que nace. (Lex I-1648)

El corresponsal preveía, aunque quizá no se diera cuenta al escribirlo, un problema que hoy en día asfixia al sindicalismo de los Estados Unidos: la infiltración de líderes tiránicos y corruptos que no tienen por bien ni los intereses de sus

propios obreros ni los del país. En su tiempo, notaba Martí que los miembros de los sindicatos cuidaban este aspecto: "Como que quieren escapar de una tiranía, los obreros son celosos en el delegar su autoridad, y gustan de ejercerla por sí, como todo el que no ha tenido mucha ocasión de mandar" (Lex I-1688). Advertía que esto en sí podría convertirse en un mal serio para los gremios, igual como podría ser malo que los obreros quisieran ponerse encima de sus patronos en vez de sencillamente hermanarse con ellos. "Nadie más que los siervos sienten la necesidad de ser señores" (Lex I-1683), comentaba.

Las opiniones y observaciones de Martí sobre el sindicalismo en los Estados Unidos tienen mucho de verdad; predecía con sorprendente certeza algunos de los problemas que surgieron en años posteriores. Como resumen de sus ideas y observaciones, se ha incluido este fragmento:

Así son los gremios de trabajadores en los Estados Unidos.—Simpáticos, porque tienen de su lado la razón, cuando se congregan para resistir a los abusos del fabricante que los emplea; irreprochables cuando en uso de un legítimo derecho se niegan a trabajar por una suma que no alcanza a cubrir los gastos urgentes de la vida de familia, mientras que con la parte de salarios que les acorta, añade el fabricante una cantidad innecesaria y excesiva a sus provechos,—convuértense a su vez estos gremios en tiránicos, apenas se sienten con fuerzas para imponer su voluntad. (Lex I-1545)

g. La educación

Martí tenía ideas muy fijas en cuanto a la educación del hombre. Como observador en los Estados Unidos, encontraba aspectos censurables en la educación, asimismo como aspectos loables. Quizá por ese afán de educador que se ha mencionado antes, Martí tuviera más interés en la educación como vehículo de mejoramiento del individuo. Decía el "Maestro" que la educación debía ser para "dar al hombre las llaves del mundo, que son la independencia y el amor, prepararle las fuerzas para que lo recorra por sí, con el paso alegre de los hombres naturales y libres" (Lex I-1965). Eso era, en breve, su filosofía general en cuanto a la educación. Martí era, por cierto, un hombre práctico. Quería que la educación mostrara al hombre las cosas prácticas; el estudio de Homero, Esquilo y la Biblia no representaba para Martí lo práctico porque "puesto que la tierra brota fuerzas, más que rimas...urge estudiar las fuerzas de la tierra" (Lex I-1536).

El Apóstol se daba cuenta de lo bueno y lo malo de la educación en los Estados Unidos. La cantidad de escuelas siempre le sorprendió, y decía que aun los más grandes contadores "no podrían contar los colegios de los Estados Unidos" (Lex I-1535). Pero continuaba: "Y no se diga que no pueden estos colegios ser mejores, que pueden serlo; mas no ha de negarse que ya tienen alzada la podadera, y están podando del enteco árbol clásico" (Lex I-1536). Consideraba que el número

de escuelas y escolares en el país era una "gran bendición" pero a la vez comentaba que "mayor sería si la educación que en ellas reciben los niños se asemejase en lo sólido, amplio y espacioso a los edificios en que se distribuye" (Lex I-1752). Martí decía además que las escuelas norteamericanas no eran como las alemanas, "casas de razón donde con guía juiciosa se habituase al niño a desenvolver su propio pensamiento" (Lex I-1753), y que en esto fallaba el sistema de educación en los Estados Unidos. Parte de la culpa radicaba en el cuerpo docente, que fue censurado en varias ocasiones por Martí porque carecía de interés y vocación. El profesor tenía que ser, decía el Apóstol, "un guía honrado, que enseña de buena fe lo que hay que ver, y explica su pro lo mismo que el de sus enemigos" (Lex I-1981).

En realidad, notaba Martí que los maestros de escuela eran víctimas de la "vida nacional sin expansión y sin amor" y se preguntaba:

¿Qué vale acumular reglas, repartir textos, graduar cursos, levantar edificios, acaudalar estadísticas, si las que se ocupen de esta labor son mujeres vencidas en la batalla de la vida...o jóvenes descontentas o impacientes que ven como los pájaros afuera de la escuela, y tienen su empleo en esto como un castigo injusto de su pobreza, como una prisión aborrecible de su juventud, como una preparación temporal incómoda a los fines más gratos y reales de la vida?

De aquel concepto descarnado de la existencia nace el modo imperfecto de preparar a los niños para ella. (Lex I-1755)

Estos males que mencionaba Martí eran (y son) el producto de una despreocupación de las masas por la educación pública. Todo el mundo está en pro de la educación, pero no está dispuesto a encarar los sacrificios necesarios para asegurarla. El resultado se nota primero en los maestros, mal pagados en muchos casos en desacuerdo con su responsabilidad y no respetados sencillamente por ser miembros de esa profesión. En pocas partes se encontrarán en los maestros mal pagados y no respetados el afán de dedicación que Martí, como buen idealista que era, deseaba que tuvieran. La psicología del ser humano no funciona así.

Martí decía que el remedio para salvar la educación norteamericana consistía en "desenvolver a la vez la inteligencia del niño y sus cualidades de amor y pasión, con la enseñanza ordenada y práctica de los elementos activos de la existencia en que ha de combatir, y la manera de utilizarlos y moverlos" (Lex I-1756). Sugería que se cambiara "bravamente" la instrucción primaria en las escuelas del país "de verbal en experimental, de retórica en científica" (Lex I-1756-1757) para mejor instruir al niño sobre las maravillas de la Naturaleza. "Hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes: eso han de hacer las escuelas, que ahora no hacen eso" (Lex I-1757), apuntaba. Pero primeramente Martí anhelaba que se enseñara al hombre como ganarse la vida y notaba esta tendencia en la enseñanza cuando las grandes universidades

empezaron a poner énfasis en la instrucción de lenguas modernas, el francés y el alemán, en vez del latín y el griego, cuando surgían una gran cantidad de escuelas vocacionales en donde se aprendía la mecánica, la cocina, la electricidad, etc. El "Maestro" no pensaba mal al hacer tal comentario; se quedaría sorprendidísimo hoy en día al ver que esa tendencia se ha convertido en un afán a veces demasiado acentuado, en una preparación puramente material y social de los alumnos norteamericanos.

Citaba Martí las universidades importantes y grandes del país, como Harvard, Yale y Cornell, como ejemplos de experimentadores en el nuevo campo de la educación—el acercamiento del hombre a la realidad de su época a través de un nuevo y variado programa de estudios en que se dejaba lo clásico y tradicional por lo moderno y práctico, que más ayudaría al alumno. La muestra que señalaba Martí era la enseñanza de las lenguas. Las ideas del "Maestro" y los propósitos de los educadores norteamericanos eran buenos; pero el sistema en sí ha dado indicios de un fracaso grande: aún estudiando los idiomas importantes y más usuales, los alumnos norteamericanos poco aprenden y los profesores, por más serios y dedicados que sean, generalmente carecen de conocimientos prácticos en su propia materia. Advertía Martí que un énfasis demasiado fuerte en este aspecto de la instrucción práctica podía tener, sin embargo, un resultado desfavorable. Decía que en las escuelas

de categorías y las escuelas que gozaban de buenos profesores iba naciendo

el americano que pueda en lo futuro oponerse al influjo creciente del yankee de secretaría, el yankee empleómano, del yankee alquilón, del yankee pródigo y canijo que gaste en convites prematuros en su cuarto de las universidades retóricas, las espaldas que cría en el juego excesivo del polo o la pelota. (Lex I-1959-1960)

Pero sobre todo, el periodista cubano creía que lo más importante en el nuevo sistema era que las escuelas dejaran a opción de sus colegiales el estudio de las lenguas y literaturas antiguas, de poca utilidad práctica en la lucha cotidiana, pero que eran como "la flor del espíritu" (Lex I-1620).

h. La pobreza

Sin duda alguna, el aspecto físico de la Ciudad de Nueva York que más perturbaba a Martí era el de la pobreza y el de los barrios bajos. Al establecer su domicilio en el barrio pobre de Brooklyn, una preocupación de lo que ocurría a su alrededor le era natural al escritor. Los pocos escritos que dejó el Apóstol son pruebas emocionantes de su profundo sentimiento por la gente desafortunada y muy especialmente, por los niños. Decía que la miseria innecesaria era "un crimen público" y que el deber de remediarla era del estado (Lex I-1539).

Culpaba a la vez a las religiones por el malestar de los pobres, y decía que se les debía fabricar casas, proporcionar buenos y amenos periódicos y, además y sobre todo, hacerles

conocer buenos ejemplos de mejor comportamiento porque "quien no ayuda a levantar el espíritu de la masa ignorante y enorme, renuncia voluntariamente a su libertad" (Lex I-1557).

Martí, como residente de una sección de Brooklyn durante mucho tiempo, pudo observar directamente una pobreza penosa. Sentía más por los niños indefensos que padecían en los barrios bajos que "se arrastran como gusanos: se exhalan en quejidos" (Lex I-1539). Añadía: "esos niños, apenas se acerca el sol a la tierra, se empiezan a secar, encoger y desvanecer, como los pantanos en los meses ardientes" (Lex I-1556). La culpa de esa situación no era completamente de la sociedad, apuntaba el Apóstol, sino

de sus propios errores, y de la dureza e indiferencia de los acomodados, se aíslan, aíslan, disgustan y envilecen los pobres; y de padres sombríos, y de aire fétido, se mueren los niños. (Lex I-1539)

Notaba, sin embargo, que "suele haber compasión entre los pudientes, y es justo decir que hay muchas sociedades, de señoras sobre todo, que cuidan de enviar por días, y aún por semanas, a los niños pobres a la orilla del mar..." (Lex I-1901). A pesar de esto, hay un tono de insinuación en los escritos del "Maestro" que indica que despreciaba a esa sociedad que veía los problemas de los desvalidos con indiferencia. El crimen más grande era dejar sufrir a los niños, a quienes Martí siempre consideraba con profunda ternura y cariño.



i. El negro y sus problemas

Uno de los problemas sociales más grandes que ha surgido en los Estados Unidos es el del negro y su lugar en la sociedad. No se trata de su raza ni de su color—que por cierto tienen mucho que ver en el problema racial—sino de los derechos humanos, derechos de libertad como se garantizan en la Constitución de los Estados Unidos. Martí sentía lástima por el negro y su despreciable posición en el país, pero se negaba a considerar que el negro estaba todavía cruelmente oprimido y que realmente su situación en muchos casos empeoró después de la guerra civil y la abolición de la esclavitud. El trato inhumano que recibía el negro por manos de sus viejos amos lo veía Martí como una violación de los derechos humanos y no como la opresión de una raza hacia otra. Consideraba que su raza era la raza humana, y según un ensayo que publicó en Patria, "Mi raza,"⁽¹⁸⁾ despreciaba cualquier pensamiento que de por sí delineaba una diferencia entre los seres humanos sólo por su color o modo de pensar. Veremos esto más adelante. De tanta importancia consideraba la cuestión de la esclavitud en el país que preveía "el fracaso probable de su república oligárquica e injusta" (Lex I-493). El crecimiento del negro de los Estados Unidos después de la guerra civil ocasionó este comentario por parte del Apóstol: "el blanco del país, antes que verse dominado por el negro o mezclarse con él de hembra o varón, deciden exterminarlo,

espantarlo, echarlo de la comarca como al zorro" (Lex I-1978). Eso en breve sintetizaba la situación del negro en los tiempos de Martí; y todavía es así—millares de negros viven en constante temor, causado por el miedo que tienen los blancos tanto de una posible mezcla como de sus propias debilidades. A pesar de la abolición de la esclavitud y de las leyes que se establecieron para confirmarla, Martí describía los males electorales generalmente más frecuentes en el Sur de la Unión, que surgieron a manos de políticos sin escrúpulos. Decía que este mal, que impedía que el negro votara o hacía que votara por un grupo selecto de políticos poderosos, era "innecesario por cierto en los Estados que habían ya purgado con la guerra el delito" (Lex I-1650) de la posesión de un hombre por otro.

Martí notaba cierta tendencia hacia el acercamiento de blancos y negros porque "abonan ya los campos los huesos de los perros que en otro tiempo por bosques y por nieves los perseguían" (Lex I-1652) y a la vez creía que el blanco "se ha olvidado ya de ser su dueño" (Lex I-1652). Pero esto no significaba el fin del problema. Hizo un reportaje sobre la expulsión de negros de un pueblo religioso del Norte y notaba al mismo tiempo que el negro, frente a la discriminación general no tenía más remedio que

apretar como aprietan, la línea de raza, negarse a recibir del blanco, como antes recibían, la religión y la ciencia, levantar semanarios de negros y colegios de negros, prepararse a vivir fuera de la comunión humana, esquivados y perseguidos en el país donde nacieron...Harto lucen ya, en esto hijos de padres desgraciados por la esclavitud, el carácter e inteligencia del hombre libre. (Lex I-1818)

Esta solución que ofreció Martí al problema del negro es extraña. En primer lugar, el negro no ha considerado este aspecto como la manera más eficaz de resolver su situación; el negro está, al contrario, sumamente deseoso de toda clase de convivencia con sus semejantes. En segundo lugar, lo que sugería el Apóstol está muy lejos de ser el pensamiento mesurado por el cual se hizo famoso. Otra vez nos preguntamos, ¿era Martí completamente sincero al escribir esto o al escribir un ensayo tan bello como es "Mi raza"? La realización de estas sugerencias del corresponsal estarían en contradicción con los derechos humanos siempre propugnados por él. El voltear la cara al peligro o a la amenaza es la manera más segura de fracasar y aceptar la derrota.

NOTAS

1. Martí, Cartas a Manuel Mercado, p. 80.
2. Iduarte, conferencia pronunciada el 27 de mayo de 1953 en La Habana, publicada en Pensamiento y acción de José Martí, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 1953, pp. 339-340.
3. Martí, Estados Unidos, Editorial Americalee, Buenos Aires, 1944, p. 16.
4. Idem.
5. Op. cit., p. 17.
6. Martí, Cartas a Manuel Mercado, p. 109.
7. Martí, Estados Unidos, p. 17.
8. Lisazo, op. cit., p. 161.
9. Martí, Estados Unidos, p. 19.
10. Martí, Cartas a Manuel Mercado, p. 127.
11. Op. cit., p. 144.
12. Ibid., p. 253.
13. Ibid., p. 111.
14. Ibid., p. 252.
15. Martí, "La religión en los Estados Unidos," La Nación, Buenos Aires, 8 de abril de 1888.
16. Martí, Obras escogidas, Aguilar S.A. de Ediciones para la Librería Económica, La Habana, 1953, p. 545.
17. Idem.
18. Op. cit., pp. 977-980.

IV. CONCLUSIONES

La historia de José Martí y el trato que otorgan a los hechos de su vida los eruditos y los martióltras contemporáneos es todo un espectáculo. El cuadro en sí es un conjunto de pasiones que parece tener una sola válvula de escape: el endiosamiento del héroe cubano. Y en muchos aspectos, esto no está mal. Es muy posible que Martí sea el hombre más grande e importante que haya nacido en la América. Un Bolívar, un San Martín, un Sarmiento, un Morelos o un Madero brillan en el panorama americano por un modo específico de pensar, por una contribución particular a la liberación de sus respectivos países y de su continente. Martí brilló por varios modos de pensar, por varias contribuciones a este continente de países hermanos, por los muchos rasgos de grandeza que se encerraban en él.

Sin embargo, José Martí no era el hombre perfecto que pretenden hacer creer sus biógrafos. Tenía fallas humanas, tenía debilidades que distraían su grandeza. Es justo contemplar las debilidades del hombre cuando se propone uno juzgar a un ser de la magnitud de Martí. A la mayoría de los escritores que han tratado la vida del Apóstol, se les ha olvidado este aspecto y se han dedicado, ciegamente en los más notables casos, a elevar a Martí al nivel de un dios. Al cometer este pecado de juicio, se ha perdido la perspectiva con que se debe considerar el caso del "Maestro."

Ya se han visto anteriormente en este trabajo los muchos aspectos de la vida norteamericana en que, al juzgarlos, se equivocaba el Apóstol. No es necesario repetirlos aquí. Por ser un hombre sumamente apasionado, Martí se dejaba guiar por sus emociones en muchos casos. El que estudie concienzudamente los escritos de Martí sobre los Estados Unidos se dará cuenta inmediata de la grandeza del hombre, y de sus fallas de criterio y de gusto que más que nada se atribuían al tormento moral que lo carcomía interiormente—el tormento de anhelo de libertad para su Cuba. Martí tenía muchas cualidades que le consagraron como hombre no sólo de Cuba, ni de América, sino de la humanidad, de la hermandad de los hombres. Quien diga que Martí era un hombre "sin odios," como lo ha dicho Gabriela Mistral, se equivoca. Odiaba al norteamericano—quién sabe por qué razón: temor, odio en sí, inseguridad, o sentido de inferioridad. Al mencionar esto no queremos opacar la grandeza de Martí, sino demostrar que era muy humano, demasiado humano para ser un hombre supernatural, como se tiende a considerarle hoy en día. Creemos haber señalado este aspecto de su personalidad largamente en ocasión anterior. Se ha comentado en este trabajo esa fuerza metamórfica que se apoderó del "Maestro" durante su estancia en los Estados Unidos, cambiándole del periodista imparcial y justiciero al periodista de prejuicios y desprecios. Se ha comentado su falta de conocimientos verdaderos de la vida íntima de los Estados Unidos.

Su situación como desterrado político y como organizador de la revolución cubana desde fuera impidió que se entremezclara su cuerpo y alma con la vida estadounidense. La observó como cosa curiosa, pero pocas veces adentró lo suficientemente en ella para conocerla a fondo. Es preciso, sin embargo, decir que era generalmente acertado lo que opinaba sobre lo que sí de veras conocía.

Es muy probable que como corresponsal en el extranjero no haya habido otro tan destacado o prominente como Martí. Esto es un juicio nuestro que carece de documentación adecuada, pero es difícil pensar que pudiera haber existido periodista de tanta habilidad literaria como la que poseía Martí. Sus escritos son verdadera literatura—una luminosa literatura que resplandece por su contenido filosófico, por su profundo sentir hacia la humanidad y por su esmaltado valor lingüístico. Cada reporteje de Martí es como una hoja más en su corona de laureles.

B I B L I O G R A F I A

DIRECTA

José Martí, Cartas a Manuel A. Mercado, prólogo de Francisco Monterde, Universidad Nacional de México, México, D. F., 1946.

----- Colección de discursos de José Martí, La Habana, 1953.

----- Estados Unidos, prólogo, ordenación y notas de Dardo Cuneo, Editorial Americalee, Buenos Aires, 1944.

----- Martí, prólogo y selección de Mauricio Magdaleno, Ediciones de la Sría. de Educación Pública, México, D. F., 1942.

----- Misterio, de Hugh Conway, traducción y prólogo, D. Appleton y Cia., New York, 1886.

----- Obras completas, prólogo y síntesis biográfica de M. Isidro Méndez, Editorial Lex, La Habana, 1953, 2 vols.

----- Obras escogidas, selección, prólogo y notas de Rafael Esténger, Agullar, S. A. de Ediciones para la Librería Económica, La Habana, 1953.

----- Prosas, selección de Andrés Iduarte, Unión Panamericana, Washington, D. C., 1950.

----- The America of José Martí, traducción de Juan de Onís, introducción de Federico de Onís, The Noonday Press, New York, 1953.

INDIRECTA

Baeza Flores, Alberto, ¿Quién fué José Martí?, Editorial Novaro, México, D. F., 1953.

Callcott, Wilfred Hardy, The Caribbean Policy of the United States, 1890-1920, The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1942.

Esténger, Rafael, La vida de Martí, Sría. de Educación Pública, México, D. F., 1944.

Galván Moreno, C., José Martí: ciudadano de América, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1953.

- González, Manuel Pedro, José Martí, Epic Chronicler of the United States in the Eighties, University of North Carolina, Chapel Hill, 1952.
- Hispanic Institute in the United States, José Martí, vida y obra, bibliografía, antología, Columbia University, New York, 1953.
- Iduarte, Andrés, Martí, escritor, Cuadernos Americanos, México, D. F., 1945.
- Kennan, George F., American Diplomacy, 1900-1950, University of Chicago, Chicago, 1951.
- Latané, John Holliday, Diplomatic Relations of the United States and Spanish America, Baltimore, 1900.
- Lisazo, Félix, Martí, místico del deber, Editorial Losada, Buenos Aires, 1940.
- Mañach, Jorge, Martí, el apóstol, Espasa-Calpe, Madrid, 1933.
- Marinello, Juan, Martí, escritor americano, Editorial Grijalbo, México, D. F., 1958.
- Márquez Sterling, Carlos, Martí y la conferencia monetaria de 1891, Imprenta "El Siglo XX," La Habana, 1938.
- Méndez, M. Isidro, José Martí, estudio biográfico, Agence Mondiale de Librairie, Imprenta Helenica, Madrid, 1925.
- Millis, Walter, The Martial Spirit, A Study of Our War with Spain, Houghton Mifflin Company, New York, 1931.
- Portuondo, José Antonio, José Martí, crítico literario, Unión Panamericana, Washington, D. C., 1953.
- Roig de Leuchsenring, Emilio, 13 conclusiones fundamentales sobre la guerra libertadora cubana de 1895, Colegio de México, México, D. F., 1945.
- Universidad de Oriente, Pensamiento y acción de José Martí, Santiago de Cuba, 1953.
- Vasconcelos, José, Temas contemporáneos, Editorial Novaro, México, S. A., México, D. F., 1955.

I N D I C E

PROLOGO	1
I. DOS MUNDOS EN PUGNA	4
A. Una isla trágica	4
B. La tempestad que conmovió al Continente	12
C. La estrella de un nuevo amanecer	21
1. Años formativos	21
2. Años de espera	31
3. La fuerza del destino	38
II. MARTI EN UN MUNDO NUEVO.....	46
A. Exponente del buen inglés	46
B. Traductor por excelencia	49
C. Periodista único	58
III. LOS ESTADOS UNIDOS VISTOS POR MARTI.....	65
A. "Norteamericanos"	70
1. Los intelectuales	71
2. Los militares	75
3. Los políticos	78
4. Otros personajes	83
B. La escena norteamericana	85
1. La vida norteamericana	89
2. El norteamericano	98
a. La psicología del hombre	98
b. La psicología de la mujer	103
3. Las costumbres	108
4. La prensa norteamericana	111
5. Las ciudades de los Estados Unidos	115
6. La política interna de los Estados Unidos	118
a. Las elecciones	120
b. Los partidos	122
c. La corrupción, los escándalos políticos	124
7. La economía	127
8. Las condiciones sociales	132
a. La tierra	132
b. La religión	134
c. La cultura	138
d. La inmigración	143
e. El problema indio	148
f. Los aspectos del trabajo—sindicatos, huelgas, obreros, patrones	150

g. La educación	155
h. La pobreza	159
i. El negro y sus problemas	161
IV. CONCLUSIONES	165
BIBLIOGRAFIA	168





FILOSOFIA
Y LETRAS



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS